OSCAR MIRO QUESADA

La Realidad Del Ideal

CUARTA EDICION

EDITOR: MIGUEL CASTILLO DURAND

OSCAR MIRO QUESADA

(RACSO)

La Realidad Del Ideal

CUARTA EDICION

EDITOR
MIGUEL CASTILLO DURAND

"Basta saber mirar:
los ojos son creadores
cuando en el espíritu
hay idealidad."

Racso

A MANERA DE PROLOGO

Entrego a la publicidad, en este volumen, un conjunto de ensayos breves. Los reúno bajo el lema anterior, porque en todos ellos tiemblan los reflejos de una llama intensa: del fuego del ideal, y esta semejanza de orientación los unifica, subterráneamente.

Escritos en un período de mi vida en el que la supremacía de los valores espirituales se me antojaba trascendental y sin eclipse, quizá no hubieran brotado hoy de mi pluma con tan rotunda exuberancia. La mente evoluciona, como todo lo perecedero, y las ideas que antes formaran el acervo central de mis meditaciones, se han acrecido con ideas nuevas, confirmadores unas, rectificadoras otras, del punto de vista primordial; pero que han trasmutado, con su funcionalidad integradora, mi antigua concepción de las cosas. Adentrándome muy hondo en mi ser, y dejando que hable el corazón, soy el mismo de antes, pues sigo creyendo en la fuerza del ideal como elemento psicógeno de perfeccionabilidad de los hombres. Mas mi apego a disciplinas científicas de investigación positiva, que por causas profesionales cultivo, me ha enseñado la importancia del hecho y el valor de la realidad como fuente perenne de todo, inclusive del ideal. Y hoy, por lo antedicho, no vacilaría en escribir otros ensayos que se titulasen "La irrealidad de lo real", así como los de este volumen se titulan "La realidad del ideal".

De los presentes ensayos —producidos cuando tenía 29 años— unos, la mayoría, son inéditos; otros, como "El idealis-

mo de Platón", han sido insertados en "El Comercio". Este ensayo sirvió de tema, en sus partes principales, para la conferencia que sustentara en la Sociedad Entre Nous, hace ya más de treinta y seis años, ante un público exclusivamente de mujeres. No los he corregido; hay que respetar la forma, mala o buena, que el alma encuentra para exteriorizarse, en las diversas épocas de su actividad productora.

Y antes de terminar este, a modo de introito, dos palabras sobre el sentido del título, aparentemente contradictorio, pero lógicamente explicable, que sirve de lema a estos ensayos.

Si se toma la noción de lo real como sinónimo de existencia, todo lo que existe pertenece a la realidad. El ideal, por el mero hecho de ser pensado, pertenece al mundo de nuestro yo, que es suma y compendio de todo el mundo nuestro. Lo subjetivo es tan real como lo objetivo, y el universo material sólo existe en cuanto hay ojos que lo ven, manos que lo palpan, oídos que lo escuchan y demás sentidos que lo aprehenden. Si la realidad interior es de importancia máxima para el hombre, el ideal, substractum de la vida del espíritu, existe con existencia fecunda y tiene realidad innegable.

En tal sentido ha de entenderse el título de este volumen: la realidad del ideal significa que el ideal es tan existente y tan útil para los hombres, como el mundo de la materia y de la fenomenalidad exterior.

Lima, agosto de 1922.

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION

Habiéndose agotado la primera edición de este libro, nos hemos visto obligados a reimprimirlo para atender a las demandas del público.

Declaramos que ha sido para nosotros una agradable sorpresa comprobar el gran número de lectores que hoy tienen, en el Perú, libros de la índole del nuestro. El progreso mental de las colectividades se puede medir, con cierta aproximación, por la clase de obras que constituye su lectura favorita. Ahora bien. La necesidad en que nos vemos de reimprimir "La Realidad del Ideal", manifiesta que nuestro medio ha evolucionado grandemente en el sentido de la cultura filosófica, pues, hace unos dos lustros, ensayos de carácter más o menos serios, como algunos de los contenidos en este libro, apenas habrían contado con un centenar de lectores. Sólo cuando en el público se organizan importantes núcleos de personas, de mentalidad superior, encuentran buena acogida los trabajos filosóficos y especulativos.

El buen éxito, pues, de nuestro libro nos agrada, no sólo porque es humano sentir satisfacción cuando se alcanza el fin deseado, sino, sobre todo, porque es una prueba tangible de uno de los aspectos del progreso mental de nuestro medio, desde que la bondadosa acogida que ha encontrado nuestra obra se debe al grado de cultura de nuestro público, muy por encima de lo que generalmente se piensa.

Lima, junio de 1925

EL AUTOR

PROLOGO DE LA TERCERA EDICION

Habiéndose agotado dos ediciones de "La Realidad del Ideal", sale a luz la tercera, lo que demuestra que el ideal es una de las preocupaciones fundamentales del público lector.

El filósofo francés Guyau cuenta que una doncella tenía la inocente manía de vestirse de novia y al rayar el alba, al pie del balcón, esperaba al novio hasta la tarde. Al caer la noche, suspirando, decía: hoy no ha venido pero mañana vendrá. Pasaban los años persistiendo la novia en su espera, sin echar de ver que la corona de azahares que engalanaba su cabeza se hallaba, hacía tiempo marchita.

Así es la humanidad, prendada del ideal espera la realización de sus anhelos de paz, de bien y de justicia, y a pesar de los fracasos y las desilusiones, prosigue adelante en su empeño por realizarlos, alentada por el calor de la esperanza. Y le asiste la razón, pues la humanidad, a diferencia del individuo, logra a través de las generaciones lo que no obtiene, a menudo, el hombre en su efímera vida personal.

Yo también abrigo un ideal: los beneficios de la cultura, por ello persisto en escribir tratando de comunicar a los demás lo poco que sé, aunque ya blanquea mi cabeza esa corona de azahares de la vida, nieve de los años que albea el cabello y nos hace novios de la muerte.

Racso.

Lima, octubre de 1953.

PROLOGO DE LA CUARTA EDICION

"La Realidad del Ideal" de Racso —en su Cuarta Edición— es el primer libro que publicamos iniciando la maravillosa colección de todas sus obras.

Comenzó Oscar Miro Quesada como periodista a los quince años, siendo hoy el sabio peruano más respetable y respetado del mundo.

Su inmensa producción intelectual lograda con objetividad sin par y sencillez admirable, merecen los más preciados galardones universales. Sin embargo Racso, jamás los pretendió. Como todos los grandes hombres ha sido y es humilde. Un mar de conocimientos que se avivan con jovial entusiasmo en su figura inolvidable, de lento caminar y mirada vivaz que dibujan: negra boina y abrigo gris.

Evidencia la alta calidad del autor, la carta que el mismo Albert Einstein, le escribió sobre la serie de 22 artículos publicados en el Suplemento Dominical de "El Comercio" y posteriormente reunidos en su libro "La relatividad y los Quanta" (1939). Textualmente Einstein dice: "Me he quedado verdaderamente sorprendido de que un diario ofrezca a sus lectores una exposición tan detallada y precisa de un tema científico. Los artículos me parecen, en efecto, reproducir bien el contenido esencial del pensamiento del libro escrito por el señor Infeld y por mí, tanto como puedo juzgarlo por mi incompleto conocimiento del castellano.

Este hecho es un interesante signo de que las tendencias e intereses científicos están iniciando su emigración hacia el Nuevo Mundo".

El doctor Oscar Miro Quesada, nació en Lima el 30 de Julio de 1884, estudió en las Universidades de San Marcos de Lima y Soborna, de París. Lleva más de 80 años divulgando en el Perú desde las columnas de su Diario y en diversos libros, los principios fundamentales de la filosofía, la economía política, la literatura, el derecho y las ciencias físicas y naturales. Ningún honor más grande para nuestra patria, que el prestigio universal de Racso. Su obra inmortal ha permitido que todo hombre de cultura corriente pueda darse cuenta de las que son, en su esencia las más abstractas teorías y corrientes científicas, incentivándolo al estudio y a la investigación, motivo por el cual, como editores, cumplimos con el sagrado deber de reunirlo todo en una gran colección que será sencillamente invalorable para la humanidad.

Todos éstos méritos justifican las más altas condecoraciones de nuestra nacionalidad por lo que nosotros como editores sugerimos a nuestro Primer Mandatario, al Congreso Nacional y al Ministerio de Educación, —que últimamente han conferido honrosas distinciones a preclaros intelectuales— no se olviden de Racso.

Dios permita que este gran señor pueda ver nuestra tarea cumplida. Nosotros por éste honroso encargo debemos sentirnos satisfechos porque haremos que los estudios de Racso, no se pierdan ni olviden y se conserven para su constante lectura y estudio como fuente inagotable de inspiración dirigida especialmente a las juventudes.

"La Realidad del Ideal" publicado en 1922 vuelve a aparecer hoy en su Cuarta Edición como un caluroso homenaje al ilustre autor en el feliz día de su natalicio.

Miguel Castillo Durand
Editor

"La belleza
y el bien palpitan
en el fondo
de las realidades
más sombrías".

Racso

EL IDEALISMO DE PLATON

¡Platón! Tu nombre es todo un mundo, tu recuerdo llena la humanidad. Tu filosofía contiene la cultura de las naciones y es la fuente madre de las literaturas. Nunca hubo ideas tan sublimes. De ti provienen todas las cosas superiores que han sido escritas y discutidas por los hombres. Eres como el mar del pensamiento: vasto y profundo; eres como el cielo de la razón: infinito y sereno; eres como la naturaleza: poderosa y fecunda; eres Platón.

Tu alma maravillosa perdura en la humanidad, y después de más de dos mil años, todos te conocemos. El filósofo discute tus ideas; el estudiante aprende tus doctrinas; el culto se deleita en tus obras, y hasta los que nada saben de metafísica; ni de otras palabras técnicas, hablan del amor platónico y te recuerdan y te nombran.

Como el sol que alumbra al mundo y es luz y es vida esplendorosa para la negra tierra; así tu genio ilumina la inteligencia de los hombres con fulgores de excelsitud. Pero, ¿quién eres?; ¿dónde naciste?; ¿cómo se formó tu espíritu milagroso y divino?; ¿cuáles son tus hazañas?; ¿cuáles tus hechos más notables?

"Los más grandes genios tienen las más cortas biografías". Sus parientes nada pueden decir acerca de ellos. Su verdadera vida está en sus obras. Por eso, no hay biografías comple-

tas de Platón. ¿Tuvo amigos?; ¿discípulos?; ¿sectarios? ¡Se ignora: los eclipsó con sus resplandores! Se supone que naciera en Colito, pueblo cerca de Atenas, en Grecia, hace más de 24 siglos. De estirpe aristocrática, fue educado en su infancia, como todos los hijos de los nobles de aquella época, en la gimnasia y en la música, en esa doble belleza del cuerpo y del alma, tan querida por los atenienses. Unos dicen que en su juventud era aficionado a la guerra, otros que a las artes; pero lo que parece positivo es que a la edad de 20 años, encontrándose con el filósofo Sócrates, renunció a todo y fue por diez años su discípulo, hasta la muerte del maestro. "Después de tan lúgubre suceso fue a Megara; aceptó las invitaciones de Dión y de Dionisio y marchó a las costas de Sicilia; aunque mal tratado, fue allá tres veces. Viajó por Italia; luego marchó a Egipto, donde estuvo largo tiempo: algunos dicen que tres años, lo mismo da que sean treinta. Dícese que de allí fue a Babilonia, pero no se sabe nada de cierto. Volvió a Atenas y enseñó en la academia, atrayendo a la gente con su fama; murió escribiendo a los 81 años" (1).

Esto es todo lo que se sabe de la vida de Platón: pequeños hechos para grandeza tanta. Pero es que, como dice Emerson, la biografía del filósofo es interna. "Descubrimos la suprema elevación de este hombre en la historia intelectual de nuestra raza. Los hombres de más talento son sus discípulos".

Pero si la biografía de Platón es sobria en hechos reales, la leyenda, en cambio, es rica en símbolos. Sólo recordaremos el más significativo.

Cuando Sócrates conoció a Platón, había tenido la víspera un sueño extraño que le predecía aquella amistad y la gloria futura de su ilustre discípulo. Del altar que en la academia estaba consagrado al Amor, creyó ver que un pequeño cisne echaba a volar. "La graciosa ave se refugió un momento en su seno y luego tomó vuelo hacia la altura, arrebatando de entusiasmo a los dioses y a los hombres" (2).

(1) Emerson, "Hombres Simbólicos".
(2) Barre, "Platón".

Esta leyenda es todo un símbolo de las doctrinas de Platón. Su filosofía, como el cisne de la academia, surge del amor, se posa en las almas y vuela hacia el ideal.

Y así es la filosofía de Platón: el triunfo de la belleza y del bien. Contra el negro gusano de la materialidad, el blanco cisne del idealismo; contra el invierno del corazón, la primavera del alma; contra las tinieblas de la noche, la luz de las estrellas. Porque Platón pertenece a la noble raza de los animadores; sabe que la bondad se mezcla al universo y que ser bueno es vivir. Es el más grande de los idealistas; el padre espiritual de todos los que sueñan, de todos los que anhelan, de todos los que esperan; de esos héroes del alma que sacrifican su egoísmo al progreso del mundo y sus intereses al de la humanidad.

Sí; Platón es el padre del idealismo. Pero ¿qué es el idealismo? Ante la vida caben dos actitudes, dos tendencias, dos sistemas: o se ve en la vida un fondo de belleza y de verdad, de sabiduría y de ensueño; o se la contempla materialmente y desprovista de significado espiritual. Ambas filosofías existen: la primera es el idealismo; la segunda el realismo. Volver a la tierra, mientras otros sueñan en subir al cielo: tales son los dos sistemas fundamentales de la filosofía. Idealismo y realismo se disputan el imperio de las almas: teóricamente como sistemas, prácticamente como temperamentos. Pero el idealismo se convierte a menudo en optimismo, y el realismo en pesimismo; y el optimista se niega a ver mal, y el pesimismo cierra los ojos ante el bien. ¿Cuál de estas filosofías es la cierta? ¿La que afirma o la que niega, la que acepta o la que discute, la que sonríe o la que maldice? Se ha dicho que en el fondo no se oponen. La tierra es negra y pesada, pero el que la penetra hasta sus entrañas, y sigue ahondando y la perfora hasta el otro lado, acaba por encontrar de nuevo al cielo. Y la tierra misma necesita, para su maravillosa marcha en torno del sol, ser arrastrada por las ondas del éter sutil, ser elevada en todos los movimientos invisibles de esa materia impalpable, de esa especie de alma de los astros, tan próxima y tan lejana. Pero si el idealismo y el realismo se confunden teóricamente de modo práctico, la mejor filosofía es la que más cosas sugiere, la que

más fe presta, la que más energía regala, la que más excelsitudes inculca, la que más anima y embellece el mundo. Y el idealismo de Platón es así: es una filosofía consoladora y noble en alto grado.

En una de las calles de Jerusalén, un perro flaco y sucio yacía muerto, con las fauces entreabiertas. Un grupo de curiosos lo contemplaba con ojos realistas. ¡Qué perro tan feo!, decía una mujer; ¡qué sucio!, repetía un hombre; ¡qué horrible!, coreaban todos. De pronto se hizo el silencio y las filas de curiosos se abrieron reverentes; venía el Rabí de Galilea; el hombre divino. Pausado, sereno, soñador, se detuvo ante el pobre can inmundo; lo miró con ojos profundos y dulces, cubriendo, con la belleza de su mirada sin plural, la triste figura del perro inmóvil. Y luego dijo, con suavidad persuasiva: "Tienen los dientes blancos como perlas". El supremo idealista había descubierto la única hermosura del animal horrible: en las fauces entreabiertas del perro, los dientes parecían tallados en luz. Pero el vulgo no los vio: sólo los ojos de un Cristo fueron capaces de tal idealidad.

Imitemos a Cristo: la belleza y el bien palpitan en el fondo de las realidades más sombrías. Basta saber mirar: los ojos son creadores cuando en el espíritu hay idealidad.

Y esto es posible, y esto es útil, y esto es conveniente. Dejemos decir a los prácticos que existe antagonismo entre lo ideal y lo real, que los ideales son siempre falsos y los idealistas ilusos. Entre lo ideal y lo real, la oposición es sólo aparente. Lo que se opone a lo real, lo que lo contradice, no es el ideal, sino la utopía. La utopía es una ficción de la mente que no sólo no se puede realizar, sino que ni siquiera debería existir, porque es contraria a la materialidad de las cosas. El ideal, en cambio, es el perfeccionamiento de la realidad concebido por el espíritu del hombre; es el fin a que tiende la naturaleza toda, en sus múltiples transformaciones, porque la idealidad palpita en el universo. En la semilla duerme el ideal de la flor, y la planta es la realización de ese ideal. El ideal es, pues legítimo, y si todavía no es lo real, al menos puede y debe ser realizado, cada vez mejor. La utopía es lo falso y lo malo, pero el ideal es verdadero y bueno.

Confundir el ideal con la utopía, es confundir a la estrella con el planeta; a lo que tiene brillo propio, con lo que tiene resplandor prestado; a la luz, con el simulacro de la luz. Por desgracia muchas gentes los confunden, y en el lenguaje usual, idealista es sinónimo de iluso, cuando no de tonto y de necio. Y los prácticos desdeñan el ideal por inútil.

Pero el ideal es útil, y si los hombres de negocios conocieran su utilidad, hace tiempo que lo hubieran explotado en provecho propio, y en sociedad, por acciones.

El ideal es útil: eminentemente útil para el hombre. Pero su utilidad no es inmediata y visible, sino remota y espiritual. Por eso muchos no lo ven. No es el oro que deslumbra, sino el juicio que avalora; no es la moneda que adquiere, sino el criterio que elige. Los Cresos a menudo son desgraciados, y los ascetas dichosos.

El ideal es útil, porque transforma la mirada humana. Los ojos realistas y los ojos idealistas no ven el mundo de igual modo, ni se fijan en las mismas apariencias, ni dan valor a idénticos detalles. Unos contemplan sólo la materia; los otros la atraviesan como si fuera un cuerpo transparente en busca de la visión de las cosas.

Pasa una mujer elegante junto a dos hombres que la miran con ojos distintos. ¡Qué manos tan hermosas tiene esa mujer!, dice el hombre de los ojos realistas. ¡Qué pequeñas, qué blancas, qué suaves, qué exquisitamente modeladas! Pero el hombre de ojos idealistas exclama: ¿Y eso es todo lo que forma la belleza de las manos? Yo necesito algo más:

"¿Son manos caritativas? ¿Han alimentado alguna vez a los pobres? ¿Han socorrido a los huérfanos y a las viudas? ¿Han mitigado, con su suave tacto, la tristeza de la enfermedad o las agonías del dolor?

"¿Son manos útiles? ¿Saben que el mundo no es un lugar de juego, ni un teatro de ostentación? ¿Trabajan esas manos delicadas en los quehaceres de la vida doméstica, o deja su due-

ño a la madre, el peso de las obligaciones, mientras ella cría sus manos en la ociosidad?

"¿Son manos modestas? ¿Cumplen sin vanidad su deber o se enorgullecen de su delicadeza y hermosura? ¿Son intérpretes del alma o piensa más la que las cuida en la coquetería de las manos que en el mejoramiento del espíritu?

"¿Son manos humildes? ¿Se extienden sin reticencia para estrechar la mano de la amiga, de la condiscípula de la escuela, de la que se sentaba en la misma banca, y hoy se gana la vida trabajando?

"¿Son manos santas? ¿Se juntan para orar y se separan para bendecir? ¿Consuelan los dolores humanos o estrujan el corazón de los hombres con regocijada crueldad?

"Manos caritativas; manos útiles; manos modestas; manos humildes; manos santas: vosotras sois las manos verdaderamente hermosas y las únicas bellas para los ojos idealistas".

Sí, el ideal es útil para el hombre, y Guyau, en sus "Versos de un filósofo", tiene una composición admirable, en la que los ojos más prosaicos perciben la utilidad del ideal. Dicen así los versos traducidos por mí a mala prosa:

JUNTO AL HOGAR

Una mujer al pie del umbral de su casa
Esperaba a su esposo con ojos que escrutaban el horizonte.
Sin duda ardía fuego en el hogar, pues tras de ella
Temblaban los reflejos de la llama,
Atravesando las sombras de la noche.
A la claridad de la luz, blanca y erguida bajo el cielo negro,
Estaba maravillosamente bella.

Para verla mejor, sin ruido, me acerqué,
Y vi sus facciones marchitadas por la edad.

Sólo quedaba sobre su rostro pálido
Ese sello que deja la belleza al desaparecer.
Mas los rayos de la luz del hogar
La transfiguraban a los ojos.
Y yo veía, encantado, surgir a sus reflejos
La visión mágica de su bella juventud
Coronada de un nimbo de oro.
Tal, pensaba, como yo la veo,
A quien adora debe parecer siempre.
Sobre ella siente errar, como una llama,
El reflejo inmortal de sus primeros amores:
La mira a través de su pensamiento.
Después de todo, la belleza está en el ojo que la ve.
Y cuando palidece, es que el amor declina.
¡Oh juventud tan frágil y tan pronto marchita!
El amor puede inmovilizarse sobre un rostro.
Cuando los esposos se han adorado largo tiempo,
Del pasado querido, de la juventud de ambos,
Brota un rayo que ilumina, como un alba sin fin,
Sus frentes transfiguradas.

La apología es bien clara: el ideal del sentimiento cultivado en común por los esposos, los defiende de la vorágine de los años. Pasan las horas en su ritmo inflexible y se llevan la juventud y la gracia; pero el sueño interior de sus almas transfigura la realidad, y donde la vida labra una arruga, los ojos ven un recuerdo, y donde la vejez hace canas, el corazón pone nobleza.

Un proverbio dice que la canción acorta el camino. Parodiando la metáfora, puede afirmarse que el ideal alegra la vida. Es consuelo en la desgracia, entusiasmo en la felicidad, luz en la noche y alas en la luz. Y fuerza y amparo siempre.

Pero el idealismo de Guyau, como el de Emerson, el de Maeterlinck y el de Carlyle; como el de Ruskin y el de Tolstoy; y el de Novalis y el de Amiel; y el de todos los que animan la materia inerte y pesada con la luz de la idea; el de todos los que oyen esa música interior que el hombre lleva en sí, de que habla Shakespeare, y que es como el canto que responde en nosotros al himno universal; el idealismo de esas almas predilec-

tas, de esos cerebros poderosos, de esos pensadores profundos: es como un retoño espiritual del idealismo de Platón.

¡El idealismo de Platón! Hay filósofos que lo convierten en una doctrina; hay escritores que lo encierran en un sistema; hay teóricos que lo transforman en un método. Pero el idealismo de ese genio es demasiado grande para caber en ninguna doctrina, para amoldarse en ningún sistema, para comprenderse en ningún método. Como todo lo espiritual y profundo, no admite cárceles, y las doctrinas, los sistemas y los métodos, son grillos del pensamiento y calabozos de la idea. A las aves la jaula las retiene, pero les quita el vuelo. Con las ideas de Platón sucede lo mismo: quererlas restringir demasiado, quererlas verter en palabras científicas, es matarlas, es quitarles la vida y el perfume. Su genio fue tan libre, que no se manifestó, como otros genios, en obras documentadas y metódicas, escritas por acápites numerados, de acuerdo con un índice detallado y técnico. Su filosofía, alada y sutil, escogió una forma espontánea y viviente: el diálogo. En sus libros admirables, los pensamientos más sublimes brotan sencillamente de los labios de los personajes de sus diálogos, y así se animan y coloran con vida intensa y superior. Fue el primero que hizo de la conversación una filosofía, y supo ser profundo sin ser árido y sabio sin ser pedante.

Todos sus libros son diálogos, y todos sus diálogos conversaciones de una naturalidad asombrosa, en que los personajes se mueven, hablan, respiran y viven ante nuestros ojos, como si fueran seres reales. Alrededor de Sócrates, que es siempre la figura central de los diálogos de Platón, se agrupan los demás personajes, como en torno del sol los planetas. Y los problemas más importantes para la humanidad; las verdades más hondas para los hombres; los principios más útiles de moral, de religión, de arte, de política y de ciencia, se discuten y precisan en sus diálogos, ya cortos, como Ión, de unas cuantas páginas, ya largos, como el de las Leyes, que llega a dos volúmenes. La mayoría de sus diálogos llevan los nombres de los personajes que figuran en ellos: filósofos, políticos y artistas de la época. Y así, en forma amena y hermosa, se va filosofando sobre todo. Sobre la amistad en Lisys; sobre el deber en Critón; sobre lo bello en Hipias; sobre el bien en Fedro; sobre el amor en el Banquete; sobre la injusticia en la República; y así sobre todo lo

profundo y excelso creado por el pensamiento del hombre, hasta completar más de 40 diálogos admirables.

¿Cómo dar una idea del idealismo de Platón, en filosofía tan amplia y libre? Existe un medio: hacer el resumen de uno de sus diálogos, ciñéndose a sus propias palabras.

Escogeremos el Banquete o diálogo sobre el amor. En pocos diálogos el idealismo vuela con alas tan robustas, y pocas obras han penetrado en la humanidad con tanta fuerza. Del amor platónico todos hablan, y hasta los que lo invocan en son de burla, reverencian, sin saberlo, a Platón.

El amor platónico es, para muchos, el amor de los tímidos, de los románticos y de los cursis: la esperanza amorosa que no se logra, el ideal del sentimiento que no se realiza. El amor de los 15 años; la pasión que desconoce el objeto mismo de la pasión. Pero aún suponiendo que eso fuera el amor platónico, pasar a la posteridad como el teórico de un amor casto, puro y recatado, no es poca gloria para un hombre.

Mas el amor platónico no consiste sólo en eso; siendo sublime, es profundo; siendo casto, es real; siendo intenso, es verdadero, y al ruido de sus alas todos los corazones se dilatan y todas las frentes se depuran.

El Banquete, diálogo admirable, como todos los de ese genio, va a servirnos para saber qué cosa es el amor platónico.

El ateniense Apolodoro hace, a personajes que no figuran en el diálogo, la narración de una cena ofrecida por Agatón a Sócrates, a Fedro, al médico Eryximaco, a Pausanias, al poeta cómico Aristófanes, y a muchos otros más. Al final de la fiesta, Eryximaco propone hablar por turnos haciendo el panegírico del amor. Y comienza el torneo maravilloso de belleza y la profundidad. Fedro habla como joven, pero como joven que ha purificado maduro, a quien la edad y la experiencia han enseñado lo que ignora la juventud; Eryximaco se expresa como médico; Aristófanes como poeta cómico que en discursos burlescos oculta pensamientos serios; Agatón habla como poeta lírico, y al fin de todos, cuando la teoría sobre el amor platónico se ha ido ennobleciendo y elevando por grados su-

cesivos, Sócrates la completa y la expresa en el lenguaje de un sabio y de un inspirado.

No haremos el resumen de todos los discursos del Banquete; seria demasiado largo: con el de Sócrates basta; la hoja de la rosa da idea de la flor.

Y Sócrates comenzó diciendo:

"Todo lo que voy a referirles lo debo a Diotima, mujer de Mantines, que me ha enseñado que el amor no es un dios, como vosotros habéis dicho, sino hijo de dioses. Como hijo de seres divinos, ocupa un puesto intermediario entre los dioses y los hombres, entre la tierra y el cielo, siendo el lazo que une el gran todo.

"Pero los dioses son sabios, inmortales, bellos y felices, y los hombres, ignorantes, perecederos y desgraciados; ¿cómo podrán los hombres acercarse a la divinidad?; ¿cómo podrá la tierra semejarse al cielo? Por obra del amor. El amor es el intérprete y el intermediario entre los dioses y los hombres. No es sabio, pero aspira a la sabiduria; no es inmortal, pero inmortaliza; no es bello, pero busca belleza; no es dichoso, pero hace feliz.

"El amor busca la belleza sobre todas las cosas, porque el amor es el amor de lo bello y la belleza es el objeto de todo amor. Pero la belleza corporal es solo el primer grado del amor. El rostro, los ademanes, la voz, la mirada; todo lo que parecía divino y excelso; lo que atrajo con fuerza incontenible; lo que subyugó con poder asombroso: son los tanteos preliminares del amor; simples iniciaciones; simples medios que conducen a fines más profundos y estables. Porque "la purificación del intelecto y del corazón durante un año y otro es el verdadero amor, previsto y preparado desde el comienzo, y oculto entonces en regiones totalmente superiores a la conciencia de los enamorados" (1). Porque el amor comienza con las bellezas de aquí abajo y se eleva hasta la belleza suprema, pasando por todas las notas de su amplia tonalidad. De los bellos cuerpos, a las bellas acciones; de las bellas acciones, a los bellos conocimientos; hasta que de conocimiento en cono-

(1) Emerson, obra citada.

cimiento y de ciencia en ciencia llega a la ciencia suprema, que no es otra que la ciencia de lo bello mismo tal como es en sí. Y si el amor humano es tan poderoso, ¡qué no será el amor divino y puro!" "¡Oh, qué maravilloso espectáculo el de esa belleza divina, pura, simple, entera, perfecta, sin mezcla; no revestida de carne, ni de colores humanos, ni de ninguna otra de esas vanidades perecederas, sino la belleza divina en sí misma! ¿Pensáis que sería un destino miserable tener los ojos fijos sobre ella y gozar de su contemplación, continuamente! ¿No creéis que el hombre que perciba, aquí abajo, lo bello, será el único que pueda producir, no imágenes y simulacros de virtudes, sino la virtud verdadera? Pero el que practica la virtud es dichoso, porque es amado de los dioses, y si algún hombre debe ser inmortal, es tal hombre, seguramente" (2).

¡Tal es el amor platónico!

El filósofo nos dice: el amor es divino cuando es verdadero y noble; aprovechemos la fuerza que da su sentimiento para perfeccionar nuestras almas; obedezcamos sus impulsos cuando son buenos; colaboremos conscientemente a la obra moral y pura, que de modo espontáneo tiende a realizar el amor.

Sí: el amor es un intermediario entre los dioses y los hombres, como dice Platón: nos coge de la mano y nos conduce por el fango del mundo a donde hay cielos puros, noches estrelladas, lunas pálidas y vergeles floridos. Sopla con hálito de rosas sobre nuestras pupilas mortales, y la vida se transfigura a nuestros ojos; la tierra se cubre de belleza, el dolor se hace heroico, el mal se aminora, y hasta la materia sorda y pesada se fluidifica y llena de idealidad, las cosas nos hablan el lenguaje del sentimiento, y todo lo que existe se torna símbolo.

Acicate del ensueño; fuente de poesía; germen de acciones heroicas; creador de belleza y patrocinador de la vida: así es el amor. Da bravura al cobarde, ideal al prosaico y consuelo al triste. Pero muchas almas, sobrecogidas por el "rumor de besos y batir de alas" de que habla el poeta, permanecen inmóviles y mudas "ante el amor que pasa". Y lo dejan pasar, y no lo re-

(2) Platón "El Banquete".

tienen dentro de sí mismas, y no se apropian de la chispa sagrada de su fuego, ni se elevan hasta la divinidad conducidas por mensajero tan celeste. Y el amor se torna para aquellas almas en incidente trivial y momentáneo de la existencia humana.

¡No las imitemos! ¡Oigamos las divinas palabras de Platón! Celebremos la llegada del amor como algo excelso y grande, aprovechando su presencia y su influjo para perfeccionar nuestras almas y ennoblecer nuestros corazones. Si cuando bate sus alas delicadas en nuestro pecho nos sentimos poetas, no rechacemos su dulce insinuación en nombre de una seriedad obligada, ni de un utilitarismo engañoso; abandonémonos a su poder y veamos el mundo con ojos ensoñadores de idealista. No importa que la vida nos haga viejos y los desengaños nos pongan tristes, porque el recuerdo de su belleza perdura siempre, y es "una guirnalda de flores que adorna las frentes más arrugadas".

El amor nos advierte que en nuestras almas hay un tesoro espiritual de energías disponibles: no lo malgastemos, no lo derrochemos en pasiones que no nos dignifican interiormente, que pasan por nosotros sin tocar las fuentes íntimas del pensamiento y de la acción. Aprovechemos el atractivo de lo bello, para elevarnos a la belleza del bien. "La existencia de la mujer amada enriquece el mundo", ha dicho Emerson. Es necesario que de este mundo enriquecido brote nuestra riqueza espiritual.

Y a vosotras ¡oh mujeres! corresponde misión excelsa en el amor. Habéis sido elegidas por el destino para afinar las almas y depurar los corazones con vuestra delicadeza y hermosura. La griega Diotima pronuncia sobre el amor las palabras más luminosas de Platón. En las obras de los genios mora la verdad, y el símbolo de Diotima es claro. El gran idealista nos dice que la mujer representa la parte más noble en el amor, que de modo espontáneo penetra en lo más íntimo del sentimiento y que nosotros los hombres debemos inclinarnos reverentes ante el amor de la mujer, porque es más puro, más grande y más bello que el nuestro.

VENUS URANIA

En "El Idealismo de Platón" sólo se estudia la teoría del amor sustentada por Sócrates; en el presente ensayo se sintetizan las teorías de los demás personajes de "El Banquete", quedando, así, analizado, en su totalidad, ese diálogo inmortal del inmortal filósofo griego.

Estamos en la Grecia del tiempo de Sócrates, en casa del poeta Agatón. Varios amigos del poeta: Fedro, Pausanias, Eryximaco, Aristófanes y el mismo Sócrates, alrededor de la mesa del banquete, celebran el triunfo de la primera tragedia de Agatón. Reclinados en blandos lechos con suaves almohadones, envueltos en delicadas mantas, comen y beben alegremente, mientras los músicos tañen los plectros, soplan los pífanos y agitan los sistros. La armonía y la gracia llenan el aire con el prestigio de su inmaterial presencia, y en el ambiente espiritual de esos griegos respira la belleza.

El médico Eryximaco propone, entre aplausos, despedir a los músicos, beber sobriamente y hablar por turnos, haciendo el panegírico del amor.

Y comienza el torneo filosófico, profundo y mesurado, como el alma de la madre Grecia, luminosa y divina.

Habla primero Fedro y dice:

"El amor es el más antiguo de los dioses y el que mayores bienes dispensa a los hombres. Ni el nacimiento, ni los ho-

nores, ni las riquezas, pueden competir con el amor en mejorar al hombre, en mostrarle la vergüenza del mal y la emulación del bien. Cuando el que ama no es bueno, ni ante el padre, ni ante la madre, ni ante los amigos, ni ante nadie en el mundo, siente tan hondo la mancha de su afrenta como ante la dulce elegida de su corazón. Y lo mismo la que es amada; cuando más se perturba es al ser sorprendida en falta por su amado.

El amor da heroicidad al bravo y valor al pusilánime. El hombre más cobarde combate virilmente ante los ojos de la amada. La historia del amor es la historia del sacrificio, y los amantes han sabido siempre morir uno por otro.

"Si: el amor es el más antiguo de los dioses, el más augusto, el más propicio en bienes y el que con más facilidad felices a los hombres, durante la vida y después de la muerte".

Habló luego Pausanias:

"Yo aprobaría ¡Oh Fedro! tu alabanza, si sólo hubiera una clase de amor; pero hay dos Venus: la popular y la celeste, y si la Venus Urania es alabable, la otra no lo es. El amor de la Venus popular es popular también, y sólo inspira acciones bajas. Es el que reina entre las gentes egoístas. Los que aman interesadamente; los que buscan la propia dicha con daño de la ajena; los que sacrifican a quien aman por satisfacer sus pasiones; esos adoran a la Venus popular, y su amor no es alabable. En cambio, los otros, los que buscan la felicidad en la dicha de quien aman, los enamorados del amor, los que viven para el objeto de su cariño, esos adoran a la Venus celeste, y su amor es noble y se debe alabar.

Porque el amor ¡Oh Fedro! es malo cuando no brota del amor, cuando otros motivos lo originan, cuando otras razones lo consienten. Los que, con esperanza de riqueza, se abandonan a un amor interesado, caen en deshonra desde que lo hacen, y si el oro que buscan resulta ilusorio, la verguenza no es menos grande, porque han demostrado que el deseo de la ganancia los compra, que el afán del lucro los esclaviza; y eso no es bello. Por el contrario, los que aman con desinteresado amor; los que

aman con la esperanza de hacerse mejores, creyendo que el objeto de su pasión es virtuoso y noble, deben ser loados, pues aunque la vida descubra su yerro, es hermoso haberse engañado así. Y los que miran en el corazón del hombre, ven que por virtud y con el propósito de un perfeccionamiento superior, han ido hasta el sacrificio, y nada más glorioso que esa conducta.

Hay que amar por la virtud. Es el amor de la Venus celeste, y es celeste en sí mismo, útil a los particulares y al Estado, y digno de ser su principal estudio, pues obliga a los que aman a velar sobre su propia alma, y a esforzarse por convertirse en buenos y en justos. Los otros amores pertenecen a la Venus popular".

Tócale el turno a Eryximaco y dice:

"El amor es más grande de lo que Pausanias cree, pues no reside únicamente en el alma de los hombres, ni tiene sólo por objeto lo bello, sino que palpita radiante en el fondo de todas las cosas, y la grandeza y maravilla del amor resplandece en lo divino y en lo humano. Como médico afirmo que mi ciencia es la ciencia del amor en los cuerpos. La salud es la armonía entre las diversas funciones corporales, es el acuerdo de todos los órganos para la unidad común de la vida sana. Y quien dice acuerdo, quien habla de armonía, invoca al amor. Como científico, aseguro que el amor preside a todas las ciencias y a todas las artes. ¿Qué es la música sino la obra del amor en los sonidos? La armonía, base de la música, sólo es posible porque el agudo y el grave se integran, formando una consonancia superior. Pero esta consonancia, este acuerdo de contrarios, esta amistad de las oposiciones, es amor, porque el amor solidariza las cosas, las une, hace que se compenetren y formen un todo bello y viviente. Y la marcha majestuosa y silente de los astros en el cielo infinito, y las vibraciones de las moléculas de los cuerpos, y el orden admirable del mundo, y la sabiduría y belleza del alma, todo, todo es amor, porque resulta de la armonía de las fuerzas, de la unificación de las partes, de la conjunción de las substancias, de la afinidad y acuerdo de las cosas. Porque el universo admirable es obra del amor; amor divino de quien lo hizo, amor renovado de quien lo conserva, amor de todo y de todos".

Calló Eryximaco, y Aristófanes dijo:

"El amor es el deseo de la unidad. Los seres humanos tuvieron, en su origen, un espíritu distinto al de hoy. Sus almas eran más sabias, más bellas y más pujantes; pero, como orgullosos pretendieran luchar con la divinidad, fueron castigados, aminorándoles su perfección espiritual, dividiendo cada alma en dos mitades y haciendo de cada una de éstas el alma entera de un hombre. Desde entonces, cada mitad busca a la otra, y cuando se encuentra, tratan de juntarse y de mezclarse con tal vehemencia, que el deseo de volver a su antigua unidad es tan violento y poderoso, que no hay obstáculo que no derriben, abismo que no salven, oposición que no venzan, arrastrando aun la muerte.

El amor es, pues, el deseo de adquirir nuestra original alma perfecta, aunque los que se aman ignoran lo que buscan: sólo lo presienten, pues la dulzura del amor conmueve profundamente el espíritu de los amantes y les hace comprender que en el fondo de sus almas palpita el deseo de algo inefable, de algo divino y sublime, que no logran expresar con palabras, pero que adivinan y sienten y constituye su más pura felicidad.

Si un dios les dijera a los que se aman:

¡Oh amado! ¡oh amada! "Lo que deseáis, ¿no es estar unidos de tal modo, que ni de día ni de noche estéis nunca el uno sin el otro? Si eso queréis, voy a fundiros y a mezclaros de manera que ya no seréis dos personas, sino una sola, y que mientras viváis, viviréis una vida común como una sola persona, y que al morir también estaréis reunidos, formando un solo ser después de muertos". Si un dios hablara así a los que se aman, todos responderían que no deseaban otra cosa, persuadidos de que acababan de oír expresar lo que en todo tiempo palpitó en el fondo de sus almas: el deseo de ser uno con el objeto amado, y de estar confundido con él de tal modo que sólo formaran una sola persona. La causa de esto es que nuestra

naturaleza primitiva era una y que formábamos un todo completo. El amor es el deseo y la persecución de nuestro antiguo estado".

Y el poeta Agatón dijo en seguida:

"El amor es el más dichoso de los dioses, porque es el más bello y delicado. Es el más bello porque es el más joven; no envejece nunca, y primaveral y perenne mora en donde hay flores, alegría y vida. Es el más delicado porque supera a todos los otros, y su delicadeza es tanta que sería menester un Homero para describirla cumplidamente. Homero dice de Atea que es diosa y delicada:

"Sus pies son tan delicados que no los posa nunca en tierra.

"Marcha sobre la cabeza de los hombres".

Pero el amor no marcha ni sobre la tierra, ni sobre las cabezas, como Atea, sino sobre algo más tierno: camina y se posa sobre el corazón y las almas de los dioses y de los hombres. Y ni siquiera en todos, pues se aleja de los corazones duros y va a los corazones tiernos. Y ¿hay algo más delicado, más suave, más divino en la tierra que los tiernos corazones de los virtuosos?

Y si Eryximaco ha dicho, como médico, que el amor es científico, yo, como artista, afirmo que es poeta y tan hábil que comunica su arte al más prosaico, y el menos amigo de las musas se torna poeta cuando el amor lo inspira.

El amor es muy bello y muy bueno y comunica a los hombres tan excelsas cualidades. Alabemos, pues, al amor; que mis últimas palabras le rindan homenaje.

El amor es el que da:

Paz a los hombres, calma al mar.

Silencio a los vientos, un lecho al sueño y reposo a la inquietud.

El amor quita las barreras que estorban la fraternidad entre los hombres; él es quien los reúne en sociedad. Preside a las fiestas, a los coros, a los sacrificios. Enseña la dulzura, destierra la rudeza, excita a la benevolencia, detiene el odio. Favorable a los buenos, admirado de los sabios, grato a los dioses, deseado por los que no lo poseen aún, padre del bienestar, de la voluptuosidad, de las delicias, de los suaves atractivos, de los tiernos deseos, vela sobre los buenos y descuida a los malos; en la aflicción, en el temor, en el deseo y cuando se trata de hablar, es un consejero, un guía, un salvador. El fin, es la gloria de los dioses y de los hombres, el más hermoso y el mejor de los maestros. Todo mortal debe seguirle, celebrarle y repetir en loor suyo los himnos que él mismo canta para esparcir la dulzura en los cielos y sobre la tierra".

Así resonaron en la Grecia de Sócrates las palabras profundas sobre el amor y el bien. Los tiempos han cambiado, pero la naturaleza humana es la misma; lo que fue acierto de espíritus luminosos, puede ser verdad de corazones convencidos, y las viejas doctrinas helénicas se imponen de nuevo, como los árboles milenarios reflorecen al cálido beso, siempre joven, de la fecunda primavera.

La historia de la filosofía es la historia de la humanidad en lo que tiene de mejor; es la historia del pensamiento y de los ideales que triunfan de la nada del olvido, porque valen tanto que las almas los conservan a través del tiempo, como su tesoro más preciado, trasmitiéndolos de generación en generación, de raza a raza y de época a época, como la fuente íntima de toda vida noble y la base cierta de toda cultura elevada.

Esas voces que nos llegan de tan remoto, de la revuelta vorágine de los años, son dignas de ser oídas; en su vibración ancestral palpita la esencia del amor, como en el corazón del diamante tiembla el alma de la luz. Escuchémoslas, interpretémoslas, adaptémoslas a nuestro ambiente y a nuestra cultura, porque los que pensaron hondo dijeron siempre palabras de ver-

dad y de fe, valederas para la raza de los hombres mientras en el mundo alienten los seres de un día.

Para nosotros, los contemporáneos del triunfo de las industrias y de la estupenda floración de las ciencias, hay en la teoría platónica del amor raudales de enseñanza positivas perfeccionadoras de nuestras almas, como para los espíritus ágiles de la clara Grecia, encerraba sutilezas filosóficas de una dialéctica superior. A través del genio sorprendente de Platón, nos habla el idealismo fundamental de la vida, reforzado y potente, como de las profundas oquedades de los montes surgen los ecos del ruido del mundo con intensidad centuplicada.

La ilusión es tan útil como la realidad, en esta vida extraña de positivismo agresivo y de anhelos idealistas; y si el amor enseña a soñar, pongamos nuestra alma y nuestro corazón en ese dulce sueño de belleza y de luz.

Perfeccionémonos por el amor; que su dulce arrobamiento y su omnipotente sentimentalidad nos sirva para hacernos mejores; para destrozar las cadenas del egoísmo; para ennoblecer nuestro corazón; para abrir nuestra alma a la bondad; para idealizar nuestro espíritu; para elevar nuestra mente para embellecer la vida.

Emerson ha dicho que el amor fue en muchos el amanecer de la música, de la poesía y del arte; debemos esforzarnos porque lo sea para todos. Pero si el amor embellece el mundo y hace poeta a quien inspira, puede moralizar al hombre, volviendo bueno al que ama. Porque en la sociedad particular que forma el amado con su amada, "adquiere más claro conocimiento de cualquier mancha, de cualquier defecto que su belleza ha contraído en este mundo y es capaz de mostrarla, y la alegría de ambos es mutua al ver que cada uno de ellos puede indicar al otro, sin ofenderlo, sus tachas y deficiencias, y asistirle y ayudarle para purificarse de ellas".

Porque el verdadero amor establece una doble posibilidad de mutuo perfeccionamiento, que debe ser buscada y perseguida por todos los que se aman, si desean que su cariño se haga

perdurable, y no desaparezca con la efímera flor de la belleza corpórea.

Maeterlinck, ese filósofo poeta, ha escrito páginas admirables sobre el amor de la mujer. Reproduzcamos algunos de sus pensamientos:

"En cuanto ama, la última de las muchachas posee algo que nosotros no tenemos, porque en su pensamiento el amor es siempre eterno. Acerquémonos con respeto a las más pequeñas y a las más altivas, a las que son distraídas y a las que piensan, a las que sonríen y a las que lloran; porque todas saben cosas que nosotros no sabemos y tienen una lámpara que nosotros hemos perdido. Y he aquí que tienen certezas sorprendentes y gravedades admirables, y se ve bien que, en sus menores actos, se sienten sostenidas por las manos seguras y fuertes de los grandes dioses. Son ellas realmente las hermanas veladas de todas las grandes cosas que no se ven. Son realmente las próximas parientes del infinito que nos rodea y las únicas que aún saben sonreírle con la gracia familiar del niño que no teme a su padre. Conservan aquí abajo, como joya celeste e inútil, el espíritu de vuestra alma, y si se marchasen, el espíritu reinaría solo en el desierto porque las mujeres han conservado el sentido místico de la tierra".

Sí; la mujer en el mundo es como la flor en el jardín: la belleza, la gracia y el perfume. Lo más noble de la planta, lo que es adorno y alegría, encanto y divina inmortalidad, reside en lo más delicado y frágil: en la suave y fragante flor. En el huerto del amor, lo supremo, lo divino, lo puro, lo luminoso y santo, palpita tímidamente en lo más delicado y tierno de la humanidad: en la dulce y virtuosa mujer.

EL AGUIJON SOCRATICO

¿Qué representa Sócrates en el largo proceso evolutivo de la cultura humana? ¿Qué particular punto de vista interior en las cosas del espíritu?

¿Fue, acaso, un dilectanti del propio saber? ¿Un malabarista del yo: un orfebre de las cerebraciones infecundas?

Sócrates es el inútil-divino más grande que tuvo la civilización helénica. Representa el progreso espiritual alcanzado por el infatigable acicateo de la mente: es la abeja que saca miel de las flores, punzándolas con la crueldad de su aguijón.

Como todo inútil-divino, su credo filosófico linda con la inutilidad aparente, porque se hunde en la real y fecunda utilidad perdurable. Despreciador de las riquezas materiales, sostiene la supremacía del espíritu sobre la turbamulta de las agitaciones de la vida vulgar. Pero los hombres corrientes, los hombres ilustrados, los hombres con títulos académicos, la mayoría de los hombres, los hombres, ignoran esa verdad tan sencilla, y si la conocen, no la temen, y si no la temen, no la practican, y si no la practican, de nada les sirve no ignorarla. Y viven orgullosos, son optimistas inconscientes que aceptan gozosos su propia inferioridad mental, disputándola por la actitud definitiva de una inteligencia perfecta. Yo soy la verdad. Tal es el lema de esos omnisatisfechos, tal la doctrina de esos omniscientes. Mas creer en la bondad de un orden de cosas inmejo-

rable, es profesar dogma de muerte. Los encastillados en la almena de su presunción, perecen dentro del limitado encierro que los circunda. Sus ojos miopes no perciben otro bien que su bien, ni más panorama que el habitual e inmutable.

Y como el progreso es dinamismo espiritual, es cambio consciente y buscado de las autoidealidades; como el perfeccionamiento se basa en la idea de la imperfección, los inmutables, los inmóviles, los estáticos, son los inconscientes prisioneros de un ideal restringido y momentáneo, que, por la falta de plasticidad de sus almas, se ha trocado en rígido dogmatismo asfixiante.

Y todos somos un poco así. En vano nos separan los siglos de la época socrática; en vano el mar de los años ha ido dejando, como aluvión de su corriente, el limo amargo del escepticismo y las ásperas arenas de la ironía; en vano las ciencias nos demuestran la relatividad del conocimiento y la condicionalidad movible de la vida. El menos dogmático de los hombres ordinarios, de esos hombres que luchan, trabajan y se afanan en la cotidianidad de la existencia común; de esos hombres, buenos padres, buenos hijos, buenos ciudadanos, buenos obreros de la civilización actual, necesita que la abeja socrática le punce muy dentro en el alma, para hacerlo despertar de su somnolencia de muerte y para obligarlo a que de un paso hacia adelante en la luz del espíritu, de la belleza, de la justicia y de la verdad.

Somos dormidos mentales que reposamos tranquilamente en la suave inmovilidad de nuestro sueño sin ensueños. Si nadie nos despierta, el letargo interior paraliza para siempre la capacidad perfectible del alma. Se ha dicho que en el agitado torbellino del mundo, el que se detiene se atrasa: los que se contentan con el estado actual de cosas, los que no miran la vida con ojos que escrutan horizontes lejanos, los que no sientan palpitar en su corazón ímpetus de perfeccionamiento, los que no salen de los lindes de lo acostumbrado, los que no sobrepasan las sendas de lo tradicional, los que no quebrantan las sutiles ligaduras del hábito, se inmovilizan y se atrasan, perdiéndose para el progreso humano, por embotamiento de sus energías reformadoras.

Sócrates es el Cristo de esos Lázaros del alma; al conjuro de su interrogación torturante, se levantan y caminan.

En los "Diálogos Socráticos" de Platón se trasluce claramente esa finalidad agitadora del espíritu, ese dinamismo mental opuesto al dogmatismo estático, ese despertamiento de las almas que perseguía Sócrates con su doctrina.

Así en el diálogo sobre la santidad, Sócrates dice textualmente a Euthifron:

"Como te decía hace poco, tú encuentras bueno reposar en la abundancia de tu sabiduría: disipa, te lo ruego, esa languidez, y aplícate un momento; lo que te digo no es muy difícil de entender".

Y en la inmortalidad Apología expone claramente su doctrina sobre la supremacía de los bienes espirituales y sobre la utilidad de agitar constantemente la inteligencia demasiado aletargada y paralítica de los hombres que se juzgan sabios y que ni siquiera saben que son ignorantes.

"Muerto yo, atenienses, dice Sócrates, no encontraréis tan fácilmente otro ciudadano que Dios haya unido a vuestra ciudad (la comparación, os parecerá quizá ridícula) como a un corcel noble y generoso, pero pesado por su grandeza misma, que necesita un aguijón que lo excite y despierte. Me parece que Dios me ha escogido para excitaros, punzaros y sacudiros todos los días, sin abandonaros jamás".

Y ahondando aun más en el símil de los adormecidos del alma, y dándose cabal cuenta de lo divino de su aparente inutilidad, continúa diciendo Sócrates:

"Pero, quizá, enojados como gente a quien despiertan cuando tiene ganas de dormir, desoiréis mi consejo, y coreando la pasión de Anitus, me condenaréis con ligerezas. ¿Qué sucederá? Pasaréis el resto de vuestra vida en un aletargamiento profundo, a menos que Dios no se apiade de vosotros y os envíe a otro hombre semejante a mi.

"Y que es Dios el que me ha enviado a vuestra ciudad, fácilmente podéis inferirlo de mi conducta: hay, en verdad, algo más que humano en haber abandonado durante tantos años mis propios negocios, para consagrarme a los vuestros, y tomaros a cada uno en particular, como un padre o un hermano mayor podría hacerlo, para exhortaros sin cesar a la virtud".

En la misma "Apología" se halla categóricamente expuesto el dogma de la divina inutilidad: el menosprecio de las riquezas, el despego por la utilidad material, el desdén por los bienes exteriores.

"Pues yo le diré, exclama Sócrates, que se engaña grandemente, si cree que un hombre que vale algo debe considerar los peligros de la muerte o de la vida. Lo único que debe tener en cuenta, en todos sus actos, es si lo que hace es justo o injusto, y si es la acción de un hombre de bien o de un mal hombre".

"Mientras viva, no cesaré de filosofar, dando siempre consejos, diciendo a cada uno de vosotros, cuando os encuentre: Hombre de bien, cómo siendo ateniense y ciudadano de la mayor ciudad del mundo por la sabiduría y el valor, ¿no tienes vergüenza de no pensar sino en juntar riquezas, en adquirir crédito y honores, descuidando los tesoros de la verdad y la sabiduría, sin trabajar por hacer tu alma tan buena como le sea posible? Y si alguien me niega que esté en tal condición, y me sostiene que se preocupa de su alma, no me conformaré con su palabra, sino que interrogándolo y examinándolo, lo despreciaré porque prefiere cosas tan viles y perecederas a las que son de mayor precio.

"Toda mi ocupación consiste en trabajar para persuadiros, jóvenes y viejos, que no debe uno preocuparse tanto de su cuerpo, de las riquezas y de todas las otras cosas semejantes, sino de su alma. Pues yo no ceso de deciros que la virtud no proviene de la riqueza; sino que, por el contrario, la riqueza proviene de la virtud, y que de esta última nacen todos los otros bienes públicos y particulares".

Y este despertamiento de las capacidades mentales progresivas, esta inculcación de teorías filosóficas superiores, no tiene

límite ni término; dura lo que la vida humana; comienza con el primer destello de la razón y termina con el último estremecimiento de la inteligencia.

Flaubert ha escrito que la vida deber ser un continuo aprendizaje: Sócrates representa ese aforismo realizado. Por eso exclama en "Laches":

"No es gran desgracia para los hombres que haya quien les advierta las faltas que han cometido o las que pueden cometer. Si se quiere llegar a ser sabio, es preciso no temer ese examen, sino, por el contrario, según la máxima de Solón, tratar de instruirse a toda edad, y no creer locamente que la sabiduría viene con los años".

Es muy cómodo formarse credos morales, religiosos, políticos, estéticos y científicos, sobre todas las cosas, y reposar tranquilamente creyendo que son definitivos; tan cómodo, que la mayor parte de los hombres proceden así. Por eso son intolerantes; por eso son intrigantes; por eso no vacilan en condenar las ideas que se oponen a su agradable descanso interior y que significan una renovación de su capital psíquico. La hoguera de la inquisición simboliza tal estado de alma: sus llamas crueles y destructoras representan la defensa de la tranquilidad del sueño cerebral de los dogmáticos. Esos espíritus amodorrados no quieren que se les perturbe; se oponen a que se les saque de su embotamiento ancestral. Pero el progreso humano se realiza cuando las almas se dan cuenta de los defectos y errores de sus propias doctrinas, de su presente condición, y se elevan, por su esfuerzo de los resortes íntimos de la personalidad, a una concepción más amplia de las cosas, a un ideal más comprensivo, a un estado de alma más justo, más sabio y más noble. Y para eso se requiere el reconocimiento de las propias imperfecciones: Sócrates es la conciencia objetiva de nuestras inferioridades morales: el grito de alerta de nuestras equivocaciones; la piqueta demoledora de nuestros prejuicios y de nuestra vanidosa ceguedad. Sin él, o mejor dicho, sin la actitud investigadora y autocrítica que él representa, la inteligencia permaneceria estacionaria, inmóvil, paralizada, y las conquistas de la cultura y de la civilización se tornarían imposibles.

LA MUJER

Conferencia pronunciada en el Teatro Municipal, en la Fiesta de la Primavera, organizada por los estudiantes, el 23 de Setiembre de 1911.

La sociedad existía, pero el hombre era rudo, y la torpeza de su cuerpo exteriorizaba visiblemente la tosca animalidad de su alma. ¿Cómo de la caverna primitiva pasó al refinamiento de la elegante mansión moderna, y de los instintos brutales de la fiera, al idealismo del civilizado? Por el progreso natural de las ciencias, dicen los sabios; por la voluntad de Dios, los creyentes; por el bello impulso de las artes, los artistas; por el poderoso prestigio de la mujer, decimos nosotros.

La mujer, si, la mujer ha ejercido, y ejerce, acción preponderante en la cultura de los pueblos y en el mejoramiento de las civilizaciones humanas. Delicada como un ensueño, sentimental y buena, nacida para ser amor visible, para encarnar en la divina euritmia de su cuerpo la belleza máxima, y en las exquisiteces de su espíritu la suprema idealidad de la ternura, fue destinada la mujer, por la naturaleza de su esencia, a mejorar, a elevar, a espiritualizar al hombre, dulcificando la acritud de sus instintos, progresivamente.

Así como los seres crecidos entre flores, entre aves y alboradas y entre claros de luna y puestas de sol, son delicados y sensibles, porque conservan en lo íntimo de su mente pensan-

te la tenue idealidad de los crepúsculos y la alegría luminosa de las auroras que contemplaron suspensos; así los hombres rudos, ante la suave gracia femenina, fueron perdiendo, poco a poco, la primitiva tosquedad de sus almas, y reflejando en la profundidad de sus conciencias los sentimientos delicados de las mujeres que vieron. Obligados a tratarlas cotidianamente, fueron aprendiendo a quererlas, y de la esclava tímida hicieron la esposa amada. La mujer, en pago de esta liberación, les dio el tesoro de sus sentimientos y el bien de la tierra, porque ha sido la causa de la cultura del hombre y del progreso humano.

Como el Federico de "El Inocente" del gran D'Annunzio, ese hijo de los bosques criado entre flores, cuando se detenía en el camino para observar una planta, "sus manos viriles eran de una delicadeza extrema al tocar las menudas hojas verdes que brotaban en las ramas nuevas"; así los hombres que hablan constantemente con mujeres llegan a ser finos. El "ave huye hasta de las caricias que son para él un magullamiento", la mujer rechaza por instinto toda vulgaridad en la forma, toda grosería de alma, toda torpeza en la expresión, y obligando a los hombres a ser cultos, los vuelve delicados.

Ya lo dijo un poeta italiano, del siglo XII, cantando a la mujer:

"Un hombre, de una bestia salvaje,
"Tú has hecho de mí, puesto que por ti vivo y amo".

Y el genial Calderón de la Barca ha pintado, magistralmente, en "La vida es sueño", la dulce impresión de paz, de calma y de felicidad que produce, aun en el hombre más rudo, la graciosa belleza de la mujer, cuando hace decir a Segismundo, ese compuesto de hombre y fiera, al contemplar a Rosaura:

"Tú sola, tú has suspendido
La pasión a mis enojos,
La suspensión a mis ojos,
La admiración a mi oído
Con cada vez que te veo,
Nueva admiración me das.

y cuanto te miro más,
Aun más mirarte deseo.

Ojos hidrópicos creo
Que mis ojos deben ser;
Pues cuando es muerte el beber,
Beben más, y de esta suerte,
Viendo que el ver me da muerte.
Estoy muriendo por ver.

Es indudable que un ser que ejerce tan grande influencia en el hombre, que agita de tal modo su espíritu, tiene poder bastante para transformarlo profundamente.

Prescindiendo de lo que ha hecho y hace la mujer por la cultura de los pueblos; suponiendo que no fuera su delicadeza incomparable el origen cierto de la sublimación de los instintos y del progreso de las costumbres; que no fuera, como es, la perenne educadora de los hombres, tendría siempre, considerada en sí misma, valor esencial y trascendencia suma. La mujer, efectivamente simboliza el sentido místico de la tierra. Pero su misticismo no es el delirio enfermizo de los estáticos sino el ensueño hermoso de los puros: representa la interpretación poética del universo, el concepto idealista del mundo; es la cálida verdad del sentimiento opuesta a la fría inteligencia positiva; es el triunfo del corazón sobre el cerebro, del entusiasmo sobre el cálculo, y del alma sobre la realidad.

En las luchas de la vida, el hombre vence, pero la mujer glorifica. Esta es otra de sus misiones importantes: adjudicar al victorioso la noble corona del triunfo.

Si la mujer es un verdadero símbolo; si es la paz y la dulzura de la tierra; si es la alegría de la vida y la luz del corazón del hombre, ¡cómo no ha de ser trascendente el problema de su educación y el estudio de la ciencia de su perfeccionamiento!

Pedagogía de la mujer, ¡cuánto destino encerrado en tan pocas palabras! El bárbaro nombre griego, pedagogía, al unirse al suave sonido mujer, pierde la dureza agresiva de su origen científico, embelleciéndose; como los terrenos áridos, que nun-

ca conocieron agua, verdean cuando la lluvia del cielo los fecunda, y se aroman de flores bajo el sol. Por eso no resulta impropio hablar de pedagogía femenina, en esta fiesta primaveral, porque la gris monotonía de la ciencia se alegra con la gracia gentil de la mujer.

Hay quienes ponen en duda la posibilidad de dar a la mujer una buena educación sólida, fundándose en las diferencias intelectuales y morales que existen entre las mujeres y los hombres.

La mujer, se dice, es superficial y vana, incapaz de meditar en cosas serias, condenada, por su propia naturaleza espiritual, a la futilidad femenina. Pero, si hay mujeres insensatas, ¿cuántos hombres necios existen? y si se encuentra mujeres triviales es porque la educación que recibieron fue aun más trivial que ellas. ¿Cómo no ha de ser injusto que nosotros los hombres inculpamos a la mujer de superficialidad de espíritu, cuando las educamos de modo absurdo, cuando concedemos, al juzgarlas, mayor importancia a la manera como entran por una puerta, se recogen el vestido o se ríen, que a la pureza de sus sentimientos y a la sinceridad de su corazón? Nosotros somos los culpables, porque, amantes de las vanidades, hemos educado frívolamente a la mujer. "Educáis a vuestras hijas como si fuesen objetos para adornar vitrinas, y luego os quejáis de su frivolidad". Así escribe Ruskin, el profundo.

Afirman, también, que el espíritu de la mujer es poco propicio para la iniciativa, se apoya en la tradición y vive más la cálida vida del sentimiento que la fría austeridad de la idea.

Es verdad que la mujer tiene un espíritu más conservador que el hombre. Esto depende, como dice Guyau, de que el papel de las mujeres en la tierra es precisamente el de conservar. Deben guardar al niño, a la casa, al marido; siempre conservar, retener, defender siempre, estrechar entre sus brazos alguna cosa o alguna persona. ¿Hay que lamentar esto? ¿No es a este instinto al que debemos la vida? Y si las diferencias de los sexos entrañan diferencias graves de carácter, ¿es necesario ver en esto una incapacidad mental irremediable? No; el espíritu conserva-

dor puede aplicarse a la verdad como el error; todo depende de lo que se le de a conservar. Si se instruye a la mujer en ideas más filosóficas y más científicas, su fuerza de conservación resultará benéfica.

Sí; la mujer debe ser la dulce depositaria de los ideales más puros de la humanidad. En su alma delicada deben sembrarse los gérmenes fecundos de todas las ciencias y de todas las artes, para que al calor de su ensueño florezcan en sublimes realidades hermosas, y para que en la urna pura de su espíritu se conserven perdurablemente intactas.

Es también indudable que en la mujer domina el sentimiento. Pero. ¿desde cuándo los que sienten son incapaces de pensar? La sensibilidad facilita, no impide la comprensión. ¡Cuántos hombres de ciencia habrían sido más sabios si en sus lógicos espíritus razonantes hubiera palpitado la emoción! Porque en la vida profunda del alma, en la suprema vida humana, hay verdades hondas, trascendentales, decisivas, que se descubren sintiendo y no pensando: verdades que no pueden ver, comprender, ni amar, los cerebros impasibles, las conciencias imperturbables, las máquinas mentales, que creen que toda la ciencia está en un método y toda la realidad en una doctrina; los espíritus fríos que viven acompasados como relojes, que piensan por silogismos y que mueren sin haber bebido nunca en los verdaderos manantiales de la vida.

Porque el sentimiento es como un rayo de sol luminoso y cálido, y los sensitivos profundos fueron siempre grandes videntes.

Y la mujer, siendo por esencia más sensible que el hombre, tiene por naturaleza el sentimiento más potente, más intenso, más infinito de todos los sentimientos humanos: el sentimiento maternal; el amor de la madre, ese amor sublime, todo abnegación y sacrificio.

Como quieren las madres a sus hijos, nadie quiere; porque el amor materno es un instinto siendo una virtud; por eso es poderoso y puro.

Hay una leyenda que pinta trágicamente el amor maternal.

Os la voy a referir:

El galán la adoraba y, en los delirios de su pasión profunda, ofrecía a la amada de su alma todos los bienes de la tierra. Pero la amada, caprichosa y cruel, le pidió el tesoro más preciado de todos los tesoros del mundo: quiero, le dijo, el corazón de tu madre. La buena madre anciana dormía plácidamente, soñando acaso con el hijo hidolatrado, pero el galán, loco de amor, fuè hacia la madre dormida y, con alevoso puñal, le rasgó el pecho. Con el corazón sangriento entre las manos, corrió donde la amada para ofrecérselo, como un intenso rubí palpitante. En el apresuramiento de su fuga, cayó el asesino al suelo, y entonces el corazón aún cálido de la madre muerta le dijo con ternura: ¿Te has hecho daño, dijo mío?

Esta leyenda es una verdad: las madres quieren así. Y en la vida moral del alma hay muchos hijos asesinos y muchos corazones de madres victimadas que perdonan y aman.

Si la mujer es esencialmente madre, si en su alma abnegada palpita el fuego sacro del amor materno, ¡cuántas verdades, cuántas bellezas, cuántos ideales puros, que los hombres comprenden y olvidan, al germinar en el sensible espíritu femenino, pueden volverse inolvidables!

Extendemos el amor maternal de las mujeres a las cosas santas y nobles de la vida, y las querrán como quieren a sus hijos; y los más sabios de la tierra no amarán a la verdad como ellas pueden amarla.

Y los ideales supremos de los hombres. floreciendo en corazones femeninos, no se perderán.

Y las mujeres serán madres de sus hijos y de los ideales de sus hijos.

¡Bienaventurados los pueblos que tengan tales madres, porque ellos serán dichosos!

LA UTILIDAD DEL IDEAL

Ultimamente escuché una conferencia sobre el ideal, sustentada por un distinguido universitario. Con el entusiasmo de la vida nueva, con el ímpetu de los sentimientos hondos, brotaban las palabras de los labios del joven, sonoras y persuasivas. Era un idealista explicando el ideal, y como de la abundancia del corazón habla la boca, la sinceridad resplandecía en su discurso.

Yo, que fui su maestro y soy su amigo, escuchaba recogidamente la doctrina de belleza y de bondad preferida de su alma. Y, al conjuro de su entusiasmo, pensaba:

"Eres de la falange de los servidores del ideal; tu espíritu atesora sentimientos nobles y quieres que tu alma florezca hacia afuera y que la buena doctrina se infiltre en otros. Pero la vida es irónica, y los hombres prácticos, falange más numerosa que la tuya, se burlan de los idealistas. Oyen tu conferencia pero no aceptan tu fe. Sensualistas por inclinación, y a menudo por necesidad, sólo creen en las cosas tangibles, en las que hieren sus sentidos con la realidad de una esencia corpórea. Lo que no se ve; lo que no se toca; lo que no sirve para satisfacer exigencias orgánicas; lo que no enriquece en oro; lo que no da supremacía social, ni fuerza aprovechable, lo juzgan inútil y no les interesa. Pero sigue en tu cruzada de cultura, paladín de la mente, artífice de la vida del yo: persiste en tu obra de corifeo de lo excelso, continúa en tu empeño, vigoriza tu pro-

pósito, afianza tu resolución. El deber de los cultos es irradiar su plenitud interior. ¡No importa que los suspicaces sonrían!"

Y seguía pensando:

"Tu noble consagración al ideal, ¿vibrará en el vacío? Tu grito de guerra a Calibán, ¿morirá sin eco? Y nosotros los hombres ya formados, con más años y más heridas, ¿reprimiremos los latidos del corazón por miedo al fracaso? ¡Imposible! Nuestro deber es apoyarte, nuestra obligación cooperar al triunfo de tu credo idealista".

Y en la intimidad de mi espíritu prometí hacerlo. Y hoy cumplo la promesa.

Mas, ¿cómo hablar del ideal a los hombres, sabiendo que la vida impone lo útil y exige lo práctico? En nombre de la utilidad del ideal y de la supremacía de los idealistas.

Un cuento de Andersen, y el Quijote de Cervantes, acreditan la verdad de tal doctrina. Recurramos a los símbolos del arte, porque son hermanos y persuaden.

El humorista Andersen, el de los cuentos para niños que muchos hombres no comprenden, sostiene la utilidad del ideal. En todas las páginas de sus obras palpita la fe en la vida superior del espíritu. Escogeremos uno de sus cuentos: Tumbelina.

Se trata de una niña muy pequeña, como el dedo pulgar de una mano de mujer. Raptada por un sapo, libertada por los peces, vaga por los campos desconocidos y se refugia en casa de una rata, que la quiere casar con el topo. Tumbelina se resiste, porque al tratarlo "se percató en seguida de que no le agradaban el sol ni las flores, cosas que constituían toda la felicidad de la niña". Pero a sus llantos y súplicas, doña rata replicaba: "¿Dónde se ha visto desdeñar a un topo que lleva una pelliza tan soberbia y que tiene sus graneros y su repostería siempre repletos de víveres? ¿No sabes qué deberías hacer? Dar gracias a Dios continuamente, por la ventura que te ha deparado".

Y Tumbelina fue invitada por su novio, el topo, a visitar su casa subterránea, "cavada por él mismo", como decía con orgullo; porque eso de cavar en la tierra, rastreando en lo obscuro, bien apegado al suelo, sin levantar el hocico ni un milímetro hacia arriba, era un "trabajo que gustaba mucho al señor topo". Y en uno de los corredores había una golondrina, al parecer muerta por el frío invernal.

"¡Pobre golondrina!" pensó la niña, porque todos los pájaros eran sus amigos.

Pero el insensible topo dio un puntapié al pájaro con una de sus cortas patas y dijo:

"Ya no cantará más. Ha de ser muy triste nacer pájaro y no ser bueno más que para cantar y volar".

Mas por la noche volvió Tumbelina al subterráneo, con un tapiz de yerbas tejidas por sus diminutas manos, y cubriendo a la pobre golondrina inmóvil con su tapiz agreste, sintió latir el corazón del ave. Y desde entonces le prodigó sus cuidados, hasta que, al llegar el estío, tornó a volar la golondrina por el cielo azul y hacia los verdes bosques.

Pero el verano era la fecha de la boda. ¡Pobre Tumbelina! "Vivir con aquel odioso topo que aborrecía la luz del sol y no podía sufrir el canto de los pájaros! ¡Vivir siempre bajo tierra! ¡Oh, qué desgracia!" Llegó el día fijado, y el topo, muy contento, fue a buscar a su futura esposa. Tumbelina sale al campo a despedirse de los pájaros, de las flores y del sol.

"¡Quivit! ¡Quivit! —oyó de pronto la niña.— ¡Quivit! ¡Quivit!".

"¿Será la golondrina?".

"La rápida avecilla estaba cerca. ¡Cuán feliz se sintió Tumbelina al ver que se aproximaba la golondrina que cuidara con tanto cariño! Díjole llorando que no podía permanecer mucho tiempo con ella, porque debía casarse con el topo

y vivir bajo tierra, sin poder ver nunca más el esplendoroso sol.

—"Ven conmigo, ven conmigo, pequeña Tumbelina —dijo el ave. Echate sobre mí, que contigo volaré hacia regiones más cálidas, lejos, muy lejos del antipático topo. Por cima de montañas y mares viajaremos hasta llegar a un país en que el sol no se oculta nunca".

Y Tumbelina consintió. Y el ave se lanzó por los aires, "cruzando por encima de bosques y lagos, y atravesando las cumbres de las montañas cubiertas de nieve".

"Pronto llegaron a las regiones cálidas. Allí el sol y las flores eran mucho más brillantes. Y un lindo rey del tamaño de Tumbelina, el rey del alma de las flores, se casó con ella. Y otros genios alados semejantes le ofrecieron presentes, en homenaje del gran día; siendo el más hermoso de todos "un par de alas delicadas como las de las mariposas. En cuanto la niña se las sujetó en los hombros, pudo volar de flor en flor".

El símbolo del cuento es meridiano. A pesar de los consejos de la rata práctica y de la despensa bien llena del topo realista, Tumbelina no puede ser feliz, sino cuando escucha el canto de los pájaros, cuando contempla la belleza de las flores y se entusiasma con la alegría de la luz; cuando en su corazón palpita el ideal, ese ideal que nos transporta a regiones espirituales superiores, donde el sol es más brillante y las rosas tienen más perfume.

Pero Tumbelina no sólo simboliza la necesidad del ideal, sino el triunfo del idealista.

El señor topo desdeña a la golondrina, porque no sirve sino para cantar y volar, porque no cava galerías subterráneas y no tiene despensa bien provista. Pero el canto y el vuelo son más útiles que todos los topos enemigos del sol, porque son ritmo y libertad, armonía y elevación. Por eso la golondrina despreciada hace lo que los prácticos demasiado apegados al suelo nunca pueden hacer: volar con el ímpetu de su idealidad, so-

bre los bosques y sobre los lagos, sobre los mares y sobre las llanuras, sobre los abismos y sobre las cumbres de altas montañas cubiertas de nieve; sobre todos los obstáculos de la tierra, sobre todas las hostilidades del destino, sobre todas las tristezas y dolores del mundo.

Y Tumbelina es feliz, porque se casa con el rey de las flores, y porque al fin tiene alas, para volar de belleza en belleza y de verdad en verdad, hacia las regiones superiores del espíritu, pues la virtud de las alas, como dice Platón, es llevar hacia lo alto lo que es pesado y duro, transportándolo adonde habitan los dioses.

Pero en donde brota con más fuerza la apología del idealismo, donde brilla con más luz el triunfo del soñador sobre el práctico, es en "Don Quijote", la admirable novela de Cervantes.

"Don Quijote" no es obra de negación y escepticismo, como han dicho, sino de afirmación y de fe. El caballero de la triste figura es el tipo de idealista exagerado, que se da la mano con el iluso y se confunde con el loco. Sancho Panza representa su antípoda: es el hombre práctico, el prosaico, el que busca el provecho y la utilidad de las cosas. Y ¿qué sucede? Que Sancho Panza, con todo su positivismo, sigue al Quijote con toda su demencia. Porque en la irónica caravana del mundo, el asno del sentido común se ve arrastrado por el rocín del idealismo, y Sancho Panza resulta, al cabo, escudero de Don Quijote.

Sí; el ideal es indispensable en la vida. "No sólo de pan vive el hombre" dijo el sublime Rabí de Galilea. No olvidar sus palabras. Que nuestros pies se hundan en el suelo, pero que nuestros ojos miren la luz. Habitemos la realidad, más siendo idealistas.

DIALOGO INUTIL

EL HOMBRE RARO.— ¿Ves el mar? Como infatigable respiración del monstruo imperecedero, baten las olas en la playa. Desde aquí se domina el amplio panorama. A la derecha, el perfil de la costa como herradura, en uno de cuyos extremos nos hallamos, traza la curva de su forma, que, gruesa en Barranco y Miraflores, disminuye en volumen en la Magdalena, achatándose hasta confundirse con el mar en La Punta, que penetra en el agua como un estilete. A nuestra izquierda, la masa de un repliegue del cerro nos oculta la playa arenosa del Salto del Fraile. Allá lejos, en el horizonte, cerrando los extremos de la bahía, el bulto de la isla de San Lorenzo, negro y sombrío; y unos cuantos islotes diseminados como hormigas, espaciados entre la isla y las cadenas de montañas de nuestras costas, de Chorrillos, parecen indicar que en tiempos remotos todo hubiera estado unido, en topografía diversa. El estrecho sendero que serpentea a la falda del Salto del Fraile, a mitad de camino entre la playa y la cumbre, se desenvuelve ante nuestros ojos árido y rudo, tallado trabajosamente sobre la roca gris y dura. A nuestras plantas, el barranco forma un acantilado pendiente; sobre nuestras cabezas, el cielo invernal cierne sus nubes espesas y blancas como toca de armiño. ¿No te parece, Todo el Mundo, que el lugar es propicio a la meditación?

TODO EL MUNDO.— Bien sabes, Hombre Raro, que todos los días recorro este camino por higiene, y aunque ignoro de qué meditación hablas, conozco tus inclinaciones filosóficas, tu amor a analizar problemas que tú llamas profundos,

y te declaro que todo eso nada tiene que ver con mi paseo matinal.

HOMBRE RARO.— ¿Pero el panorama no te impresiona; la belleza ambiente no se infiltra en tu alma, no te conmueve, no hace latir tu corazón con ritmo sereno y grande? ¿Ese mar eternamente atormentado, que disipa su fuerza en espuma y que late como un enorme pecho quejumbroso, nada te dice? ¿La naturaleza es para tí algo muerto y sin sentido? ¿O acaso tu alma es tan soñadora que transfigura toda realidad y piensa lo mismo aprisionada dentro de las paredes de un cuarto que libre y respirando el espacio infinito ante el cielo ignoto?

TODO EL MUNDO.— El hombre verdaderamente inteligente sólo se fija en lo que le puede ser útil. Tengo demasiado que hacer para observar tonterías. El cielo, el mar, el lenguaje de la naturaleza, todos esos símbolos abstractos, rezagos de metafísicas añejas, toda esa poesía y esa música celestial, están buenas para los ociosos y para las mujeres románticas, que suspiran y coquetean con la naturaleza, cuando no tienen a su lado un hombre que les ahorre ese trabajo.

HOMBRE RARO.— Siempre te he juzgado un hombre superior o delicioso, Todo el Mundo. ¡Gran felicidad! Marchamos juntos por un mismo camino, y al conversar, tú hablas por sentencias. ¡Qué suerte instruirme oyendo de tus labios las palabras supremas sobre todas las cosas! ¿Supongo que tu economismo filosófico no te lleve hasta cobrarme la conversación?

TODO EL MUNDO.— ¿Cómo?

HOMBRE RARO.— Digo que espero no me cobres nada por enseñarme conversando.

TODO EL MUNDO.— ¡Tú siempre igual! Pero indudablemente tienes la virtud de reconocer el mérito ajeno. ¿Y qué quieres que te enseñe?

HOMBRE RARO.— Acabas de decir que el hombre verdaderamente inteligente sólo se fija en lo que le puede ser útil.

TODO EL MUNDO.— Cierto. Lo he dicho y lo repito.

HOMBRE RARO.— Pues bien; quisiera que me explicaras lo que es el hombre inteligente.

TODO EL MUNDO.— Es hombre inteligente el que hace todas las cosas con facilidad.

HOMBRE RARO.— No está mala la definición. Pero, dime: ¿a los torpes les cuesta trabajo ser torpes?

TODO EL MUNDO.— ¿Cómo?

H.R.— Te pregunto que si el hombre torpe hace o dice necedades con dificultad, o si la naturaleza de su inteligencia lo lleva de un modo natural y espontáneo a pensar vaciedades.

T. el M.— Creo que la naturaleza de su inteligencia lo lleva de un modo espontáneo a pensar vaciedades.

H. R.— Estamos de acuerdo. Al torpe no le cuesta trabajo ser torpe, pues si le resultara dificultoso el serlo, resultaría absurdo que se esforzara por llegar a ser inferior a los demás en inteligencia, cuando sin tomarse trabajo alguno pensaría bien.

T. el M.— Cierto.

H.R.— Pero lo que se hace de modo espontáneo, se hace sin dificultad, es fácil.

T. el M.— Así parece.

H.R.— El hombre torpe es torpe sin dificultad, y dice y hace tonterías fácilmente. Pero como hemos dicho que la inteligencia consiste en hacer las cosas con facilidad, y el torpe hace torpezas con facilidad, resulta que el torpe es hombre inteligente.

T. de M.— ¡Imposible!

H.R.— Sí; imposible. Pero la contradicción viene de que tu definición del hombre inteligente es mala, pues hay muchas cosas que se pueden hacer sin dificultad siendo torpe.

T. de M.— Es que me he referido a cosas de la inteligencia. Una persona que sabe expresar sus ideas con brillo y corrección, que persuade a los demás, que cautiva con su palabra, es un hombre inteligente.

H.R.— ¿De modo que el hombre inteligente es el orador?

T. de M.— ¡Indudablemente!

H.R.— ¿Pero basta hablar bien para ser inteligente? ¿Y Cervantes y Shakespeare y Milton y tantos escritores famosos, que no fueron oradores, ¿no son inteligentes?

T. el M.— Los escritores también son inteligentes y entran en mi definición, pues también escribiendo se expresa ideas.

H.R.— ¿Tú eres orador?

T. el M.— No, por cierto, aunque sé expresar mis ideas correctamente.

H.R.— ¿Eres escritor?

T. el M.— Oficialmente reconocido no lo soy, aunque escribo regularmente.

H.R.— No eres ni orador ni escritor, y, sin embargo, te considero inteligente.

T. el M.— Es que no sólo los que practican un arte entienden de él. No soy literato, pero conozco la literatura; no soy pintor, pero mi educación artística es buena.

H.R.— De modo que la inteligencia es la capacidad de comprensión. Tú eres inteligente porque comprendes las cosas que no puedes hacer. ¿Y si yo te dijera que la inteligencia

consiste, no en comprender las cosas que no se pueden hacer, sino en hacer las cosas que se llegan a comprender?

T. el M.— No entiendo.

H.R.— ¡Es extraño, siendo inteligente!

T. el M.— La inteligencia no consiste en descifrar charadas.

H.R.— Ni la torpeza tampoco. Pero recurramos a los ejemplos. Si un cerrajero pronuncia un discurso sobre el mecanismo de las chapas y fabrica una chapa inservible, ¿qué pensarías de él?

T. el M.— Pues que era un charlatán.

H.R.— Si un jinete escribe un tratado de jinegética y cada vez que monta lo echa tierra su cabalgadura, ¿qué dirás?

T. el M.— Que es un farsante.

H. R.— Si un zapatero diserta sobre la historia del calzado y hace mal los zapatos, ¿qué será?

T. el M.— Un zapatero detestable. Pero, ¿a qué vienen estas preguntas sobre herreros, chalanes, zapateros y tantas gentes impropias de una conversación filosófica digna de ti?

H.R.— Todo es igualmente grande ante los ojos de la sabiduría. Pero ten paciencia. Si el cerrajero que diserta bien sobre las chapas y las fabricas mal, es un charlatán; si el jinete que escribe tratados de jinegética y lo derriba el caballo, es un farsante; si el zapatero que conoce la historia del calzado y hace zapatos detestables, es un zapatero detestable; el hombre culto que habla de ideas superiores, que escribe sobre filosofía y que no pone en práctica los ideales de que habla, ni los preceptos sobre los que escribe, ¿qué clase de hombre será?

T. el M.— . . .

H.R.— ¿No contestas? Pues será como el herrero, el ji-

nete y el zapatero: un charlatán, un farsante y un mal hombre. Pero, dime, admirable Todo el Mundo, y a esto sí puedes contestar sin reparos: ¿a quién tendrás por inteligente en su arte: al herrero que habla bien y que trabaja mal, o al que hace buenas chapas y cerrojos, aunque no pronuncie discursos?

T. el M.— Creo que a este último.

H.R.— Y entre los jinetes, ¿a cuál? ¿Al que escribe tratados y no sabe montar, o al que maneja bien el caballo, aunque no sepa escribir?

T. el M.— El que monta bien a caballo vale más que el otro.

H.R.— ¿Y de los zapateros? ¿Es más inteligente en su arte el que diserta sobre la historia del calzado, y hace malos zapatos, o el que los hace buenos, aunque nada diga de la historia del calzado?

T. de M.— Me parece que el último es más inteligente en su arte y, sobre todo, más útil.

H.R.— Y entre los hombres cultos, ¿quién es más inteligente en su arte, que en este caso es la cultura: el que habla de los ideales y no los practica, o el que vive conforme a ellos, aunque no pronuncie discursos literarios sobre los ideales?

T. el M.— Tal como tú presentas las cosas, parece que el hombre que vive según sus ideales vale más que el otro.

H.R.— Cuando se presentan las verdades como verdades, lás cosas parecen tal como uno las presenta. Pero dime, querido Todo el Mundo, ¿el herrero que fabrica buenas chapas puede hacerlo sin darse cuenta de lo que hace?

T. el M.— ¿Qué quieres decir?

H.R.— Digo que si un herrero, sin saber cómo se hace una chapa, ¿puede hacer la chapa?

T. el M.— ¡Claro que no!

H.R.— Perfectamente. Y el jinete, sin saber cómo se monta a caballo, ¿puede ser buen jinete?

T. el M.— Tampoco.

H.R.— Y el zapatero, sin saber cómo se hacen los zapatos, ¿pueden hacer buenos zapatos?

T. el M.— ¡Cómo va a poder!

H.R.— De acuerdo. ¿Pero no te parece que los que saben cómo se hace lo que hacen bien, son inteligentes en lo que hacen?

T. el M.— Claro.

H.R.— Y los que hacen bien, los que saben cómo se hace, ¿son inteligentes en lo que hacen?

T. el M.— De igual modo.

H.R.— Pero si los que hacen bien lo que saben, son inteligentes, la inteligencia consiste en hacer lo que se sabe, y no en saber lo que no se puede hacer, o lo que es lo mismo, la inteligencia consiste en hacer lo que se comprende, como te dije al principio. Apliquemos esta definición de la inteligencia a los hombres cultos y hallaremos que son inteligentes los que ponen en práctica sus ideales, y que no lo son los que no los ponen en práctica, aunque sepan escribir y hablar bien.

T. el M.— Por ese camino, un carretero puede llegar a ser más inteligente que un profesor universitario.

H.R.— ¿Y tú lo dudas? ¿De qué sirve manejar libros, estudiar ciencias, criticar doctrinas, escribir artículos, pronunciar discursos, teniendo un ideal de vida mezquino y necio? La inteligencia que no mejora el hombre interior, que deja sin perfeccionar el espíritu, que no eleva el alma a regiones sentimentales y mentales más puras, no es inteligencia.

T. el M.— ¡Pero, estrambótico Hombre Raro! ¿Calificas torpe a media humanidad?

H.R.— La abundancia de mal no cambia su esencia, y si la mayor parte de los que pasan por inteligentes a los ojos del vulgo son en realidad unos infelices, te aseguro que la culpa no es mía.

T. el M.— Diógenes de la inteligencia: tu linterna está sin luz; por eso no encuentras al hombre que buscas, por incapacidad de tu vista.

H.R.— ¡Dios te conserve la tuya! Pero ya que tengo la suerte de hablar con un vidente, hazme el servicio incalculable de convencerme de mi equivocación. Tú, que posees la verdad, comunicamela; te viviré agradecido.

T. el M.— ¿Conoces a Oropeles?

H.R.— ¿Al doctor? Sí.

T. el M.— Pues Oropeles es muy inteligente. Algo más: tiene talento. Catedrático universitario aplaudido; conferenciante famoso, escritor de nota, político eminente, Oropeles es culto, ilustrado, sabio. Su cerebro atesora vastos y sólidos conocimientos sobre todas las cosas, y no sólo sabe, sino que utiliza su saber en provecho de los demás, porque habla como orador y escribe como literato. Doctor en filosofía, los sistemas de los grandes pensadores de la humanidad le son familiares. Conoce a fondo la jurisprudencia, la sociología, la estética, la historia, las ciencias sociales, políticas y morales, en una palabra; y las ciencias matemáticas, físicas, químicas y naturales no le son extrañas. Siempre se distinguió en sus estudios, siempre ha sobresalido en sus trabajos, siempre llamó la atención con sus discursos. Y bien, Hombre Raro, ¿no te parece que Oropeles es inteligente?

H.R.— Si la inteligencia consiste en ser una sombra mental, un espejo que refleja la luz ajena, el eco de palabras que son de otros, y en ser aplaudido y apreciado por el vulgo, Oropeles

es genio. Pero si consiste en tener un ideal racional de vida, en sentir hondo y bien, en pensar con su cerebro, en elevarse a un plano espiritual superior, Oropeles es un infeliz. Dices que los sistemas filosóficos de los grandes pensadores de la humanidad le son familiares ¿y su alma qué ha sacado con eso? ¿Para qué le sirve la filosofía memorizada, si sacrifica su tranquilidad en aras del lujo, si por gastar sortijas se endeudan, por beber champagne se embriaga, y por arrastrar coche se arruina? Conoce a fondo la jurisprudencia y es injusto; sabe estética y lo bello no forma parte de su vida; es doctor en letras y nunca lee a los grandes literatos porque no le entretienen. Y habiendo almacenado en su cerebro las muertas imágenes de la ciencia y del arte, pasa como una sombra por la naturaleza, sin gozar en su contemplación, sin penetrar en sus maravillas, hablando y escribiendo entre los aplausos de gentes tan ciegas como él, que lo estimulan con sus aprobaciones a que siga representando la ridícula comedia de una cultura de papel, que está en los títulos académicos; pero que no ilumina su mente con ideas nobles y poderosas, ni reconforta su corazón con el fuego de la verdad, de la belleza y del bien. Si vivir para la galería es inteligencia, si amoldar su conducta al ideal grotesco del becerro de oro del público es superioridad espiritual, si afanarse por deslumbar con el boato y el faustuo a los ojos de los envidiosos es talento, repitamos con Cristo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

T. el M.— ¿Entonces sólo el que vive sabiamente es inteligente?

H.R.— Tú lo has dicho.

T. el M.— Y el inteligente que vive como necio, ¿no es inteligente?

H.R.— No lo es.

T. el M.— Newton vivía como un tonto y era inteligente.

H.R.— Newton no era inteligente: era genio. Los genios tie-

nen derecho a ser chiflados en la vida diaria; pero los hombres normales y mediocres, como nosotros, no tenemos el derecho de vivir como necios, porque no le damos en cambio a la humanidad nada tan importante y tan útil que nos redima de nuestra tontería. Además, la tontería de los sabios es ingenuidad y no necedad. Cualquiera los engaña, pero sus sentimientos son puros y sus ideales superiores. Son como niños grandes; su inferioridad depende de su superioridad, del candor de sus almas, y no de las mezquindades de sus espíritus, como en los que pasan por inteligentes siendo unos pobres hombres.

T. el M.— En verdad que me dejas perplejo.

H.R.— Oye, Todo el Mundo, yo he sido víctima de un error muy común: juzgar a los hombres por su apariencia, por su brillo, por lo que dicen y escriben, y no por lo que hacen. El tiempo me ha desengañado. La inteligencia verdadera es la que se traduce en hechos; la otra resulta vana sombra. Emerson ha dicho que el hombre es la mitad de sí mismo y que la otra mitad es su expresión; muchos toman esta última mitad por el hombre entero. Los que no pueden expresar correctamente lo que sienten y piensan, quizá porque sienten y piensan tan hondo que su mar interior no tiene orillas y no cabe completo en el esquematismo de las palabras, los silenciosos, los opacos, pasan por torpes y faltos de inteligencia. En cambio, a los que saben pronunciar bonitos discursos sobre todas las cosas, los que escriben con facilidad y comunican a otros sus pensamientos, aunque estos pensamientos sean triviales, se les juzga hábiles e inteligentes. Pero la verdadera sabiduría está en la actitud y no en la expresión. Cristo filosofaba menos que Sócrates, pero valía más; ambos supieron sacrificarse a sus ideales, ambos vivieron sus doctrinas; pero mientras Sócrates fue didáctico, Cristo fue amoroso. En el sermón de la montaña hay menos dialéctica que en cualquier diálogo del maestro de Platón; pero Cristo, defendiendo a la mujer caída o acariciando a los niños, dice más al alma que todos los discursos de los griegos. Hay seres que parecen humildes y mediocres, porque callan cuando otros hablan y sonríen cuando los demás se esfuerzan por deslumbrar a su auditorio. Pero la inteligencia de su vida espiritual desborda en sus acciones y las ilumina, como la glo-

ria silenciosa de los santos irradia a su alrededor y es diadema de luz en sus cabezas y claridad purísima en sus rostros. La vida íntima, la vida personal, la vida diaria de los hombres, es su mejor obra de arte, su más útil literatura, su ciencia más fecunda, su discurso más convicente. Lo que nos dicen con su conducta es la única verdad que nos domina, porque es la única cierta. Son inteligentes los que saben amoldar su ser a un ideal superior de vida; son inteligentes los que penetran con su espíritu en el significado majestuoso de una noche estrellada y los que, al elevarse sus ojos al cielo, elevan también su corazón; son inteligentes los exentos de vanidad, los que no envidia, los que no intrigan ni calumnian por conseguir ganancias materiales, que malgastan de modo necio y pueril; son inteligentes los que gozan placeres superiores, que no denigran ni enferman; son inteligentes los que pueden ser felices, aunque los demás no lo crean; los que tienen sus centros de gravedad en sí mismos y no fuera de ellos; los que viven en su alma y no en el juicio ajeno; los que pasan por la vida llenos de dulce paz interior, a despecho de las hostilidades de la suerte y de la maldad de los hombres.

T. el M.— Lo que dices es tan grave que aún no me convences con tu lirismo desbordante.

H.R.— ¿Eres religioso?

T. el M.— Voy a misa.

H.R.— ¿Y en qué consiste la religiosidad? ¿En saber el dogma o en practicarlo?

T. el M.— ¿Cómo?

H.R.— Un hombre que conoce a fondo la teología, que sabe el significado de los menores detalles de la liturgia católica y que no cree, que no tiene fe, que no practica los preceptos de la religión, ¿será religioso?

T. el M.— ¡Qué pregunta! ¡Pues claro que no!

H.R.— Y un campesino, una mujer inculta, que sólo sa-

ben el catecismo, pero que creen en Dios y practican su religión, ¿serán religiosos?

T. el M.— ¡Ya lo creo!

H.R.— ¿De modo que la religiosidad consiste en vivir su fe, en practicar su credo, en encarnar en actos su doctrina?

T. el M.— Indudablemente.

H.R.— Pues la inteligencia es como la religión, y el hombre inteligente, como el devoto, vive de acuerdo con sus ideales. Una vida racional, noble y armoniosa, es el verdadero signo de la verdadera inteligencia. Pero los que pasan por inteligentes porque pronuncian discursos artificiosos y escriben frases sonoras, y viven como pobres de espíritu, esclavos del oro y de la vanidad, son infelices sombras que en la irónica comedia del mundo representan el papel de la sabiduría, siendo necios, como en el teatro hace de millonario el desdichado cómico que se está muriendo de hambre. Ser o no ser, ha dicho Hamlet: esa es la cuestión, y no ser o parecer. La verdadera inteligencia es, la otra parece; por eso no sirve a los que en la poseen para lograr la dicha. Sólo el que vive como inteligente es feliz, y no el que pasa por genio y vive como un insensato.

Pero hemos llegado al fin de nuestro paseo. Mira el nuevo puente de piedra que une la falda del cerro al trozo de roca inclinado que se hunde en el mar, y que ha dado nombre a este sitio: el Salto del Fraile. El cielo blanco se refleja en el mar espumoso y lo idealiza con la claridad de sus nubes luminosas. En la playa, varios pescadores caminan pausada y trabajosamente tras los asnos cargados con las redes de pescar. El ambiente es sereno y suave. Guardemos silencio y dejemos que el ritmo grande y pausado de la vida natural palpite en nuestros corazones.

IMPORTANCIA DE LA EDUCACION ESTETICA

En nuestra educación nacional hay un proscrito: lo bello. Muchos escritores peruanos han abogado porque la enseñanza de nuestros planteles de instrucción pública sea pedagógica, porque los métodos empleados para inculcar los conocimientos a los alumnos satisfagan a las exigencias legítimas de la puericultura y porque esos mismos conocimientos se orienten hacia la realidad y hacia la acción; muchos pedagogos infatigables han atronado el ambiente con la estentórea resonancia de sus discursos, pidiendo que la gimnasia, los juegos, los deportes y demás ejercicios físicos que dan vigor al cuerpo figuren en la organización de los estudios al lado de las disciplinas mentales que perfeccionan el alma.

Nuestra literatura pedagógica no es escasa, y de diez años a esta parte, casi no hay quien no se crea con derecho para hablar o escribir sobre educación. Nuestros ministros del ramo han colaborado eficazmente en este empeño renovador de la pedagogía patria, y los cambios introducidos en los planes de estudio son tan numerosos como los defectos de nuestra enseñanza. Cuando el ministro concedía importancia a las tendencias idealistas del espíritu, la orientación clásica se exterioriza en los programas oficiales mediante la enseñanza obligatoria del latín y la extensión concedida a la historia, a la literatura y a la filosofía; cuando el que desempeñaba la cartera de instrucción resultaba de los llamados hombres prácticos, la educación

nacional daba un cuarto de conversión y se transformaba, o al menos se quería transformar, en una escuela de enseñanza utilitaria con aplicaciones inmediatas a la vida, en una fábrica de espíritus positivos, en una especie de vasta oficina para enseñar oficios que hicieran de cada individuo una unidad productiva y de cada alma una fuerza capaz de hacer dinero, y para esto se suprimía de los programas el latín, ¡pobre latín, como si fuera culpable de las veleidades de los ministros!, y se daba mayor importancia a la enseñanza de las ciencias físicas y naturales, a la organización de secciones preparatorias de comercio y al trabajo manual técnico y profesional. Y las reformas pedagógicas realizadas teóricamente por la milagrosa virtud de los decretos forman en nuestra historia educativa verdadera legión. Hasta el número de años de la enseñanza secundaria ha variado en los últimos tiempos, reduciéndose de seis a cuatro años; muestra evidente de lo mucho que nos preocupamos de la educación nacional, puesto que hasta los detalles de su temporalidad nos sirven de pretexto para reglamentar, innovando.

Sin embargo, en este torbellino de la innovación pedagógica verbal y oficinesca, en este agitado mar de la enseñanza patria, hay un punto fijo, una sólida tierra firme inexplorada, que ningún audaz viajero de la pedagogía peruana ha osado hallar con su atrevida planta: es la educación estética; el perfeccionamiento del espíritu humano por su contacto diario y frecuente con lo bello.

Hecho extraordinario: los fueros pedagógicos de la belleza han sido olvidados por completo al tratarse de la educación nacional. Nunca se ha pensado en que la cultura integral del hombre debe ser estética a la vez que intelectual, moral y física, y los preconizadores del integralismo educativo se olvidaban de la belleza en sus sabias disertaciones copiosas.

En nombre del verdadero integralismo educativo, reivindicamos los derechos pedagógicos de la belleza, los fueros de la cultura estética, la importancia del arte en la educación, pidiendo que en la escuela, en el colegio y en la universidad se abran las puertas de par en par, para recibir con júbilo y ter-

nura al proscrito de la enseñanza, al hijo desconocido: a lo bello.

Tiempo es ya de reaccionar: si el olvido de la educación estética pudo explicarse en épocas de ignorancia pedagógica, hoy, en que al volver de cada esquina se topa con pedagogos de oficio, es verdaderamente imperdonable. Hagamos intervenir a la belleza en nuestra educación patria, que bien lo necesitamos; nuestros hombres, aún los más cultos, se resienten de su falta de contacto con la belleza; la naturaleza, madre y maestra próvida de los humanos que saben contemplarla con los ojos animados de los videntes, es para la mayoría de nosotros una mera abstracción, una palabra que invocamos para significar el concepto filosófico de la totalidad de las causas universales; pero no es fuente de conocimientos vivos, ni de placeres selectos y puros.

Lo necesario debe decirse; por eso, como es absolutamente indispensable que nos preocupemos de la educación estética de los peruanos, yo, el menos competente de los llamados a despertar la atención pública sobre el problema de las relaciones de lo bello con la educación, me he atrevido a iniciar esta campaña en pro de la pedagogía estética, porque juzgo preferible errar por hacer el bien, que perdurar en el error por no equivocarse.

Voy, pues, a ocuparme, muy a la ligera, por supuesto, de la educación estética, insistiendo sobre su importancia y su trascendencia pedagógica y social. Las razones que existen para preconizar los derechos de la belleza a intervenir en la cultura general del hombre son de muchas clases; pero pueden reducirse a cinco: A) históricas, B) éticas, C) hedonísticas, D) intelectuales y E) sociológicas.

A) Razones históricas.— El hecho de la atención concedida, en estos últimos años, por los pueblos civilizados de Europa y América, a la cultura estética de los niños, es la demostración real de su importancia.

Si es absurdo imitar servilmente, en materia de educación

como en todo, a las instituciones extranjeras, por el único motivo de que existen en pueblos progresistas, es igualmente erróneo cerrar los ojos a la experiencia de las naciones civilizadas, permanecer ciegos ante los problemas humanos que agitan el alma de colectividades superiores a las nuestras. Los hombres públicos de Alemania, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, por ejemplo, tengo para mí que han de ser gentes aptas y capaces de profunda preparación científica, de manera que las innovaciones que introduzcan en asuntos de educación han de corresponder a necesidades reales sentidas por los pueblos de que se trata, y no a simples veleidades o caprichos de esos hombres públicos, sobre todo cuando la opinión general y el común sentir aprueba la iniciativa y los especialistas pedagogos se preocupan en perfeccionarlos y en hacer que cobre arraigo en la masa ciudadana consciente.

La educación estética pertenece a esa clase de innovaciones pedagógicas aceptadas por la opinión pública sensata de los países europeos, de manera que el papel de lo bello en la cultura integral del hombre debe ser importante, ya que las eminencias en materia pedagógica lo proclaman y el común de las personas conscientes de los pueblos civilizados lo reconoce y acepta.

La historia de la pedagogía europea, en los últimos diez años, nos demuestra la importancia concedida en el antiguo continente a la educación estética del alma humana.

El movimiento en favor de la pedagogía artística (Kunstpedagogische Bewegung) se inició en Alemania con la creación de "La asociación de los maestros de Hamburgo en pro de la educación estética", institución que sirvió de modelo a varias otras semejantes fundadas poco después en Berlín, Dresde, Leipzing, Munich, etc. A la vez que surgían en Alemania esas asociaciones de los maestros, se formaban asociaciones de padres de familia, bajo el título general de "El arte en la vida del niño", siendo entre éstas la más importante la de Berlín, que en 1902 publicó un manual de educación artística dedicado a los padres. Este movimiento en pro de la cultura estética fue acentuándose cada vez más en Alemania, multiplicándose en pocos años las conferencias y las obras de propaganda, como revistas,

esposiciones y congresos relacionados con el papel de lo bello en la educación. Así, en el espacio de cinco años, se reunieron tres congresos de educación artística: el de Dresde, en 1901; el de Weimar, en 1903; y el de Hamburgo, en 1905.

Bélgica siguió casi inmediatamente a Alemania en ese movimiento de cultura estética. "La sociedad de la educación familiar" de Bruselas se ha preocupado mucho, en efecto, de la educación estética del niño, y en los dos congresos internacionales de educación y de protección de la infancia, organizados por esa sociedad y reunidos en Lieja en 1905 y en Milán en 1906, se discutió ampliamente el tópico de la educación estética. Pero, sobre todo, la sociedad "El arte en la escuela y en el hogar", fundada en Herverle-Louvain, en 1905, es la que más ha contribuido al desarrollo de la cultura artística belga.

El movimiento en pro de la pedagogía estética ha conquistado varios otros países europeos. Así, en Londres existe una sociedad que tiene por fin decorar las escuelas: "Art for School Association", y la "Fizroy", que la secunda inteligente y activamente.

En Suecia hay dos grandes asociaciones, fundadas en Stockolmo y en Goetburgo, denominadas "Sociedad para decorar con obras de arte en las escuelas". En Holanda existe una sociedad análoga en La Haya; y en Finlandia, dos tituladas "El arte en la escuela", una en el Helsinki y otra en Turku.

En América, en los Estados Unidos, la educación estética ha adquirido inmenso desarrollo en la educación común. Entre las muchas instituciones norteamericanas dedicadas al fomento de la cultura artística figura la "Public School Art League".

En cuanto a los pueblos latinos, tanto europeos como americanos, sólo en Francia, y en estos últimos tiempos, se ha organizado en debida forma la campaña en favor de la educación estética. Así, la "Sociedad Popular de Bellas Artes", la "Sociedad Internacional de Arte Popular y de Higiene", "El arte para todos", la "Sociedad de arte en la escuela" y varias otras

más fundadas en París y en diversas regiones de Francia, dan una idea de la actividad de ese movimiento.

Italia y España permanecen todavía indiferentes ante el gran movimiento en pro de la pedagogía estética que conmueve a los demás pueblos de Europa. En Italia el único indicio de vida en esa materia es la discusión sobre la enseñanza de la historia del arte en los colegios y universidades que se formó alrededor de un artículo sobre la historia del arte que figuraba en la "enquete" que la comisión real para la reforma de la enseñanza secundaria llevó a cabo entre los profesores e intelectuales italianos. En España sólo se han preocupado de la educación musical del pueblo, merced a la extensión universitaria preconizada por Altamira.

Entre nosotros, los pueblos latinoamericanos, todo está por hacer. En el Perú, especialmente, nuestros hombres serios consideran que no es práctica la educación estética y que la belleza debe excluirse del medio escolar, por inútil y sin objeto.

Como este criterio de lo positivo parece dominar demasiado en nuestro medio pedagógico, político y social, señalaré, a título de curiosidad psicológica, que son precisamente los pueblos germanos, sajones y anglosajones, es decir, los pueblos prácticos, como nosotros los llamamos, los que mayor importancia otorgan a la belleza y a la educación estética del hombre, siendo, en cambio, los países teóricos, los poco prácticos, como los latinos y especialmente los hispano-americanos, los que desdeñan la belleza y el arte como factores educativos por juzgarlos inútiles.

Hay en esta coincidencia del valor positivo de las razas y de la importancia conferida a la educación estética, tema abundante de raciocinio para nuestros hombres que a sí mismos se llaman prácticos.

B) Razones éticas.— No sostengo que lo bello se confunde con el bien, ni que la educación estética basta por sí sola para moralizar a los hombres. Pero si la educación estética no se confunde ni debe confundirse con la educación moral, es un medio

eficaz de perfeccionamiento espiritual que permite depurar la sensibilidad humana y robustecer el entusiasmo por la idealidad, fuego sagrado que cuando ilumina el corazón de los hombres los torna mejores y más grandes.

Desde los tiempos remotos se ha visto la importancia moral de la belleza. "Los antiguos, y sobre todo los griegos, contaban más con el arte que con la religión para moralizar a los hombres. En Atenas la educación moral era ante todo una educación estética. Platón opinaba que el alma se eleva al bien por la belleza. Bello y bueno eran dos palabras que los griegos asociaban constantemente".

En los pueblos contemporáneos civilizados se piensa lo mismo acerca de las relaciones de la belleza y del bien. Así, en los Estados Unidos, el programa de la "Public School art League" preconiza la educación estética, "porque el arte afina el espíritu, enriquece el corazón, eleva el alma; porque el arte es uno de los elementos esenciales de una vida completa, y porque la delicadeza de sentimientos que inspiran las obras de arte contribuyen al desarrollo del carácter intelectual y moral". Un notable pedagogo norteamericano, James Sully, escribe en su libro de psicología pedagógica: "La cultura estética debe su importancia relativamente a la educación, al hecho de que refinando los sentimientos, separándolos de los intereses personales y uniéndolos a los objetos de percepción común, aumenta y eleva gradualmente los orígenes de la felicidad infantil".

Compayré, en su reciente libro titulado "La educación intelectual y moral", asevera que la educación estética "puede ayudar y favorecer el brote de sentimientos morales, afinando el espíritu, excitando emociones nobles y desinteresadas, apartándonos de placeres groseros".

Uno de los ministros de instrucción de Francia, Jorge Leygues, en la fiesta de la adolescencia en 1899, decía en un memorable discurso: "Nada es más reconfortante ni más sano que la contemplación de la naturaleza o de una hermosa obra de arte. De ella se desprende no sé qué sentimientos de dignidad y de potencia que eleva al hombre por encima de los bajos ins-

tintos y hace nacer en él la fuente de las aspiraciones generosas y de las nobles ambiciones".

Y el pedagogo Pecaut ha escrito: "Todo lo que da a la existencia humana su valor, su nobleza, las razones sagradas de amor y de respetar la vida, y a los hombres de amar y de respetar algo que no sea nosotros, de suponer al destino otro objeto que el interés, otro empleo de la vida que el egoísmo, he aquí lo que la educación popular debe, so pena de un desastre, conservar en el alma nacional. Y seguramente el sentimiento de lo bello está en el número de esas puras fuentes de la vida".

"El arte debe ser enseñado al niño, dice Marión en sus lecciones de psicología, porque tiene una potencia educadora incomparable. La belleza es esencialmente orden y armonía, y ese orden y esa armonía pasan a la imaginación, a la inteligencia, al corazón y se manifiestan prontamente al exterior por la elegancia y por la gracia; se observa una justa proporción en los movimientos y se acaba por encontrarla en los actos. El buen gusto toma fácilmente la forma del respeto a sí mismo. ¿No es un lugar común que el arte dulcifica las costumbres privadas y públicas? Hay faltas y tendencias que un espíritu acostumbrado a vivir en contacto con la belleza no puede siquiera concebir ni tolerar".

Pero la educación estética no sólo moraliza negativamente, apartando al hombre de los placeres inferiores y de aquellas faltas y tendencias que, como dice Marión, un espíritu amante de lo bello ni tolera ni concibe, sino que moraliza porque influye en la calidad de los ideales éticos que, por su dinamismo fecundo, dirigen la vida del hombre.

La moralidad no consiste solamente en no practicar el mal sino en hacer el bien; no es una simple omisión, sino una cálida acción expansiva que, desbordando los límites de la personalidad individual, se extiende contra los prejuicios cotidianos de la vida normal, rebelarse ante la innobleza y la fealdad de costumbres sociales inveteradas, es mucho más útil, desde el punto de vista del progreso moral humano, que cumplir estrictamente los deberes prescritos prescindiendo de los grandes entusiasmos y de los generosos impulsos que nos llevan

hasta el sacrificio en aras de la propia convicción. Y este fervor, esta decisión, este empeño puesto en la lucha contra el mal, sólo se obtiene cuando en el espíritu crece la bella flor del ideal, cuando los sentimientos superiores del alma logran desarrollarse cumplidamente, y a este grado de sensibilidad altruista no se llega, en muchos casos, si se desprecia la educación estética del hombre.

C) Razones hedonísticas.— Pero la educación estética no sólo es importante porque moraliza por la depuración de los gustos y el ennoblecimiento de los ideales, sino porque capacita al hombre para sentir los placeres más dulces, más hondos y más puros que hay en la vida.

La educación estética, en efecto, es fuente de goces, porque capacita al espíritu para sentir la sagrada emoción de lo bello y el divino placer del arte. Esta calidad hedonista de la cultura estética bastaría, según Bain, para admitirla en todo plan educativo basado en una verdadera concepción filosófica de los destinos del hombre y de la dicha humana.

La belleza es un saber alegre, una alta verdad emocional que despierta en nosotros intensidades sentimentales hondas, que robustece nuestra confianza, que nos reconcilia con la vida, que reanima nuestras energías agotadas y que nos ayuda a soportar virilmente las múltiples miserias de mundo.

La belleza produce una exaltación del propio yo, una intensificación placentera del espíritu, que rompiendo los estrechos límites del individuo aislado, se extiende desbordante sobre todas las cosas, ensancha el horizonte del alma y la torna infinita, como si en ella palpitara la enorme vida universal.

Que la contemplación de la belleza produce noble y pura

emoción placentera en el alma del hombre, nadie lo duda, y como la educación estética capacita, a quien la recibe, para apreciar el mayor número de bellezas posibles, la importancia hedonística de esta educación es evidente; por eso no insistiremos sobre algo en que todas las personas están de acuerdo.

D) Razones intelectuales.— La educación estética es útil, porque contribuye al progreso de la inteligencia y al robustecimiento de la mentalidad.

Esta labor cultural del pensamiento la realiza la belleza de dos modos: directamente por su nihilismo ideológico; indirectamente por su acción sobre la imaginación creadora.

Toda conciencia humana es un organismo de ideas un círculo de representaciones determinadas que, por su integración, forman la vida propia y peculiar de cada espíritu. La mentalidad, individual depende de la naturaleza de ese organismo de ideas, del número y calidad de las representaciones de esos círculos psíquicos variables. La educación, intelectualmente considerada, consiste en ir ensanchando los círculos psíquicos, por la introducción progresiva de nuevas representaciones variadas. Pero como las representaciones, en virtud de la tendencia a perseverar en su ser, de su esfuerzo por conservarse, se oponen a ser sustituidas y reemplazadas por otras, resulta sumamente difícil modificar los círculos psíquicos que forman verdaderos recintos cerrados, reinos interiores definitivos con limitaciones y topografías fijas.

Esta lucha de las representaciones por su propia conservación, esta tendencia a la inmovilidad invariable del conjunto de las ideas de la conciencia, este inercia de los círculos psíquicos que se oponen a las innovaciones conceptuales, es la causa del dogmatismo del pensamiento, tan común en la mayoría de los hombres.

El progreso intelectual consiste en la amplificación incesante de los puntos de vista para juzgar las cosas; pero como a causa del mecanismo psicológico del instinto de conservación de las representaciones y de la tendencia conservadora en los

círculos psíquicos que es su consecuencia, los espíritus se inmovilizan en un estado mental determinado, que equivocadamente juzgan definitivo, resulta que la cultura de la inteligencia sólo podrá llevarse a cabo en virtud de un doble proceso educativo: uno material y otro formal. El primero tiene por objeto aumentar el número de representaciones del yo mediante la instrucción. El segundo, que es el que nos interesa, sirve para posibilitar la función instructiva, rompiendo los tenaces lazos asociativos que unen a las representaciones de los círculos psíquicos originadores del conservadorismo mental y del estancamiento de la inteligencia en un particular punto de vista.

Precisemos más estas ideas.

El progreso del pensamiento, como el progreso moral, económico, político, etc., se verifica en virtud de un doble mecanismo destructivo y constructivo al mismo tiempo; es un nihilismo provisional seguido de una síntesis afirmadora más o menos durable, pero no eterna: es la ruptura, la anulación y el abandono de los viejos moldes, de las antiguas formas de vida y la creación de nuevas orientaciones para la actividad humana consciente; es un criticismo demoledor seguido de un período constitucional y orgánico, de un florecimiento de sistemas y doctrinas positivas, útiles al hombre.

Para el progreso del espíritu son necesarias estas destrucciones, estas anulaciones del orden de las representaciones de los círculos psíquicos y del dogmatismo mental. El arte y la belleza, como factores educativos, sirven precisamente para producir esas rupturas de los planos espirituales, esos desquiciamientos de los puntos de vista juzgados definitivos.

Las emociones estéticas, que la contemplación de la belleza produce, sacuden y revuelven el espíritu profundamente, agitando las actividades psíquicas sentimentales más ocultas; son un poderoso reactivo para el alma.

Al ponerse en contacto con lo bello y al sufrir su mágico influjo, el círculo psíquico más rígido y dogmático se estremece íntimamente; y si la cultura artística ha sido fructuosa, si ha

acostumbrado al hombre a sentir hondamente la belleza de la vida, si le ha vuelto capaz de ver el universo con ojos de poeta y de vidente, la emoción, estética que sienta será tan poderosa que romperá el círculo psíquico antiguo por la agitación perturbadora de órdenes representativos inertes, por la súbita revelación de verdades nuevas y de doctrinas inesperadas y de todo un aspecto sugestivo del misterio del mundo.

Pero la educación estética es también importante, porque cultiva la imaginación, e influye poderosamente sobre la inteligencia del hombre y sobre el destino de su vida terrestre.

La psicología contemporánea ha demostrado la importancia enorme de la imaginación en el dinamismo del espíritu; especialmente de la imaginación creadora. La antigua "loca de la casa" de la filosofía intelectualista se ha transformado en la dueño de la casa.

La importancia de la imaginación es tal, que de su naturaleza e intensidad depende, no sólo lo que el hombre puede crear como artista, sino de lo que puede descubrir como sabio, practicar como inventor y hacer como comerciante; porque la imaginación constructiva, como dice Ribot, "penetra la vida entera individual y colectiva, especulativa y práctica, bajo todas sus formas, estando en todas partes". (1).

Lo que sucede es que, como escribe el autor citado, "El prejuicio que opone la imaginación a la utilidad y pretende que se excluyan recíprocamente, es tan común y está tan arraigado, que a muchas personas les parecerá paradojal la aseveración de que si se pudiera establecer el balance del gasto de imaginación que el hombre ha hecho en la vida estética, por una parte, y en la invención técnica y mecánica, por otra, el balance sería favorable a esta última".

La imaginación no sólo es útil para la vida artística, científica, comercial y mecánica del espíritu, sino para la cotidiana existencia práctica. La naturaleza de nuestra actividad imaginativa, en efecto, nos hace felices o desgraciados; por ella somos acerbos pesimistas melancólicos o espontáneos optimistas ale-

(1) Ribot, "Ensayo sobre la imaginación creadora".

gres; y es que los acontecimientos objetivos no valen tanto por lo que son, sino por el efecto que en nosotros producen, por el modo como nos afectan. y esta sensibilidad peculiar de cada cual ante la vida depende en gran parte de la imaginación que, reviviendo el pasado e inventando el porvenir, transforma el presente.

"La imaginación, como escribe Compayre, desempeña también un gran papel en la vida práctica. Si algunas veces nos extravía y es origen de muchos errores, presenta la ventaja de que alimenta nuestros ensueños y embellece la realidad. Las ficciones mentiras o inocentes que nos sugiere son como sueños benéficos que nos sostienen y nos ayudan a soportar las miserias de la vida".

"La imaginación es el principio de la esperanza, de todos los conceptos risueños con que nos gusta adornar el porvenir. ¿Quién se atrevería a negar que la esperanza es uno de los resortes esenciales de la actividad humana? Aunque no nos condujera a ningún resultado, tendría siempre el mérito de alegrarnos, de consolarnos, de ampliar nuestras alegrías y dar un momento de tregua a nuestros dolores".

Y Rabier, en sus lecciones de filosofía, ha escrito:

"Cuando al concebir el porvenir la imaginación se toma completa libertad, y sin tener en cuenta lo real y lo posible, nos ofrece las perspectivas más seductoras, hace como dicen, castillos en el aire. No murmuremos de ella por eso, ¡hay tantas personas que no tienen otros!".

Si la imaginación, desarrollando la facultad creadora del espíritu, posibilita los descubrimientos e invenciones de todo género desde el ensueño ideal del artista hasta las combinaciones materialmente útiles del mecánico, si por su fusión íntima con la totalidad de los elementos de la conciencia, interviene en la vida práctica del hombre, contribuyendo a su felicidad o su desgracia, ¿no es absolutamente indispensable cultivarla, y no son importantísimos los medios pedagógicos que sirven para su adecuada educación?

Ahora bien, el arte, bajo todas sus formas, sirve para el cultivo de la imaginación. Por este solo hecho se comprenderá la trascendencia enorme de la educación estética del espíritu.

E) Razones sociológicas.— La educación estética no sólo es importante porque moraliza, porque es fuente de puros goces superiores, porque desarrolla la inteligencia ensanchando el criterio y cultivando la invención, sino porque es socializadora en alto grado; pues, unificando la multiplicidad infinita de las almas en la unidad maravillosa de la belleza, prepara al hombre para la vida social hermanando las sensibilidades diferentes dentro del poderoso vínculo solidario de una emoción común.

Esta importancia social de la educación estética se echa de ver investigando la finalidad sociológica del arte; pues siendo ésta de gran trascendencia colectiva, la cultura que hace capaz al hombre de apreciar debidamente la belleza artística es de suma importancia humana.

El arte tiene dos principales funciones sociológicas: propaga el pensamiento social al mayor número de individuos de un pueblo y modifica la esencia de ese mismo pensamiento social por las creaciones artísticas de los genios.

La civilización, subjetivamente apreciada, es el conjunto de conceptos morales, políticos, económicos, religiosos, científicos, prácticos, sociales, etc., que forman el patrimonio espiritual común de los hombres de un pueblo. La filosofía y las ciencias explican, de manera abstracta, la naturaleza y el significado de ese patrimonio especial común; pero el lenguaje que emplean es comprensible sólo a estricto número de mentalidades selectas; la gran masa popular de la nación no lo entiende y permanecería sin civilizarse, extraña a las ideas y sentimientos de su tiempo, si no hubiera una realidad que expresara ese patrimonio en forma fácil y asimilable; esta realidad es el arte; porque la obra artística es la vulgarización de la sabiduría tradicional de las razas, es la filosofía viviente y sensible, la metafísica de la emoción, la antología de lo concreto.

Wagner decía que el arte tiende a la transformación lenta de las costumbres individuales en costumbres humanas. Y Roberty, en su "Sociología de la acción", dice que el pensamiento estético es una forma de la experiencia o de la investigación colectiva, y el arte una concepción del mundo que, revistiendo de formas concretas las verdades particulares de las ciencias y las síntesis universales de la filosofía, las disemina en amplios medios y las pone al alcance de los pequeños y de los humildes.

El arte, pues, influye poderosamente en la formación del alma nacional, porque unifica el espíritu público enlazando las mentes individuales con ideas y emociones comunes. Este poder unificador del arte es de eficacia social decisiva. Para vivir en sociedad, el hombre necesita perder parte de su originalidad peculiar y de su independencia y adquirir cierta semejanza de naturaleza con los demás hombres que forman el grupo humano a que pertenece. La ciencia trabaja por la unificación de las inteligencias difundiendo conocimientos comunes; las disciplinas y las instituciones morales, políticas, jurídicas, etc., tratan de unificar las voluntades sometiéndolas a reglas normativas generales y obligatorias; pero el arte completa esta labor civilizadora, porque unifica las sensibilidades por la solidaridad de la emoción ante lo bello. El arte es, pues, utilísimo, sociológicamente considerado; sirve para transformar la comunidad de ideas y de voluntades en una comunidad sentimental.

Como escribe Guyau: "El arte es una extensión de la sociedad por el sentimiento a todos los seres de la naturaleza y hasta a los seres concebidos como sobrepujando a la naturaleza, o, en fin, a los seres ficticios creados por la imaginación humana. La emoción estética es, pues, esencialmente social. Tiene por resultado ampliar la vida intelectual haciéndola confundirse con una vida más extensa y universal. La ley interna del arte es una emoción estética de carácter social" (1).

El arte vigoriza las tendencias sociales del hombre, eleva la tonalidad solidaria colectiva, robustece los vínculos sentimentales humanos: por eso es útil, por eso es necesario, por eso es grande.

(1) Guyau, "El arte desde el punto de vista sociológico".

Pero el arte no sólo propaga el pensamiento social, sino que modifica la naturaleza de este pensamiento social, perfeccionándolo, al transformarlo.

Como creador de nuevas modalidades de vida, el arte, producto social, actúa, por reacción psicológica, sobre el medio que lo engendra, modificándolo. Como las substancias explosivas formadas por combinaciones químicas endotérmicas, con su estallido poderoso modifican las condiciones originarias de su ambiente formador, así el artista, resultante sociológico de la integración mental colectiva, cambia con su obra de arte las condiciones sociales primitivas de su medio.

"En nuestra opinión, escribe Guyau, el genio es una modificación accidental de las facultades y de sus órganos en sentido favorable a la novedad y a la invención de cosas nuevas; una vez producido este feliz accidente, no conduce a una trasmisión hereditaria y física; pero introduce en el mundo ideas o sentimientos, tipos nuevos. Modifica, pues, el medio social e intelectual preexistente; no es el puro y simple producto del medio".

Y en otro párrafo dice:

"Por medio de esta ficción de que se sirven las artes, llegamos a hacer accesibles, no solamente a todos los sufrimientos y a todas las alegrías de los seres reales que viven en torno nuestro, sino a todos los de los seres posibles. Nuestra sensibilidad se ensancha a la extensión del mundo creado por la poesía. Así, pues, el arte desempeñará un papel importante en esa penetrabilidad creciente de las conciencias que marca cada progreso de la evolución. Entonces se crea un medio moral y mental en que estamos constantemente bañados y que se une a nuestra vida propia, en este medio, la recíproca inducción multiplica la intensidad de todas las emociones y la de todas las ideas, como acaece frecuentemente en las asambleas, en que gran número de hombres reunidos están en comunicación de sentimientos y de pensamientos".

La función progresista de la obra de arte, considerada como fuerza creadora de nuevos medios humanos, es de suma importancia; las reivindicaciones de los derechos del proletariado, en los tiempos modernos, se deben, en gran parte, a las novelas socialistas, que difundiendo las nuevas verdades económicas y jurídicas en las masas trabajadoras, penetran en el corazón del pueblo, despertando las dormidas potencias del alma colectiva popular.

Esta importancia civilizadora del arte fue reconocida y admirada en todo tiempo por los hombres. El mito de Anfión, hijo de Júpiter, lo prueba; la leyenda de Orfeo lo demuestra, y las tradiciones más remotas de los orígenes de los pueblos colocan siempre a la cabeza del grupo étnico primitivo un civilizador que es un artista, un poeta inspirado que orienta a su raza por los senderos que su alma enamorada de lo bello sabe crear prodigiosamente.

Conclusión.— Sólo escribiré cuatro palabras a guisa de conclusión.

Nunca se preocupó nadie en el Perú de la educación estética integral; esta falta de la belleza en nuestra enseñanza pública se ha reflejado en el espíritu de inmenso número de hombres, en la visión egoístamente práctica y restringidamente utilitaria, que tuvieron de la existencia del mundo. Muchos fracasos nacionales han dependido, quizá, de esa mentalidad antiestética de nuestros prohombres. Como los últimos ensayos llevados a cabo en países de Europa y en los Estados Unidos de América demuestran la posibilidad y la eficacia de la cultura artística del educando, y como la utilidad de cultura derivada de su importancia ética, edonística, intelectual y sociológica resulta innegable, es necesario que se inicie entre nosotros una reacción en pro de la belleza considerada como elemento educativo superior.

EL DIVINO RABI

Y dejando a Nazareth, el pálido Rabí vino y habitó en Capernaum, tierra de Zabulón y tierra de Nephtalím, camino de la mar, de la otra parte del Jordán, Galilea de los gentiles. Y los hijos de los hombres escucharon absortos las divinas palabras del Maestro; sus divinas palabras de amor y de esperanza.

¡Compasión, compasión! clamaba el Nazareno, hundidas las pupilas en el azul abismo del espacio, suelta la crespa cabellera de oro sobre la espalda, tendida adelante la blanca mano siniestra, majestuosamente.

Y la infinita ternura de su corazón, como caudaloso río desbordado, envolvió en la onda de su amor a todos los que sufren, a todos los que lloran; a los ineptos, a los vencidos, a los enfermos de cuerpo y de alma: a los que arrastra la miseria de su vida sobre la Tierra indiferente, victimas indefensas de las crueldades de un destino fatal.

Porque "el triste, el dulce, el pálido Rabí de Galilea", pasó por este valle de lágrimas, como una blanca teoría, celeste, divino mensajero de amor, flor de pasión.

Y pensaba el Rabí: ¿Para qué la ciencia? Eso es vanidad y amargura; porque en la mucha sabiduría hay mucho enojo, y quien añade ciencia añade dolor. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos!

¡Bienaventurados los que sienten y no meditan, porque entienden mejor la vida!

El hombre es un enigma rodeado de misterios. La razón es locura, la ciencia insensatez. El sabio tiene sus ojos en la cabeza, mas el insensato en tinieblas anda; pero un mismo suceso sucederá al uno y al otro. ¿Para qué, pues, trabajar por hacernos sabios? Porque de nada habrá memoria eterna; y en viviendo días ya todo será olvidado, y también muere el sabio como el insensato. ¿Para qué, pues, trabajar para hacernos sabios? En verdad os digo: la bondad es la mejor sabiduría; haceos justos, haceos compasivos; la compasión es la suprema ciencia.

El mundo es pésimo, y la vida del hijo del hombre es dolorosa. Ya lo dijo el profeta: todo lo nacido de vientre de mujer es deleznable y malo. El conocimiento no cura la aflicción de espíritu, ni la ciencia las angustias humanas. ¿Para qué, pues, la sabiduría? ¡Amor, compasión, bondad! Sea vuestra alma paño de lágrimas, vuestro corazón misericordioso. Y el Dios que está en los cielos os premiará.

¡Bienaventurados los creyentes, porque es la fe ilusión embriagadora! ¡Bienaventuradas las almas donde florecen ilusiones, porque ellas serán felices!

NECESIDAD DEL IDEAL

El hombre no puede vivir sin ideales, sin bellos ideales, falsos, quizás, pero nobles, buenos y consoladores. La desnuda realidad es insoportable, y la vida humana es triste, si las ficciones del ensueño no la transfiguran.

La percepción exacta de los fenómenos naturales, el descubrimiento de los móviles de los actos humanos, son nocivos para la conciencia del hombre. El ser que, desintegrando lo real, sólo ve en los brillantes resplandores del arco iris vapor coloreado, simple refracción acuosa; el espíritu que vislumbra, con ojos penetrantes y razón perspicaz, el impulso de la carne en las manifestaciones del amor, el fondo de miserable egoísmo en la afección más pura, los dolores de la existencia, la melancolía del ser, es profundamente desgraciado. Las tinieblas de la tristeza reinarán en su corazón y el tormento de la duda en su espíritu. ¡Desgraciados de los que dudan! Mares tempestuosos agitados por el viento; cielos sombríos en donde chocan nubes contrarias; campos estériles y negros, sin flores, sin árboles, sin aves, dormidos bajo el sol.

La felicidad humana es una creación subjetiva, un sueño, una fantasía; nada real, nada externo; porque la dicha no existe en el mundo, sino en la conciencia del hombre. Objetivamente, en ese gran todo llamado naturaleza, sólo hay fenómenos que se suceden, cruzan y coexisten; ni buenos ni malos, ni útiles ni nocivos; ni feos ni hermosos; simples movimientos

de la materia, vanos juegos de fuerza. El "yo" consciente es quien evalúa lo externo, dándole significación creando el sentido de la vida, revistiendo a la naturaleza de las mismas pasiones tormentosas que lo agitan, atribuyéndose sentimientos alegres o tristes, placenteros o dolorosos. Pero todo eso es un sueño de artista, una ficción espiritual. Afuera de nosotros sólo existen fuerzas ciegas que se mueven, chocan en perpetuo devenir: materia bruta animada por misterioso mecanismo, incomprensibe, pero real.

Los fenómenos de la naturaleza sólo son buenos o malos, placenteros o dolorosos para la conciencia que los refleja, para la sensibilidad que los aprecia. Lo inhibitorio, lo que produce disminución notable en la energía funcional del ser, todo lo antivital y depresivo, es doloroso y malo. Pero los dolores no son únicamente orgánicos; los hay morales, y aunque en el fondo el sufrimiento psíquico sea, quizás, mero desgaste nervioso, metabolismo celular contrariado; en el hombre, ese animal superior, producto último de la compleja evolución zoológica, los tormentos de la conciencia revisten formas cualitativas, matices diferenciadores, delicados, espirituales.

En el reinado de la idea, en el mundo de los sentimientos, tendencias y nociones, la felicidad resulta de una justa adecuación entre lo ideal y lo real, entre lo interno y lo externo, entre el yo y el no yo.

Toda conciencia es una síntesis activa, una potencialidad, una energía que debe funcionar por ley biológica, pero su actividad ha de reglamentarse, de regularse, convergiendo hacia un fin, causa eficiente de su acción; y ese fin es el ideal, el ideal bajo todas sus formas, grandes y nobles, pequeñas y mezquinas, como el poder del alma que lo crea.

El ideal es el generador de nuestros actos, el origen de nuestros esfuerzos, luchas y triunfos; de nuestro progreso. Pero la facultad analítica del yo, aguzada por la larga meditación de las razas, destruye todo ideal, descubriendo los sentimientos innobles, ocultos en él, como se oculta el gusano roedor en la fruta de aspecto verde, pero de entrañas carcomidas.

La época actual es de análisis y de desdicha, de meditación y pesimismo; porque la felicidad es un ensueño, una obra de arte interior, cincelada por la imaginación en el reino de la fantasía. Todo hombre moderno es un Hamlet en pequeño y esa es su desgracia: es un analítico implacable que desciende hasta el fondo de su propio yo, y regresa herido, con frialdad en el corazón y la duda reflejada en los ojos.

En la época actual se duda de todo, y la conciencia humana fluctúa indecisa en la vorágine de la vida, como la nave solitaria y temblorosa al soplo de los vientos contrarios.

La muerte del ideal causa el nirvana de la acción, porque el espíritu meditativo y escéptico, al negar los motivos del acto, destruye la propia actividad. Pero todo ser es una fuerza, toda vida el resultado de la adaptación recíproca de las energías; por eso la primera ley de la existencia plena, sana, es la acción, la segura afirmación de sí; y como el total nihilismo de ideales engendra la duda, la indiferencia, la inacción, es necesario, si se desea ser feliz, formarse un ideal, un bello ideal; falso, pero consolador, noble y bueno, origen de nuestra actividad, estrella solitaria en la noche del alma que, con sus blancos rayos de luz, colora las tinieblas de la vida.

Transformar las condiciones del fracaso en posibilidades de triunfo, las derrotas del destino en buenos éxitos creados; esa es la verdadera filosofía viril, y no la que se empeña neciamente en llorar lo perdido o en rebelarse contra lo inevitable. Es necesario aquilatar la vida en lo que es: buena y mala, triste y gozosa, racional y absurda; pero siempre múltiple, intensa y fecundísima, adaptando nuestra individual existencia consciente a los mil azares de las cosas posibles, a fin de transformarlos en condiciones favorables para nuestra triunfante afirmación personal.

Y para esto es necesidad ineluctable conocer su propio yo, bucear en las profundidades del alma, más hondo que las realidades visibles, bajo las apariencias de personalidad autónoma que las colectividades nos imponen tiránicamente; descubrir nuestro verdadero fondo íntimo y trabajar animosos mientras dure la vida en el perfeccionamiento indefinido de nuestro espíritu pensante.

Crearnos una verdadera alma de hombre, una buena y noble y profunda alma, intensa, viril y multicomprensiva, para oponerla triunfalmente a los embates de los inmutables destinos adversos a que se halla sujeta toda la vida.

Esta alma de hombre, animosa y amplia, rica de tesoros interiores; consuelo de sí misma, y energía fecunda activa, no ha de crearse, trayéndolo de afuera, como un objeto que se compra, para implantarlo en nuestro pecho vivo, sino por la adecuada transformación de nuestra íntima sustancia modificable: "Dame la ocasión, dice Rodó, y yo te haré grande; no porque infunda en ti lo que no hay en ti, sino porque haré brotar y manifestar lo que tu alma tiene oculto. De afuera pueden auxiliarte cateadores y picos; pero en ti sólo está la mina". Y para explotar los tesoros ocultos del yo, únicos que nos hacen verdaderamente felices, es necesario virilizar nuestro espíritu perfeccionándolo, y arrojar lejos de él, como mala simiente perniciosa, el escepticismo vano y el descorazonamiento cobarde, porque "el primer instrumento de regeneración es la esperanza de alcanzarla".

Como síntesis luminosa de esta filosofía de la vida y de la acción encerrada en las páginas de "Motivos de Proteo", pueden citarse las siguientes palabras del autor de este libro admirable:

"La esperanza como norte y luz; la voluntad como fuerza; y por primer objetivo y aplicación de esta fuerza, nuestra propia personalidad, a fin de reformarnos y ser cada vez más poderosos y mejores".

EL REY MIDAS TENIA OREJAS DE ASNO

La mitología griega es simbólica; y el símbolo, el lenguaje más profundo de los espíritus videntes.

Pero hay símbolos de símbolos. Unos representan, de manera figurada y sensible, visiones parciales de la vida, fragmentos de humanidad, estados de almas transitorios que desaparecen al modificarse las condiciones del medio social que les dio origen. Otros son la expresión definitiva de tendencias espirituales innatas de algunos hombres, de modos de ser de gran parte de la humanidad; y estos símbolos perduran a través de los abismos del tiempo, mientras hay seres vivientes que renuevan la estirpe humana, encadenando sus inútiles existencias efímeras sobre la presuntuosa nada del mundo.

El mito griego del rey Midas pertenece a esta última clase de símbolos: es la representación concreta del manmonismo, del empequeñecimiento del alma del hombre producido por el dominio de los valores materiales sobre los morales, por el culto del oro con mengua del sentido divino de la vida.

Pero el mito de Midas no simboliza, únicamente, lo que ocurre al hombre cuando ciega sus ojos el resplandor del oro y perturba su corazón el ansia del lucro, sino lo que acontece con los pueblos cuando se les guía por caminos de perdición y sensualismo, por sendas industriales y económicas, exclusivamente. ¡Y la fábula griega resulta sociológica y profunda!

En el Perú hay muchos Midas, muchos hombres prácticos, buscadores de oro. A ellos quiero recordarles el mito del Midas griego, y a ti también, ¡oh cara patria mía!, te lo recuerdo, porque lo necesitas.

Midas, rey de Frigia, afamado por sus riquezas, era tan ambicioso, que suspiraba por tener el don de convertir en oro las cosas solo tocándolas. Baco le concedió virtud tan anhelada. Pero otro Dios del Olimpo impuso al rey de Frigia la visible afrenta de adornar su cabeza con dos largas orejas de asno. Este dios fue Apolo, y procedió de tan cruel manera porque habiendo osado Marsias rivalizar con él en música, todos los jueces decidieron la victoria a favor de Apolo, menos Midas, que fue propicio a Marsias. Entonces, el Dios de la poesía y de lo bello castigó a Midas cambiando sus orejas por las de un burro.

¿Qué significa el símbolo de Midas, hombre de manos aurígenas y de cabeza asnal?

Oigamos a ese genio extraño, pero profundo, que se llamó Carlyle:

"El secreto del oro de Midas, que él con sus largas orejas nunca pudo descubrir, era que había ofendido a los poderes supremos; que se había separado de los eternos hechos del universo, y había seguido las exteriores y pasajeras apariencias. Propiamente, este es el secreto de todos los hombres y de todas las naciones infelices. Si hubieran conocido la verdad exacta de la naturaleza, esa verdad les habría hecho libres. Pero han sido encantados, y, en su hechizo, dan vueltas alrededor de un peligro inmenso porque no fueron bastante sabios. Responden equivocadamente a las preguntas de la esfinge. ¡Los necios no pueden contestar con acierto!".

Indudablemente, ese es el secreto del oro de Midas. La conclusión del mito bien lo manifiesta. Al ver Midas que hasta los alimentos se trocaban en oro en sus manos, rogó a Baco le retirase su desdichado don aurígeno. "Entonces Baco ordenó a Midas que fuese al nacimiento del río Pactolo, junto al monte Tmolos, y que allí se bañara. Midas se salvó; pero desde ese instante las aguas del Pactolo arrastran oro".

El significado es meridiano. El poder de hacer oro antes fue perjudicial que provechoso a Midas, quien, para vivir, hubo de renunciar a tal poder; pero en su cabeza equivocada perduraron, como insignias de su yerro, las orejas de burro.

Quiso oro y sólo oro; juzgó la vida con criterio estrechamente económico y mezquino; fue el lucro su anhelo, el interés su afán, la ganancia su ley, el provecho su dios. Cegado por la amarilla palidez del oro, Midas despreció la belleza, hollando con sus torpes pezuñas de bestia acaudalada, el bien y la verdad. Pero como los hombres que así piensan son asnos, Apolo, el luminoso, colocó sobre la obscura frente del rey avaro dos largas orejas de burro, símbolo visible del espíritu que en esa estrecha frente anidaba.

Tal es el secreto del oro de Midas. Pero muchos de los hombres que a sí mismos se llaman prácticos, han olvidado el mito helénico, que pasean triunfales por el mundo manos ávidas de oro y cabeza con orejas de asno.

En el Perú, por desgracia, hay muchos Midas. Midas industriales, Midas políticos, Midas gobernantes, Midas científicos, Midas escritores, Midas ingenieros, Midas médicos, Midas abogados, y hasta Midas padres de familia, ¡Oro, oro y oro! claman los Midas peruanos y buscan la riqueza desatentadamente, la buscan con mengua de su dignidad de hombres, de la divinidad de su vida interior, de lo más noble y hermoso que hay en el alma humana, pero la buscan sin descanso, engañando, explotando, degradando, envileciendo a su país por enriquecerse, convirtiéndolo en un pueblo sin espíritu y sin ideales, pero quieren oro y ¡lo demás qué importa!

Contra ese indigno ideal de vida, contra ese anhelo plutocrático egoísta y malsano, es necesario protestar, rebelándose ante el sombrío cuadro de la decadencia nacional. Estamos al borde del abismo: un paso más y las abiertas fauces de la nada nos devorarán. Pero aún es tiempo. Reaccionemos contra la corriente manmonista, obliguemos a los Midas peruanos a bañarse en el río Pactolo para que recobren su dignidad de hombres y pierdan sus almas el amarillo reflejo del oro.

En verdad que sólo los espíritus inferiores pueden admirar a Midas. El ideal puramente económico sólo anida en los hombres que piensan con el vientre y sienten con la piel. Pero los sentidos físicos son estrechos caminos que conducen al infinito paraje del alma; por eso pinta la leyenda con orejas de burro a los que recorren la existencia tomando la mezquindad de la sensación por el dilatado panorama del espíritu. Son manmonistas, servidores del demonio, prosélitos de Arimanes, hijos de la noche, sombríos y funestos para la humanidad.

Y además se equivocan. Buscan el oro porque desean la felicidad; pero la dicha más intensa y durable es la ética. La divina exaltación del alma producida por una buena acción, por el espectáculo de la belleza del universo, por la comprensión de la verdad, es mil veces más deleitosa y profunda que la vana satisfacción ridícula de vestirse bien, de lucir en los dedos de la mano joyas caras, de ser llamado señor por las gentes; y, sin embargo, los hombres se esfuerzan y se agotan y hasta se degradan y envilecen, porque el público los salude por las calles quitándose el sombrero adulador, por usar bastón con puño de oro, por ir en coche, y menosprecian el perfeccionamiento de sus almas, el enriquecimiento de su vida interior, fundamento único de la verdadera felicidad. Ya lo dijo el Eclesiastés: "Los malos con dificultad se corrigen, y el número de los necios es infinito".

"Oh dulce y pálido Rabí de Galilea, oh divino señor; en vano moriste por los hombres! Siguen como antes; el espíritu es palabra vacía de sentido para muchos. No tiene utilidad comercial. En el fondo piensan como Judas, que para lo único que sirve un Cristo es para venderlo, transformando la bondad de su corazón y la nobleza de su alma en una cuantas monedas.

¡Pobres pueblos formados por hombres capaces de vender a los Cristos! Serán aniquilados, porque el ideal del lucro es innoble ideal de vida y corrompe y debilita y disgrega a las naciones más fuertes.

Nosotros, incipiente, colectividad humana, imitamos a Midas, y hasta ahora sólo hemos logrado que nos crezcan orejas

de burro, pues ni siquiera tenemos manos forjadoras de oro. Pretendemos ser un pueblo industrial y nos regocijamos cuando las altas chimeneas de una fábrica nueva manchan el azul purísimo del cielo con la gris ondulación de su inútil humo. Queremos construir ferrocarriles, emprender grandes obras, y somos como Midas porque olvidamos que la verdadera fuente de la actividad visible, que el origen de toda riqueza es subjetivo, psicológico, interior, que se halla en el perfeccionamiento de la vida moral de los hombres.

Los pueblos sin ideales son pueblos condenados a desaparecer, porque el ideal es fuerza y vida y sendero de luz. No en vano clamaron los profetas contra el becerro de oro, que el afán de lucro nunca fue buen ideal colectivo.

Y esta intuición exaltada, semidivina, de los daños que engendra el anhelo inmoderado de oro, intuición que puso en boca de los profetas el fuerte grito de su cólera, ha sido confirmada por los siglos, transformándose, con el progreso humano, en criterio de apreciaciones sociales.

Los sociólogos, que son los profetas de las sociedades contemporáneas, han dejado oír su voz científica condenando a Midas. Uno de esos sociólogos ha dicho.

"En una comunidad cuya vida no es más que una infatigable persecución de fines materiales y en la que ganar dinero es el principal de los éxitos— habrá una fuerte separación entre los afortunados y los fracasados, y una explotación del pobre por el rico tan implacable y desesperada, como fue la explotación del débil por el fuerte en las sociedades de carácter militar. En semejantes sociedades la riqueza tendrá la fuerza del mando y del poder. Las mismas leyes favorecerán al que prospere y caerán sobre aquellos a quienes no favorezca la lucha. El espíritu mercenario corromperá la justicia y la religión. Los magistrados de la nación juzgarán por las consideraciones, los sacerdotes enseñarán por un sueldo, los profetas adivinarán por dinero, los príncipes serán compañeros de los ladrones, todos gustarán de los presentes y buscarán las recompensas.

"Abriguemos la esperanza de que en sociedad alguna la sed de oro nuble por entero la vida mental y moral, el goce de la belleza y el amor a la verdad, ni separe absolutamente los ricos y los pobres y entregue el gobierno y las instituciones por entero en manos de los directores de los medios materiales de existencia. Por lo demás, que el espíritu plutocrático (léase el espíritu de Midas) es una causa real de desintegración social, es una cosa fuera de duda. Ha desempeñado un papel indigno en la caída del Imperio Romano y en la ruina de las repúblicas de la Edad Media. Más es: amenaza seriamente el porvenir de nuestras instituciones libres".

Y es que las sociedades humanas no son realmente felices y grandes sino cuando alientan un noble ideal común, que vigoriza y dignifica la vida toda del conjunto; y andar a caza de monedas nunca fue ideal excelso.

Nosotros no hemos llegado todavía a la completa desintegración moral del país, pero recorremos sendas de perdición. Los príncipes no son en el Perú amigos de los ladrones, porque no hay príncipes, pero ya se vislumbra épocas en que amaremos los presentes y buscaremos las recompensas, prescindiendo de todo lo demás.

¡Rompamos, rompamos estas tablas de valores mercenarios y, sobre la ruina del grosero utilitarismo de Midas, construyamos la futura mansión del héroe! Porque los pueblos deben ser heroicos, deben esforzarse por producir héroes; hombres capaces de acciones desinteresadas y viriles, gloriosas y nobles, almas preclaras y puras, amantes del bien, de la belleza y la verdad.

Mientras los pueblos no tienen esos héroes, mientras los destinos generales del conjunto no son regidos por esos héroes, las naciones son infelices. Y si en vez del héroe gobierna el hombre de negocios mejor sería que esos pueblos no se hubieran formado.

¿Qué noble orientación, qué sano impulso, qué fecunda actividad podrán imprimir a las naciones esos Midas gobernan-

tes? Obcecados buscadores de oro, desatienden los intereses permanentes y supremos de las colectividades humanas, arrancan de cuajo, con sus equivocadas manos irrespetuosas, las raíces de todo bien, de toda verdad, de toda belleza social. Son como ráfagas de aire cálido que abrasan las tierras florecidas que los siglos fecundaron, destruyendo, en un breve minuto, labores milenarias irreemplazables.

Y el secreto de esos Midas es su propia incultura. Sólo aprecian el oro porque es la única realidad social cuya esencia han llegado a comprender. Si penetraran en el significado verdadero del desinterés, de la virtud, de la justicia, de la heroicidad, de la belleza y el bien, serían virtuosos y buenos y quizás hasta héroes y artistas. Pero su corazón no sabe nada de esas cosas. Son almas unilaterales, inteligencias restringidas, espíritus lisiados. Por eso debemos compadecerlos, porque ignoran lo mejor de la vida; pero combatirlos para que no hagan sectarios.

LA BELLEZA INTERIOR

En la época actual se cree demasiado en los sentidos, y los hombres juzgan la vida por su aspecto visible. Lo que no se ve, lo que no se palpa, lo que no se oye, no existe, no puede existir, no debe existir. ¡Como si la visibilidad del ser fuese la razón del ser! En edades pasadas la humanidad, crédula y fuerte, tuvo un dogma contrario, el dogma preciso de la vida interior. En los buenos tiempos de los trovadores, cuando el fanatismo potente de los célebres jóvenes y de los corazones vigorosos hizo florecer la rosa roja de la fe, encarnando en los actos de los cuerpos los sueños de las almas, en esos tiempos de afirmación y de fuerza, de vida intensa y heroica, tiempos ideales de desprecio a los hechos, de devota reverencia a los credos, en los que se creía en las realidades interiores del yo más que en las externas del mundo; en esos tiempos galantes de gaya ciencia y de justas guerras, morían los hombres por su honor, por su patria y por su dama. Hoy combaten y mueren por otras cosas, por otros intereses, por otros ideales: por las cruces y estrellas diversas que los reyes poderosos cuelgan en los pechos escuálidos de sus fieles servidores, por el oro reluciente y perverso, transmutación brillante de la sangre y las lágrimas de los trabajadores, por virtud de la nueva alquimia de las grandes industrias modernas; por las enervantes comodidades del cuerpo que debilitan y afeminan; por la disminución del esfuerzo propio que degrada y deprime; por el ahorro absurdo de los actos extraordinarios y fecundos que retemplan el alma, ennoblecen el espíritu, pero despiertan energías intensas y dolorosas. ¡Evoluciones colecti-

vas, cambios fatales en las orientaciones encauzadoras de las actividades de los hombres, hechos, hechos evidentes en la historia de los pueblos. Ya Spencer lo dijo: las agrupaciones humanas, sometidas como los astros errantes a leyes ineludibles, recorren el ciclo inevitable de los regímenes sociológicos, pasando del ideal teocrático puro al militar disciplinario y de éste al industrialista contemporáneo que nos enriquece y pervierte. Pero, por lo mismo que estamos en la edad positiva, por lo mismo que las tendencias más hondas de nuestra época práctica son utilitarias, en preciso oponerse, con la potencia más alta de nuestro espíritu inútil, a la corriente utilitarista del medio en que vivimos; es preciso luchar sin descanso, batallar sin tregua, por conseguir de modo eficaz la reivindicación definitiva de los derechos supremos de la vida interior, la consagración manifiesta y visible de la importancia profunda de los sueños del espíritu, la utilidad positiva de los ideales intangibles.

Se cree demasiado en los sentidos. Así como en épocas pasadas la humanidad febril pudo perderse en los laberintos interiores de sus ensueños místicos, en los tiempos presentes puede extraviarse en las complicaciones infinitas de su materialismo utilitario. La constante obcecación de lo práctico, la monotonía intransigente de lo útil, hace que los débiles ojos de los hombres, ofuscados por el polvo opaco de los intereses visibles, pierdan de vista las necesidades supremas de la vida, las conveniencias de la especie, la moralidad de la raza, que es tan útil como el mejor de los negocios.

Los hombres prácticos amoldan sus existencias monótonas a las condiciones estrictas de la vida material; pero si sus cuerpos ahítos engordan ampliamente, sus almas inútiles se atrofian inactivas, sin haber gustado nunca el placer supremo que produce la contemplación silenciosa de las bellezas interiores, el orgullo divino de comprenderlo todo y de sentirlo todo, sin haberse embriagado con la locura infinita de los actos heroicos y de los gestos nobles.

Los acontecimientos cotidianos de la vida son tan monótonos y vulgares; las preocupaciones de la mayoría de los seres son tan ridículas e imperiosas, tan insignificantes, lamentables y tor-

tudadoras, que para no desesperar, para no maldecir la existencia, no basta tener aseguradas las comodidades animales; precisa satisfacer también las intensas aspiraciones del espíritu meditador y sensitivo. Y el alma de los hombres aspira a la belleza bajo todas sus formas; desde la euritmia escultural de un cuerpo maravilloso, hasta la perfección activa de un acto bueno.

La belleza interior, la belleza del alma, es la belleza suprema; porque es el último refugio de los vencidos en la vida, la tierra santa de promisión para los desterrados del mundo. Pero el credo positivo de los tiempos modernos, el utilitarismo práctico de los hombres actuales, es opuesto a la belleza y su peor adversario, y es enemigo sobre todo de la belleza, sin duda porque no comprenden, con sus mentalidades interesadas de jugadores de bolsa, que para vivir bien la vida, para vivirla digna y humanamente, es necesario embellecerla primero; y que sólo las almas soñadoras y los corazones apasionados son capaces de hacerlo.

Por eso nosotros, los que tenemos, todavía, la consoladora inocencia de creer en la necesidad imprescindible de la inútil belleza; los que deseamos que nuestras vidas perecederas no sean puramente animales; los defensores del Séneca descontento contra el cerdo satisfecho, debemos cultivar solícitos nuestro propio jardín interior, y embelleciendo nuestro espíritu por la amplitud de las verdades y la idealización de los instintos, vivir esta vida de Dios, sin rencor y sin melancolía, para morir sin tristeza, con la altiva impasibilidad de los que no tienen miedo.

Sí: creamos un poco menos en los sentidos materiales, por lo mismo que son verídicos, y que nos dan el frío conocimiento de lo real; y comulguemos en la religión apasionada de nuestra vida interior, para que nuestro espíritu inútil, equivocado, pero poderoso, transforme a nuestros ojos el mundo, con el sublime sueño de su propia belleza.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Cantando la cigarra
Pasó el verano entero,
Sin guardar provisiones
Allá para el invierno . . .

Pues bien hizo en pasar el verano cantando, sin preocuparse del invierno. La cigarra muere al iniciarse la fría estación; de nada le sirve transformar su tumba en despensa.

Hace tres siglos que la humanidad se equivoca al juzgar a la pobre cigarra. La hormiga será precavida y diligente, pero el insecto, músico, amado de los griegos, no es imprevisor, ni holgazán. Si no guarda provisiones para el invierno, es porque no las necesita; mal puede enojar a su prójimo insectil con inoportunos requerimientos de pordiosero.

Rehabilitemos el honor de la cigarra; no merece nuestro anatema.

El poeta francés Juan Aicard, en su composición "La cigarra", elogia al insecto. Dice así:

—"¿Cómo va, señora cigarra?

—"Muy bien: siempre de humor igual.

—"Se dice que el invierno pasado pidió usted prestado a su vecina la hormiga un poco de alimento que ella no le dio; y que muy pronto confesará usted su ruina.

—"Diga más bien que me alegro. Todo el estío canto y toco mi tamboril, para regocijar a los niños, justamente en el mes en que están cerradas las escuelas. Pero en invierno no pido prestado a nadie. ¡A nadie, sépalo usted bien! No solicito nada; la razón es sencilla: todas las cigarras, durante el invierno, se adormecen bajo la tierra en donde germina el trigo verde, teniendo por tesoro la eterna esperanza de volver a ver el sol de la patria, y de deleitar con sus cantos en la época de la cosecha.

"Desde hace trescientos años, el mundo entero calumnia a la cigarra, ese poeta de genio, que muere con los primeros fríos, al primer viento malo; mucho antes de la estación en que se dice que grita de hambre en casa de su vecina la hormiga.

"La cigarra, espíritu sabio y sereno, poeta inocente que hace versos soñando, al son de su música, se nutre al sol de una gota de savia y nunca devora granos.

"No creáis, sin pruebas, en todo lo que os cuentan los charlatanes de lengua falsa y pronta. La Fontaine, víctima de una charlatanería, tomó a la cigarra por un vil grillo".

Pero la cigarra nació para símbolo. Antes fue ejemplo de inutilidad imprevisora; hoy es símil del artista y del ensueño. Viene al mundo para cantar. Su vida es una melodía continua; su cuerpo no interrumpe el idilio de su alma sinfónica. Para seres avaros, queda el ajetreo del pan nuestro de cada día, y el allegamiento afanoso de materialidades indispensables. La hormiga hincha en el verano su granero, temerosa de los malos tiempos; la cigarra sueña y canta, porque para su idealidad infinita no hay tiempo malo, ni futuro sombrío.

En el mundo hay hombres-hormigas y hombres-cigarras. El buen juicio, la previsión, el tino práctico, son muy útiles para almacenar provisiones; los hombres-hormigas bien lo saben.

Pero todo lo grande, todo lo noble, todo lo humano, lo han hecho los otros, los hombres-cigarras, los que pasan por la tierra diciéndonos su ensueño de belleza y de verdad, cantando su ideal, obsequiándonos su alma; los que sucumben ante el egoísmo, como las cigarras con los primeros fríos del invierno. Pero no importa: Ariel supera a Calibán y Don Quijote es amo de Sancho.

¡Gloria a la cigarra, que perece por su canto! ¡Honor al héroe del idealismo!

UN DRAMATURGO IDEALISTA

¿Quién es Maeterlinck? La verdadera biografía de los artistas está en sus obras. Ante el genio revelado por el gran flamenco en sus versos y en su prosa, hay que decir con Birbeau: "No sé nada de Mauricio Maeterlinck. No sé de adónde es, ni cómo es; ni si es viejo o joven, rico o pobre; no lo sé. Sé tan sólo que ningún hombre es más desconocido que él, y sé también que ha hecho una obra maestra, no una obra maestra clasificada como tal, por anticipado, como publican todos los días nuestros jóvenes maestros, sino una admirable, pura y eterna obra maestra, que basta para inmortalizar un nombre y a hacer bendecir ese nombre, por todos los hambrientos de la belleza y de lo grande".

Pero como la luz de la fama ha iluminado con su resplandor glorioso a Maeterlinck, hoy todos saben quién es ese escritor antes ignorado, que, al estrenar "La Princesa Meleina" en París, hizo decir al crítico teatral de "La Temps" que su drama encerraba bellezas quizás superiores a lo más bello que hay en Shakespeare.

Polidoro. María, Bernardo, Mauricio Maeterlinck es belga, de estirpe flamenca. Nació en la ciudad de Gante el 29 de agosto de 1862. Hizo sus primeros estudios en el colegio de Santa Bárbara, graduándose luego de abogado en la universidad de su ciudad nativa. En 1887 se estableció en París, relacionándose íntimamente con Villiers de L'Isle Adam, Ephraim Mikhael, Ca-

tulle Mendes, Pierre Quillard, Saint-Pol-Roux, Rodolphe Darzens y muchos otros literatos simbolistas. A la muerte de su padre, regresó a Bélgica, decidiendo dedicar por completo su vida al arte y a la literatura, cosa que su fortuna personal le permitía. Su carrera oficial de literato comenzó en 1889 con la publicación de un volumen de versos "Les Serre Chaudes" y con su drama "La Princesa Meleina", estrenada en París. Octavio Mirbeau, el autor de "Las memorias de una doncella" y de "El jardín de los Suplicios", escribió en "Le Figaro" el artículo a que ya nos hemos referido, llamando a Maeterlinck el Shakespeare belga. Desde ese instante, su personalidad literaria cobró fama en el mundo entero, siendo sus obras posteriores una serie sucesiva de triunfos.

Desde el punto de vista de la literatura preceptiva, Maeterlinck ha cultivado tres géneros diferentes: el verso, el drama y los ensayos. No es este el momento oportuno para hacer una enumeración detallada de sus obras; para nuestro objeto, bastará recordar que sus composiciones poéticas se han publicado con los títulos de "Serres Chaudes" y "Douze chasons", y que entre sus principales dramas y comedias figuran: "Princesa Meleina", "La intrusa", "Los ciegos", "Interior", "Aglavina y Selyseta", "Monna Vana", "El pájaro azul", "María Magdalena" y "Pelleas y Melisande". En cuanto a sus ensayos, verdaderas meditaciones filosóficas de un gran poeta, "El tesoro de los humildes", "La sabiduría y el destino", "La inteligencia de las Flores", "La vida de las abejas", "El templo enterrado", "El doble jardín", "La muerte" y "El huésped desconocido", son bien conocidos del público.

Y una vez trazada, a grandes rasgos, esa descripción de lo que podría llamarse el cuerpo del gran literato, su biografía material y el nombre de sus obras, veamos su espíritu.

¿Qué representa Maeterlinck en la literatura contemporánea? ¿Qué nuevo elemento aporta al acervo común de los artistas del verbo? ¿Es realista? ¿Es romántico? ¿Es clásico? ¿Es simbolista? El genio no cabe en el lecho de Procusto de las clasificaciones oficiales; el cartabón de los técnicos no pueden medir la magnitud de los grandes. El sublime Rabí de Galilea

se definió a sí mismo exclamando: "Yo soy quien soy"; a Maeterlinck habría que definirlo diciendo: "Es lo que es". Los maestros no pertenecen a ninguna escuela: crean la suya propia, que los discípulos, con sus exageraciones, se encargan de desacreditar. De todos los términos clasificadores, el que más le conviene es el de simbolista. Simbolista, sí lo es, pero con el simbolismo superior de los místicos que dialogan con el infinito y le hablan de tú al ideal. Y porque es místico y simbolista, ha aportado a la literatura contemporánea un elemento extraño y sutil: el misterio. Y este misterio, que tiembla como una penumbra presentida en todas las obras de Maeterlinck, caracteriza lo que hay de más hondo y humano en ese gran poeta, que es, al mismo tiempo, un gran filósofo.

En sus ensayos, en sus dramas, en sus versos, Maeterlinck se dedica especialmente a revelarnos, a sugerirnos el misterio, invisible, pero omnipotente, que yace bajo la superficie vulgar de la vida ordinaria. Para hacernos sentir el misterio, el excelso artista tiende a una extremada simplicidad de dicción y a un simbolismo tan realista que a menudo parece escudo. Deja que la vida misma nos sorprenda, por sus extraños e incomprensibles sucesos, y sus obras nos refieren, en forma sencilla, íntima y conmovedora, las aventuras espirituales de las almas, sobre las que los hechos comunes del espacio y del tiempo no ejercen influencia directa. Por eso Verhaeren ha dicho, con razón, que en los versos y en la prosa de Maeterlinck el yo inconsciente, más aún, el yo subconsciente, encuentra su lenguaje, su balbuceante intento de hablar.

Como todos los grandes místicos, Maeterlinck afirma que, ante el perenne misterio del mundo, la inteligencia no basta, y que es necesaria la intuición. ¿Qué somos? Pobres seres de un día, habitantes efímeros de un mundo pequeño, que gira como un átomo de barro alrededor del sol, en los infinitos espacios siderales. Y cuando elevamos nuestra frente que piensa hacia lo alto, y nuestros ojos contemplan la bóveda nocturna temblorosa de estrellas, el sentimiento de nuestra pequeñez nos conturba, y, justo con el dulce rayo de luz de los astros que hieren nuestras pupilas, penetra en nuestro espíritu la tortura del más allá, la inquietud del misterio, la triste-

za pavorosa de nuestra nada. El hombre es un enigma rodeado de misterios. Es, como ha cantado Lamartine, un ángel caído que se acuerda de los cielos, un ser limitado en su naturaleza e infinito en sus aspiraciones; es como la luna, ese globo de la noche, que en la órbita fría que le ha marcado el destino, refleja de un lado las claridades eternas, y se sumerge, por el otro, en las sombras mortales. Es el punto fatal en donde el destino ha reunido dos infinitos inconciliables.

Atraído por la luz y sumergido en la sombra; sintiendo cosas grandes y haciendo cosas pequeñas; aspirando a la inmortalidad con un cuerpo perecedero, así vive el hombre en vana lucha contra el destino que lo combate, lo subyuga y lo maneja, arrastrándole por mil caminos diferentes al mismo fin inevitable: a la muerte.

El hombre, con su inteligencia, ha creado la ciencia, pero la explicación última de las cosas, el fondo misterioso y hostil del destino, escapan a la razón humana y sólo pueden ser entrevistos, en una claridad crepuscular, por las intuiciones del sentimiento. Por eso el verdadero sabio completa la inteligencia con el sentimiento, la ciencia con la intuición. Eso hacen los místicos, eso hacen todos los creyentes, los que tienen fe porque sí, sin motivo lógico ninguno, sin prueba razonada, porque sienten a Dios.

Maeterlinck es ese místico integral que completa la inteligencia con la intuición. Por eso, de todas sus obras se exhala un perfume de misterio y de extrañeza, porque en ellas se trata de cosas que la simple inteligencia no entiende y que dejan frío al más sabio, si no tiene corazón. Al gran belga hay que leerlo con el alma, y aquellos espíritus absolutamente positivos, que siempre andan buscando la razón de todo y que no se dan cuenta de que hay muchas cosas que nunca se sabrán, no han nacido para entender a Maeterlinck.

Esa atmósfera de misterio y de infinito, que envuelve a todas las obras de Maeterlinck, les da una prodigiosa serenidad. El crítico Noziers ya lo había observado: Maeterlinck, como los grandes pintores, tiene la facultad de crear la calma. Nada

de gestos, nada de tormentos visibles: siempre una majestuosa tranquilidad, merced al orden bello de su construcción mental, a la sonoridad grave de sus frases, a la idea que gravita sobre la obra. Porque Maeterlinck tiene una inspiración religiosa. Y, sin embargo, no pierde la gracia, la delicadeza, la suavidad; entre los negros cipreses del jardín, la guirnalda de rosas nos muestra el camino.

Esta palpitación del infinito, esta presencia invisible del misterio, esta malévola tiranía del destino, que flotan en todas las obras de Maeterlinck, formando un melancólico fondo de belleza y de dolor, se destacan con relieves más intensos en sus dramas. El mismo Shakespeare belga ha explicado la naturaleza filosófica y profunda de sus dramas. He aquí lo que dice:

"La alta poesía se compone de tres elementos. Ante todo, la belleza verbal; luego, la contemplación y la pintura apasionada de lo que realmente existe en torno de nosotros y en nosotros mismos; es decir, la naturaleza de nuestros sentimientos, y, además, envolviendo la obra entera y creando su atmósfera propia, la idea que el poeta se forma de lo desconocido en el que flotan los seres y las cosas que evoca, del misterio que los domina y los juzga y preside a sus destinos. Este último elemento, sin duda, es el más importante. Examinad cualquier poema, por breve, por rápido que sea; rara vez su belleza, su grandeza, se limita a las cosas conocidas de nuestro mundo. Nueve veces sobre diez lo debe a una alusión al misterio de los destinos humanos, a algún nuevo enlace de lo visible con lo invisible, de lo temporal a lo eterno".

Esta vinculación de lo finito con lo infinito, esta penetración de lo absoluto en lo relativo, este enlace del individuo particular con el gran todo, con las fuerzas omnipotentes del universo que no maneja y destruyen, es el elemento trágico, vago, misterioso y fatal que hay en el fondo de toda la dramática meterlineana. Las aventuras espirituales de las almas que acontecen a los personajes de sus obras, se realizan calladamente, sigilosamente, en una atmósfera de penumbra y de sobresalto. Como ha dicho un crítico francés, los dramas de Maeterlinck

son cuentos dialogados que se desarrollan en un decorado de ensueño y que balbucean figuras legendarias y familiares. ¿Qué expresan? El terror del misterio, el estremecimiento de lo desconocido, el presentimiento del dolor, de la desgracia, del duelo inevitable, la indefinible inquietud de lo trágico cotidiano, las perturbaciones manifiestas de lo inconsciente.

Cada época, cada edad, cada civilización, ha representado a esas fuerzas desconocidas del universo, de las que somos pobres juguetes deleznables, de modo concreto y preciso, dándole un nombre y una forma adecuada. Para los griegos, fue la fatalidad, el destino; para los cristianos, la Providencia, Dios. En la época actual, no creemos en las quimeras antiguas y comienza a vacilar la fe. Pero, sea Dios o el universo lo que aparece como inmenso y terrible, el poeta dramático debe hacernos sentir la inmensidad y el terror de esas fuerzas omnipresentes y omniactivas. Y como la ciencia sólo afirma que no sabemos nada acerca de ellas, y la intuición las vislumbra como en sueños, he aquí que esas realidades revisten, a los ojos del poeta contemporáneo, la forma imprecisa del misterio. Por eso los dramaturgos como Maeterlinck, que tratan de aprisionar en sus obras los fulgores de la energía universal que gobierna la vida, tienen que escribir dramas extraños, simbólicos, misteriosos y chocantes, a primera vista, pero que son, en el fondo, de un realismo fundamental y de una verdad eterna, porque entreabren el velo que cubre la oculta causa de nuestras acciones y de nuestros destinos. Analicemos uno de sus dramas: "Pelleas y Melisande".

Sintéticamente expresado, es muy sencillo: es el eterno drama del amor y de la muerte; un marido que mata por celos a su esposa. El príncipe Golaud, nieto del Arkel, rey de Allemonde, encuentra extraviada en el bosque a una desconocida: a Malisande, niña misteriosa de una belleza extraña y fatal. La lleva a su castillo y se casa con ella. El hermano menor del príncipe Golaud, el hermoso Pelleas, siente nacer en su alma un amor imposible por Melisande. Comprende que debe separarse de ella para siempre, y el día del viaje sorprende Golaud a Pelleas y Melisande en el momento en que se besan, poniendo en ese ósculo de un amor condenado a desaparecer la ternura

de sus jóvenes corazones y la tristeza de dos almas que se despiden. Golaud, cegado por los celos, atraviesa con la espada a su hermano, y persigue a Melisande, que huye, hiriéndole de muerte.

Este drama, fundamentalmente sencillo, pero sugestivamente profundo, se desarrolla en cinco actos, En el primer acto, al levantarse el telón, comienza el drama con una conversación entre los sirvientes y el portero del castillo, a las puertas de la mansión feudal. En la segunda escena, el príncipe Golaud, que se ha extraviado en el bosque, cazando, encuentra a una joven hermosa y desconocida, y con el traje desgarrado, sentada al borde de una fuente. Es Melisande, que conserva aún, en su aspecto y en sus ojos, la inquietud temblorosa de un gran miedo. Golaud sostiene con Melisande un diálogo entrecortado y raro, sin poder descubrir nada acerca de la personalidad de la joven, ni del modo como llegó hasta el bosque, persuadiéndola, a la larga, a que se refugie en su castillo. En la escena tercera del primer acto, Genoveva, madre de Golaud y de Pelleas, conversa con Arkel, en una sala del castillo, entrando luego Pelleas. En la última escena del primer acto, que se desenvuelve delante del castillo, se realiza el primer encuentro entre Pelleas y Melisande, insignificante a los ojos vulgares, pero lleno de pronósticos para los que saben medir la importancia de esos silencios largos que surgen en la conversación de dos seres cuyas vidas extrañas mezcla el destino.

En el acto segundo, Pelleas y Melisande conversan junto a una fuente que hay en el parque, rodeados por un silencio extraordinario, en donde se "oye dormir el agua", como dice Pelleas, Melisande juega con su anillo de desposada, arrojándolo a lo alto, desoyendo la advertencia de Pelleas, que le previene que va a perder el anillo. Y, efectivamente, el aro de Melisande cae al fondo de la fuente profunda y tranquila. El reloj tocaba las doce del día. En la escena segunda, se descubre a Golaud tendido sobre su lecho. Melisande está a su cabecera. Golaud está herido. Cazaba tranquilamente en el bosque; de pronto, su caballo, sin razón aparente, se encabritó y, lanzándose como un loco contra un árbol, estrelló a su jinete contra el tronco, tirándolo a tierra. En ese mismo instante sonaban las doce cam-

panadas del medio día. Melisande le dice a su esposo que no es feliz. Golaud nota que le falta el aro de matrimonio. Melisande miente, y le asegura que lo ha perdido en una gruta que hay al borde del mar. Su marido ordena que vaya a buscar la sortija, haciendo que la acompañe Pelleas. Es de noche; Pelleas y Melisande hablan delante de la gruta. Reina gran obscuridad, tan grande que la entrada de la gruta no se distingue del resto de la noche. Sin embargo, se encaminan hacia la gruta, pero a la luz de un rayo de luna que brota del cielo distinguen a tres viejas pobres de cabellos blancos, dormidas en la entrada de la gruta. Melisande se asusta y se va. En la escena cuarta, Pelleas le manifiesta a su abuelo Arkel que tiene que ausentarse inmediatamente, porque un amigo íntimo, Marcellus, se halla en agonía y desea verlo. Arkel, con esa grave sabiduría que dan los años, pronuncia palabras serenas y profundas; aconsejándole que no se ausente, a menos que Pelleas emprenda ese viaje satisfaciendo las exigencias del fondo de su propia vida, pues cada persona sabe mejor que nadie los acontecimientos que debe ofrecer a su alma o a su propio destino. Pelleas varía de opinión y decide permanecer algunas semanas más en el castillo.

En el acto tercero, Pelleas y Melisande conversando en un departamento del castillo. Entra el pequeño Yniold, hijo de Golaud, que era viudo. El niño está nervioso y triste. Llora y se asusta de los ruidos de la noche, que entran por la ventana del cuarto en penumbras. Llega Golaud y se asombra de que esperen en la obscuridad. El pequeño Yniold trae una lámpara y, alumbrando los rostros de Pelleas y Melisande, observan que ambos han llorado. En la escena segunda, Melisande canta en una de las ventanas de la torre del castillo, mientras que peina sus largos cabellos sueltos. Por el camino de ronda que pasa por debajo de la ventana, llega Pelleas. Le habla a Melisande, le dice que está muy bella así, y le comunica que el día siguiente se ausentará para siempre. Melisande protesta y le asegura que, si piensa ausentarse, no le tenderá la mano que le pide para despedirse. En la discusión, al inclinarse Melisande, su larga cabellera desciende de la torre y envuelve a Pelleas en su viviente lluvia de oro. El desesperado amante besa los cabellos de Melisande, para que sus besos suban hasta ella a lo largo de

mil mallas de oro. De pronto entra Golaud y, con risa nerviosa, les dice que son un par de niños y que no jueguen así en la obscuridad. En la siguiente escena, Golaud y Pelleas penetran a los subterráneos del castillo, y hay un momento en que se siente que por el cerebro de Golaud revolotea el ave siniestra del fratricidio. En la última escena aparecen Golaud y su hijo Yniold delante del castillo. El padre, aprovechando el candor de la criatura, quiere que le revele lo que sabe de los amores de Pelleas y Melisande, y en un diálogo admirable, en el que Yniold resulta cruel de puro inocente y Golaud malo de puro atormentado, el marido celoso obliga al niño a que mire a través de la ventana lo que hacen Pelleas y Melisande en su habitación. Los dos jóvenes miran fijamente la luz, y el pequeño Yniold se asusta de ver desde lejos a esos dos seres humanos que "no cierran nunca los ojos" y que tienen la mirada fija y fría, como la de un retrato.

Acto IV.— Pelleas le pide una cita a Melisande. Se verán en el parque, junto a la fuente en donde se oye dormir el agua. En la escena segunda, el viejo rey Arkel habla dulcemente a Melisande y le pregunta por qué está triste. Entra Golaud y brutalmente le ordena a Melisande que le traiga su espada. "¿Por qué me miras como a un pobre? le dice. "No he venido para pedirte una limosna. ¿Acaso esperas ver algo en mis ojos, sin que yo vea nada en los tuyos?" La coge luego por los cabellos y le manda que se prosterne a sus plantas. El abuelo Arkel comprende lo que pasa en el alma de su nieto Golaud y exclama gravemente: "Si fuera Dios, tendría piedad del corazón de los hombres". En la escena cuarta, Pelleas y Meslisande conversan cerca de la fuente del parque y se confiesan su mutuo amor, descubriendo que se amaron desde que se vieron, obedeciendo a los impulsos inconcientes de sus corazones jóvenes. Melisande lo declara sencillamente, con una naturalidad hecha de pureza y de luz, respondiendo a las palabras de Pelleas como un ángel a quien se interroga. Pero Golaud los atisba desde un árbol. Los enamorados se dan cuenta, y en el momento en que el marido celoso se lanza sobre ellos con la espada desnuda, se besan, con un beso largo y profundo; Golaud salta sobre Pelleas y lo hiere. Mientras Pelleas se desploma muerto, Melisande huye diciendo: "¡Oh, me falta el valor, me falta el valor!" Su marido la persigue a través del bosque, en silencio.

Acto V.— En una sala baja del castillo, la servidumbre comenta los sucesos. Melisande y Golaud amanecieron tendidos en el umbral de la puerta del castillo: Melisande con una herida en el seno izquierdo, su esposo con la espada hundida en uno de sus flancos. En la escena segunda aparecen Arkel, Golaud y el médico, en un departamento del castillo: Melisande yase en un lecho. "¡Se besaban como dos niños! ¡Se besaban tan sólo! ¡Eran hermano y hermana —dice Golaud— y yo, de golpe . . . —Lo hice a pesar mío . . ." —Pero, a pesar de esta confesión de su alma entristecida, su espíritu complejo de hombre orgulloso y duro quiere saber la verdad y, haciendo salir al médico y al viejo rey Arkel, le pide a Melisande que lo perdone y que en esos instantes solemnes en que ronda la muerte le diga la verdad, le diga si amaba a Pelleas y si es culpable. Melisande responde que se amaban, pero que no han sido culpables. La servidumbre invade el dormitorio. Arkel informa a Melisande que es madre, que acaba de tener un hijo, una mujercita. La madre llora, pero no puede levantar los brazos para arrullar a la criatura. Golaud insiste, quiere que lo dejen solo con su esposa para arrancarle la verdad. Arkel lo detiene: no debe inquietarse a un moribundo; el alma humana es silenciosa, el ruido de las palabras le hace daño. De pronto, todos los sirvientes caen de rodillas: Melisande ha muerto. Y el anciano rey dice:

—"No estéis aquí, Golaud . . . Ahora necesita silencio . . . Venid. Venid. Es terrible, pero no es culpa vuestra. Era un pobre ser tan quieto, tan callado, tan silencioso . . . Era un pobre ser misterioso, como todo el mundo. ¡Ah! está como si fuese la hermana mayor de su hija . . . ¡Venid venid! ¡Dios mío! Yo tampoco lo comprenderé nunca . . . No estemos aquí . . . Venid . . . Es preciso que la niña no permanezca en esta habitación . . . Es preciso que viva ahora en su lugar . . . Ahora le toca el turno a la pobre criatura".

Cae el telón.

"La lucha
contra el mal,
solo se obtiene
cuando en el
espíritu crece
la bella flor
del ideal".

Racso

DEJEMOS NUESTRAS ALMAS. . .

Dejemos a nuestras almas que nos hablen en el silencio; es de noche; reclínate sobre mi frente; necesito que tu corazón repita sus promesas; necesito no estar solo ante el inmenso misterio.

Ven, estréchame más fuerte, querida sombra; envuélvenos; ven, tengo necesidad de ti; verte me reconforta y olvido a tus pies la hora que nos destruye, y los gritos de la multitud y el odio de los lobos.

A tu lado olvido y me dejo vivir; no interrogo el mundo que me rodea, y me siento lleno de calma y lleno de fe, y hablarte en la sombra con fervor me embriaga.

Quédate, me siento mejor, me olvido de las cosas y soy más fuerte; no me asomo a las sombras de mi alma, te siento, me callo, me reconforto a tu llama y soy como un niño que se tranquiliza y se duerme.

Esto solo me basta para olvidar el mundo, para adormir mi tristeza inquieta y mi duelo; a tu lado estoy sin temor y sin orgullo; todo vibra bajo tu caricia que me inunda.

Quédate. Sé por siempre la esposa y la hermana y la amante piadosa y la consoladora. Sé, en el fondo de mi noche, la estrella protectora; sé el filtro embriagador que vierte dulzura.

Quédate. Tú mi fuerza, y mi guía y mi ley. Tu cuerpo vibra y el amor brilla en tus pupilas. ¡Ah, cómo siento que tu alma tiene alas, y que un espíritu luminoso vive y palpita en ti!

¡Oh permanezcamos solos en la noche solitaria, reclina tu frente sobre mi corazón y sueña hasta la aurora, y sé bendita ¡oh! tú, mi astro y mi amor, que me has dado el olvido de las cosas de la tierra.

"LA REALIDAD DEL IDEAL" Y LA CRITICA

LA HORA ACTUAL

LIBROS NUEVOS

Ha resuelto Racso reunir en pequeños volúmenes su valiosa y abundante producción literaria, filosófica y artística, y ha dado ya a la estampa el primer ejemplar de la serie.

"La Realidad del Ideal" se titula el nuevo libro de Racso, y en él ha reunido, a varios estudios inéditos, algunos de los artículos que han consagrado ya su personalidad de escritor y de pensador.

Racso muestra en su libro su completa personalidad, su rico humorismo, y la perfección, flexibilidad y pureza de su estilo.

Trata siempre Racso temas elevados y sutiles; pero sabe hacerlo con tal destreza, perfección y, sobre todo, humanidad, que resulta siempre comprensible, seductor y ameno.

"La Realidad del Ideal" puede y debe ponerse en todas las manos, porque quienes lo lean no han de encontrar allí nada abstracto, confuso e incomprensible, y han de hallar, en cambio, belleza, ideas, provechosas enseñanzas y fecundas, sanas lecciones.

Pues es en Racso una notable virtud, su virtud pedagógica, educativa, que le permite escribir con tal fluidez, claridad y precisión, que todos, sea cual sea su grado de cultura y de pre-

paración literaria o científica, le comprenden con facilidad y sin esfuerzo, con la profundidad y extensión necesaria y con la eficacia que naturalmente se deriva de una alta y noble enseñanza.

En el temperamento de Racso han encontrado campo fecundo y fértil las más variadas disciplinas; de allí que asombre verdaderamente la multiplicidad, hondura y variedad de su cultura; que domine, con la misma eficacia y la misma perfección, la literatura y las ciencias naturales, la filosofía y la historia, la geografía y las ciencias militares, en las que un día mostró cómo un espíritu selecto puede invadir todos los campos y alcanzar en ellos un éxito sonoro.

"La Realidad del Ideal" no muestra toda la gama del espíritu múltiple de Racso; allí predominan sus estudios filosóficos, a los que Racso sabe dar un tinte humorístico, en el sentido inglés de la palabra, y que son tan atrayentes y amenos. Hubiera sido, sin embargo, preferible que Racso hubiera reunido en este primer volumen algunos de sus artículos literarios, críticos e históricos, que hubieran permitido apreciar, en un cuadro más completo, las mil facetas de su rica mentalidad y de su sorprendente cultura.

Pero, de todos modos, debemos felicitarnos de que los estudios de Racso no se pierdan, ni olviden en las páginas de los diarios, de que se conserven en un haz y sean, por lo tanto, susceptibles de la lectura frecuente y del estudio meditado.

Hay en los trabajos de Racso un caudal enorme de apreciaciones originales, de comentarios sugerentes, de observaciones propias, que los harán siempre provechosos y que tienen, incuestionablemente, que orientar a la juventud a determinados estudios, de alta especulación, pero vestidos de tan artístico y diáfano ropaje, que sean claros, precisos, comprensibles y humanos, como lo son los del autor de "La Realidad del Ideal", y lo consagran como una de las más altas y verdaderas figuras de nuestra intelectualidad nacional.

CLOVIS

"LA REALIDAD DEL IDEAL"

En los tiempos que corremos, en los que los hombres incurren en renunciamientos sucesivos para rendir culto al Becerro de Oro, vencidos por el delirio de los millones, que es necesario locupletar para hacer frente a la vida de artificio que la moda y el cosmopolitismo nos impone; cuando no nos causa sorpresa ya la infidencia en el amor, en la amistad, en las creencias, por la frecuencia con que se vulnera la palabra y se deja de lado lo que signifique la parte delicada de nuestro ser; cuando contemplamos que en su carrera pública los hombres se abalanzan, como fieras de presa, para obtener mayor parte del botín, sin tomar en cuenta los intereses generales del país a que pertenecen; cuando vemos que se aniquilan en lucha fratricida, con el solo fin de hacer triunfar sus ideas personales, que apenas si a unos muy pocos aprovechará; cuando todo esto y mucho más ocurre en forma avasalladora, en que se impone la grosería en el proceder y es el egoísmo el único móvil de las acciones, no podemos dejar de sentirnos altamente sorprendidos, aunque al mismo tiempo infinitamente aliviados de ese peso causado por la inversión de Valores Morales, con la aparición de un libro lleno de bellezas psicológicas, y que viene a hacer el efecto de un baño espiritual, que tanto necesitamos para limar estas asperezas que el trato con los hombres contaminados tiene que ir dejando, sin que se tome en cuenta el momento en que se hace esa intoxicación.

Ese es el efecto del libro de Oscar Miró Quesada, el gran idealista, y que, con su manera de sentir y su proceder, sujeto

a ese sentir sincero, señala nuevos rumbos, consolando con la certidumbre de que existen goces más puros, más completos, más durables que aquellos que derivan de la esclavitud impuesta por el oro. Muchas ridas despectivas debe haber provocado este conjunto de pensamientos bellísimos, en los que no hay uno solo que no responda a los estímulos de un espíritu superior. Precisamente en estos momentos, en los que todo está trastruecado, es preciso, es indispensable que los maestros dejen escuchar su palabra, ungida con el santo óleo de la sinceridad, para que establezca el contrapeso contra las doctrinas impuestas con el fin exclusivo de tejer esa famosa Telaraña en la que han de caer los incautos. Así, creemos que esas leyendas de socialismo, bolcheviquismo, nihilismo, sindicalismo, etc., etc., no constituyen sino un nuevo sistema de explotar a quienes se dejan arrastrar por una mentida esperanza de que llegue el día en que todos los hombres sean iguales y alcancen bienes de fortuna en proporciones divididas con religiosa fraternidad.

Muy bien lo dice el autor de este importante libro, que todas las personas deben leer con delectación, que es necesario adoptar al alma aquellos consuelos de los que se carece en esta época, en que se intensifica con saña tan cruel la lucha por la vida. Si no es posible conquistar la felicidad por la posición de los bienes materiales, que sea por la excelencia de sentimientos buenos y nobles que lleven por divisa la conquista de un ideal, que siempre será la lucesita que divisaremos allá en el fondo oscuro de esta senda que nos es dado recorrer; pero no perdamos de vista esa lucesita, avancemos hacia ella y procuremos que no se apague nunca. Esa luz ha de ser el ideal, norma de nuestra vida y la coronación de todos nuestros esfuerzos.

Quien haya leído este libro es seguro que sentirá un gran alivio en medio de las pesadumbres que agobien, su espíritu: allí espera ese ideal y hacia él marchemos. No es el caso, como con mucha insistencia se repite, que conservar un ideal es obra de muchachos y de ilusos. El autor del libro, que saboreamos con placer infinito, es una prueba convencedora de que está en lo cierto cuando sostiene ese principio, corroborando con la afirmación de los grandes maestros, antiguos y modernos. Si bien es cierto que no ha tenido ocasión de paladear ese acíbar

de la miseria material, en cambio se ha rozado muy de cerca con tantas personas que han dejado a su lado el contagio inmundo del egoísmo que se enseñorea en medio del más potente cerebro y en las reconditeces del corazón de aspecto más generoso. Como el símbolo mitológico, ha salido ileso, y se lanza en seguida, seguro y valeroso, como predicador de una especie de religión: la religión del ideal.

Elvira GARCIA Y GARCIA

PROSAS BREVES

"LA REALIDAD DEL IDEAL"

Siempre miré a Racso con respetuosa simpatía; su juventud y su bondad casi infantiles producían en mí vivos sentimientos de confraternidad y silencioso cariño; sabía que era un escritor cultísimo y brillante. ¿Quién no lo sabe?. . . Sabía que era un espíritu sano, abierto a las más elevadas expresiones del sentimiento; pero ahora, después de haber leído su libro "La Realidad del Ideal", confieso sinceramente que en adelante tendré que mirarlo también con profunda admiración. En verdad, no presumía en él, aún tan joven, al filósofo vidente de la Vida en su más excelsa pureza; y sin embargo nada más lógico; Oscar Miró Quesada, a los catorce años, en plena niñez, producía el asombro con sus conceptuosos comentarios a Kant, el célebre filósofo del Rhin, y a Schopenhauer, el autor de las notables teorías sobre la voluntad y el pesimismo. Y si en esa edad infantil ya se compenetraba Racso, discutiéndolas al mismo tiempo, de las maravillosas expresiones de estos eminentes pensadores, cuyas clásicas doctrinas han hecho divagar al mundo entero, nada de singular es, por cierto, que hoy se destaque como uno de los más sobresalientes maestros de nuestra época.

"La Realidad del Ideal", cuyo título a simple vista parece un paradogismo, es un libro en el que un grupo de ligeros ensayos forman un maravilloso concepto de la filosofía del ideal en su más alto significado. Por eso su autor rinde, en primer término, merecido homenaje y pleitesía al inmortal discípulo de

Sócrates y maestro de Aristóteles, Platón, el filósofo griego universal y eterno. Pero no soy yo, incompetente para ello, el que va a producir una crítica al libro de Racso, y mal podrían venir críticas a una obra en la que sólo palpita el alma de un Cruzado heroico que, por las sendas oscuras de la humana existencia, va flameando el pendón divino, la antorcha sagrada del Ideal.

Los selectos trozos de honda y científica concepción, dibujados con una pureza de estilo inimitable, que componen el libro de Racso, hacen el efecto de un luminoso grupo de estrellas, cuyas luces, por venir desde tan alto, sólo se prestan a la contemplación y al místico arrobamiento.

Neptalí BENVENUTTO.

"LA REALIDAD DEL IDEAL"

(De "MUNDIAL")

Apuntes sobre un libro.— La poesía en la prosa y en el verso.— El Idealismo.— La Mujer, hace del idealismo puro.— Una amiga y una confidente.— La educación estética como elevado exponente intelectual.— La cigarra, rehabilitada.— Los aristócratas del amor.

Es una cobardía aplazar la admiración; hay que cultivarla como un fuego sagrado, evitando que la envidia la cubra con su pátina ignominiosa.

J. Ingenieros

Un libro de combate, un libro francamente idealista, de ardientes frases, insólitos pensamientos, un libro de belleza, en fin, maravillosamente animado por la luz del arte que en él arde como una lámpara litúrgica, ha llegado hasta mis manos, satisfaciendo estas atormentadoras ansias de luz que me devoran. En sus páginas se comulga el pan sin levadura de una eucaristía embriagadora.

En diversas oportunidades me asustó mi temperamento idealista, pues al lanzar el grito de rebeldía contra las vallas opuestas por la realidad, sólo el eco apagado emanó agriamente de los abismos. Hoy estoy tranquilo, pletórico de alegría, cual un colegial en vacaciones; sé que al canto de mis ideales

responderá la voz meliflua de otros ideales. Ya no contestará el eco a mis gritos de guerra: habrá otros gritos y otros ecos para azotar las espaldas de la vida.

Un libro puesto al unísono de nuestras inquietudes es como el desdoblamiento de la personalidad. En él vemos reflejarse, a la manera del cristal de una fuente, los propios sentimientos, y entonces, acertamos a estudiarlos más detenidamente, poseídos de esa curiosidad de análisis natural en quien no ha visto su imagen reproducida.

Este libro amado, este libro semejante a un ave de albas plumas que se posa en mi hombro y habla al oído escondidas promesas, es "La Realidad del Ideal", publicado modesta y silenciosamente por Racso, con el silencio austero de las cosas grandes. Y este libro me ha hecho pensar muy detenidamente. Todo el mecanismo de la maravillosa creación cerebral se ha puesto en movimiento. Un golpe de sangre vigorosa y fresca dilató el corazón, ensanchando el pecho y las venas.

Cual la brisa corriendo por un huerto de jazmines se baña en el perfume suave para explayarlo más tarde por doquiera, así el espíritu poético de Racso, al recorrer los vergeles de la literatura griega, y, principalmente, saborear el dulce néctar de las ideas de Platón, se ha saturado, como la brisa, de un suave perfume que deja impregnado en las páginas de su libro.

He dicho el espíritu poético, porque para ser poeta no es necesario escribir versos. Se es poeta componiendo un trozo de música, pintando un cuadro o cantando una canción; teniendo pensamientos alados capaces de arrebatar hacia el iris esplendoroso de una idealidad cautivadora. La poesía en la prosa es quizá más grande que la poesía en el verso, porque el cóndor de la inspiración posee el privilegio de dilatar sus alas sonoras a todos los infinitos.

Idealismo. He aquí una palabra que hace latir mi corazón. La religión más grande es ésta, y la más elevada de todas. Como que es la religión del espíritu perfeccionado, según las palabras del pensador argentino José Ingenieros, padre y maes-

tro de la intelectualidad americana: "El Ideal es un gesto del espíritu hacia alguna perfección".

El idealismo se caracteriza principalmente por la admiración a la mujer, tipo de cuanta belleza pueda contemplar el hombre al través de sus sentidos divinizados por la espiritualidad. De allí que todo idealista sea un sacerdote, pues ella es el símbolo del primer átomo de luz, de la primera onda de sonido y del primer color.

Los no idealistas están incapacitados para concebir el idealismo. Podría acusárseles como enfermos de impotencia mental. Amorfos, son inútiles a la generación; la especie se extinguiría por falta de órganos fecundantes, retrocediendo a la edad de la piedra. No pueden apreciar al idealista, a quien tildan de loco e iluso. Para sus temperamentos insexuales, no hay sinceridad: el Idealista finge, teatraliza sus sentimientos. Nada más falso. El idealista, si se pone a tono en sus relaciones con los demás hombres, vulgarizándose, es por ser necesario. A solas, desecha, recuperando su personalidad, esa máscara común con que ha falseado su rostro.

En las mujeres, el idealismo es más general que en el hombre, sin alcanzar la brillantez y el vuelo de éste. Pero, así y todo, es lámpara votiva ardiendo en ellas, agrandando el iris de los ojos, y juntando, con unción religiosa, las manos, fervorosamente.

Yo tengo una amiga, a quien no sólo aprecio, sino amo mucho. Conversando, hará algunos días, me extrañaba de que pudiera tener momentos de melancolía. Se dirá que soy muy infantil al suponerlo. Siempre la creía feliz al verla tan alegre, sin descubrir nunca, en su bello rostro romántico, la más ligera sombra que empañara la serenidad de sus facciones, y sin embargo, dice, tiene horas de tristeza. Atribuyo esos desasosiegos a preocupaciones de los diez y siete años.

¿Qué motiva su inquietud, si es bonita y posee cuanto puede apetecer una mujer: belleza, juventud y dinero? No obstante, las fuentes de su vida están secas. Sin lograr evitar-

lo, mi espíritu, mitad en serio y mitad en broma, se abre ante ella para que lea, como en un libro, mis sentimientos, bastante descabellados por brotar de esta cabeza mía, que no sabe hacer otra cosa que forjar sueños y más sueños, sin intentar jamás llevarlos al campo de la realidad.

Se extraña de oírme alabar los ojos negros de una criatura, y de que me sienta atraído en sus profundos cristales. Según mi amada amiga, debo cegarlos. Protesto: no quiero destruir su belleza. Entonces, debo robarlos. Al arrancarlos del rostro en que lucen como en un cielo crepuscular los luceros vespertinos, se apagaría su vida. Si no, llevarme a la dueña de ellos. Es tan imposible cegar con un alfiler esas encantadas pupilas, fuentes de todos mis románticos ensueños, como hacerla mía. Y la buena amiga se confunde ante tales pensamientos. Soy el único que la hablo así. Tengo a honra conservar en todo momento mi libertad intelectual. Ignora cómo el silencio de los otros obedece a que no son capaces de concebir ideas de la misma índole.

Ha sido, en la confidencia, un arranque de sentimentalidad. Al revelárselo, he mostrado el dulce misterio de mi vida. Felizmente —¿por qué?— no ha concedido, tomando como exageración de mi espíritu, la importancia del caso a una revelación de esta naturaleza. Créelo así, buena amiga, pero no por eso dejarás de ser el cofre en el cual he encerrado el secreto más grande, la llave de mi idealismo: el amor a una mujer que nunca será mía.

Porque la mujer es luz en el camino del hombre. En ese camino cuyo principio arranca de las cavernas sombrías y cuyo final se pierde en lo alto, más arriba de las estrellas, más allá de las regiones siderales, en el infinito inconmensurable. Es como la estrella luminosa que llevó a los reyes bíblicos hacia el pesebre de Belén. Guía al trono de la Sabiduría a los tres magos divinos: la luz, el sonido y el color, que son, respectivamente, la poesía, a cuyas caricias se anima y estalla, como la savia juvenil en las ramas tiernas al nacer la poesía; la música se hace más sonora al calor de sus miradas que forjan melodías no superadas por los pífanos del bosque; la pintura, que pone trozos de vida en el cuadro del artista, cuya paleta, encantada por su amor,

recoge las suaves coloraciones del iris y las desparrama en un abanico de policromías arrobadoras. Los tres rayos grandiosos que, dirigidos por la mujer, encontrarán al hijo de Dios: el Ideal.

Así, Racso, como todo idealista, ensalza a la mujer. Lucha por establecer en el Perú la educación estética. "Juzga preferible errar por hacer el bien que perdurar en el error por equivocarse", pues dicha educación prepara el espíritu para la semilla del ideal, cumbre en que debemos plantar provisionalmente nuestras tiendas de campaña. Descansar un solo instante: lo suficiente para escudriñar el horizonte. Los de abajo verán la llanura amplia y desierta, como una sábana inmensa: ni una cima, ni una cumbre. Mas, nuestros ojos sabrán ver esa cumbre y esa cima; el pecho estallará de gozo al contemplarlas. Se nos gritará: Ilusos, no hay sino la llanura extensa. Desharemos la tienda sordos a las vociferaciones de desaliento de los mediocres, para armarla en otra altura. El idealista va así, de cumbre en cumbre, hacia el infinito misterioso y divino.

Casi al final del libro hay un capítulo interesante: la cigarra y la hormiga. ¿Quién no conoce esta antigua fábula, sin duda en la escuela aprendida? Racso rehabilita el honor de la cigarra y la compara con el idealista, pues "la cigarra sueña y canta, porque para su idealidad infinita no hay tiempo malo, ni futuro sombrío". Los idealistas, que aman a las mujeres porque en cada una ven lo verdaderamente grande en la vida. Aman y admiran a la mujer, porque son los sacerdotes del amor, esa religión que amaron los griegos y que el yankismo de la vida moderna procura extirpar, sin conseguirlo jamás. Así como el agua de los mares no puede evaporarse, así la fuente idealista de estos dioses continuará manando abundantemente el agua cristalina que apague la sed de las mujeres que los amen.

¡Ah! Yo repetiré con las palabras del maestro argentino: "Son ellos los aristócratas del amor, con ellos sueñan las Julietas e Isoldas". Idealistas eternamente tristes, forjadores de bellas ilusiones que les hacen vivir la vida amarga sin sentirla,

soldados de acerados nervios que ignoran la fatiga y el calor. Cada golpe es un nuevo aguijón para marchar adelante, siempre de cara al sol, descuidando los traidores zarpazos del destino que ensangriente sus corazones soñadores. Son los emisarios de una generación de dioses más divinos que los de Grecia y más humanos que los cantados por Homero. Maravillosas abejas encantadas que liban las mieles dulcísimas en los panales del espíritu; mágicas arañas tejedoras de encajes funambulescos de quimeras; hábiles gusanos de seda encerrados fantásticamente en esotéricos capullos; artífices y orfebres del metal más precioso en la arcilla del hombre; la mente. En fin, pueblo helénico, diseminado por la redondez de la tierra, veterano de los combates del mundo; yo te saludo y me arrodillo ante el estandarte portador de la luz del ideal en camino a la Libertad . . .

Perdón. Me he dejado sugestionar por el mágico encanto del libro. Sin querer, el alma se ha impuesto, trazando líneas que, aunque inverosímiles, son sinceras. Racso, muchas gracias. Os debo esta nueva faceta de mi espíritu.

Ricardo E. MARTINEZ DE LA TORRE.

NOTAS BREVES

(De "LA VOZ DE ICA")

Racso, escritor de fama y autoridad legítimamente adquiridas, ha publicado una compilación de valiosos artículos suyos que, con exquisita propiedad, titula "La Realidad del Ideal".

Es uno de aquellos volúmenes que logran captar simpatía desde que se voltea la primera página, pues se introduce el conocimiento con tal facilidad, que a medida que la lectura avanza crece el interés. Y estos artículos de Racso tienen ese carácter esencialmente sincero y ameno que distingue a su autor. Bien se conoce ha tiempo su firma, que es prestigio del decano nacional, y se admira su amplitud erudita, a la par que el tino único del escritor-maestro.

El doctor Oscar Miró Quesada posee una singular cualidad pedagógica que ejercita en el periodismo brillantemente. Cada artículo suyo es lección fecunda, porque da a la expresión tal matiz que la hace llegar al público, fijando ideas de una especial manera. Así, cada lector de Racso se convierte en un discípulo que aprovecha agradablemente su apostolado e incrementa o vigoriza el bagaje cultural con oportunidad, ya que el escritor marcha tan a compás de los progresos del saber humano.

Leyendo su último libro, que se suma a las interesantes obras científicas que ha publicado, se experimenta placentera

impresión. Explota en torno de un tema complejo, cual es el idealismo, cuya comprensión difícilmente se alcanza, mas hace de sus palabras medios extensivos de doctrinas necesarias en la vida para aumentar el radio de ella y rodearla de atractivos espirituales. Esos ensayos, advierte el autor, corresponden al período en que la influencia de los valores del espíritu se le ocurría y así están rodeados de simpatía todos los estudios. Persiguen la idealidad, tendencia orientadora de la vida, que la torna elevada y es casi siempre pospuesta por prosaicas modalidades. Ese ideal que encarnó el Quijote, y siempre en lucha, porque los Sanchos abundan, aunque sirvan con todo para escuderos.

El libro de Racso, valioso por su comprensiva filosofía, es acreedor a difusión amplia, por lo bello que encierra y ser tan accesible como sugerente.

JOVEL.

INDICE

A manera de prólogo 7
Prólogo de la segunda edición 9
Prólogo de la tercera edición 11
Prólogo de la cuarta edición. 13
El idealismo de Platón 18
Venus Urania 29
El Aguijón Socrático 37
La mujer 43
La utilidad del ideal 49
Diálogo inútil 55
Importancia de la educación estética 67
El divino Rabí 85
Necesidad del ideal 87
El rey Midas tenía orejas de Asno 91
La belleza interior 99
La cigarra y la hormiga 103
Un Dramaturgo idealista 107
Dejemos a nuestras almas 119
Nota de Clovis 123
Nota de Elvira García y García. 125
Nota de Neptalí Benvenutto 129
Nota de Ricardo E. Martínez de la Torre 131
Nota de Jovel 137

PORTADA Y DISEÑO GRAFICO:
Fernando Castillo Durand

Hechos los depósitos de Ley. Todos los derechos mundiales reservados en conformidad con la Convención Internacional de Derechos de Autor, de Ginebra, de 1952. Es propiedad del Editor. Ediciones y publicaciones exclusivas de la Editorial ANTARQUI S.A.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro.

EDITORIAL ANTARQUI S.A.
Azángaro 1045 - Of. 234 -
Lima-Perú

Esta obra se terminó de imprimir
el 30 de julio de 1981,
en los talleres gráficos de
Editorial Universo S.A.